

# **H. G. WELLS Y LA MÁQUINA DEL TIEMPO**

*ADOLFO PEREZ AGUSTI*

Los viajes en el tiempo han constituido uno de los sueños básicos del ser humano. Hay quien sueña con volver al pasado cercano para enmendar su vida y errores, mientras que otros desearían estar ya en el futuro para olvidar su penosa vida actual. También los hay que están convencidos de que la vida en épocas gloriosas del pasado era, cuando menos, más atractiva que la actual y desearían haber vivido, por ejemplo, durante los años de la dominación romana, con sus centuriones y emperadores vitoreados por el pueblo, en oposición a quienes prefieren recrearse en la época de Luis XV o el esplendor de Viena. Cada uno de nosotros se imagina habitualmente siendo partícipe de hechos históricos decisivos para la humanidad, e intentando modificar el destino del hombre gracias a su buena voluntad o sabiduría. Por supuesto, también son legión quienes se trasladan mentalmente a un futuro muy lejano, con la Humanidad inmersa en un desarrollo tecnológico perfecto en el cual no hay ni enfermedades ni miseria.

Los futurólogos y adivinos constituyen ese recurso fácil para quienes, ansiosos por saber su destino, acuden a ellos para que les vaticinen un futuro más halagüeño, aunque en demasiadas ocasiones se limitan a hablarnos de nuestro pasado, como si no lo conociéramos ya suficientemente. Los científicos, por su parte, nos han aportado algunas posibilidades para viajar en el tiempo y mientras unos hablan de velocidades superiores a la de la luz, girando en sentido contrario a la rotación de la Tierra, otros alegan que solamente entrando en un agujero negro o de gusano es posible viajar a través del tiempo.

Y en medio de todos están los escritores, los únicos sinceros que no tratan de engañar a nadie puesto que ya dejan claro que sus relatos sobre viajes en el tiempo son pura ficción, en ocasiones científica, pero simplemente ficción. Esta es la historia ficticia de uno de esos soñadores, el genial H. G. Wells, el primer escritor que se

atrevió a hablar de una máquina del tiempo que podría aportar más beneficios a la Humanidad que ningún otro invento.

## **CAPÍTULO UNO**

### **1938: LA INVASIÓN DE LOS MARCIANOS**

En 1938, la compañía Mercury Theatre compuesta por Orson Welles y su amigo Houseman, efectuaron una recreación radiofónica de la novela de H. G. Wells “La guerra de los mundos”. La víspera de Todos los Santos salió en antena la invasión de los marcianos al planeta Tierra, contando Welles y sus ayudantes con todo detalle cómo éstos destruían sistemáticamente todas las ciudades. El terrible rayo calorífero que era capaz de destruir los cañones y tanques del poderoso ejército norteamericano, sumió en el terror y la desesperación a los hasta entonces, pacíficos ciudadanos. Presos de pánico salieron a la calle en demanda de ayuda, tratando de evitar ser víctimas del poderío marciano. Pero allí no había ni marcianos, ni naves extraterrestres, y mucho menos rayos destructores; solamente la voz de Welles en antena advirtiendo cada quince minutos que se trataba de una novela radiofónica. Una vez tranquilizados los asustados ciudadanos, no faltaron voces de protesta exigiendo responsabilidades a quienes habían sido capaces de aterrorizar a toda una nación en plena histeria de invasiones extraterrestres. Con el planeta Marte más cerca que nunca de la Tierra, y las apariciones de ovnis mezcladas con los supuestos ataques de los rusos, el miedo contenido de la población no necesitaba muchos estímulos para salir a flote. Por eso y ante la amenaza de serias denuncias por lo que se consideraba un fraude gigantesco con ánimo de notoriedad y lucro, el realizador Orson Welles se vio en la necesidad de convocar una conferencia de prensa, a la cual asistió igualmente el creador de la novela “La guerra de los mundos”, el señor H. G. Wells. El lugar elegido fue el National Arts Club, un club privado situado cerca del Gramercy Park, concretamente en la East 20 ND Street de Nueva York. Allí estaban representantes de las revistas Variety, Photoplay y Metronome, además de los columnistas E. Wilson y Louella Parsons, famosos ambos por sus mentiras sobre el comportamiento de la gente del espectáculo. Aunque compartían, casi, el mismo apellido, ni Herbert ni Orson se conocían y ni siquiera eran parientes, pero pronto

surgieron multitud de rumores que afirmaban que en realidad eran hijos de la misma mujer pero distinto padre, lo que sin lugar a dudas no era cierto. Cualquier biógrafo sabía que ambos habían vivido durante la mayor parte de sus vidas en países diferentes, pero la prensa canalla sabía que inventando historias venderían más noticias que diciendo la verdad.

Bien, señores - comenzó Orson Welles dirigiéndose a los periodistas - antes de empezar esta rueda de prensa debo aclararles que me he visto presionado por el fiscal del condado para convocarla. No tengo ningún interés en explicar al público los motivos para radiar la novela "La guerra de los mundos", ni mucho menos para disculparme por haberles entusiasmado. Si han existido situaciones de pánico colectivo es solamente porque sé contar historias en la radio. Del mismo modo que a un padre no se le puede sancionar por contar eficazmente la historia de "Caperucita Roja", hasta el punto de hacer temblar de miedo a su hijo cuando el animal se come a la infeliz abuelita, no encuentro razonable que se alcen voces pidiendo mi cabeza.

Pero señor Welles - le cortó E. Wilson - usted no se ha limitado a contar la historia de una manera eficaz. Lo que en realidad ha hecho es hacer creer a los oyentes que estaba narrando una noticia, tal y como se hace en los noticiarios.

Es que la historia es así. Nos narra un suceso ocurrido en nuestros días y emplea situaciones y personajes reales. Pero eso ya lo hicieron anteriormente Arthur Conan Doyle o Edgar Allan Poe y hasta ahora nadie les ha condenado a la hoguera.

Creo que en realidad - insistió Wilson - usted sabía que confundiendo al oyente lograría un mayor impacto y empleó ese truco deliberadamente. Es como si mañana saliera en antena el Presidente de los Estados Unidos anunciando el ataque de los rusos y luego dijera que había sido una broma.

Me halaga comparándome con el Presidente, pero creo que no tengo tanta influencia como él.

¿No cree que a partir de ahora su popularidad haya alcanzado cotas similares? A fin de cuentas, usted nos ha demostrado que sabe mentir tan hábilmente como cualquier político (Risas)

-(Sensiblemente enojado) Veo señor Wilson que es usted tan imbécil en persona como escribiendo, así que ahora concédame la satisfacción de no volver a oír su voz y deje hablar a sus compañeros.

En ese momento y quizá a causa de la gran cantidad de murmullos, algunos insultantes para Orson Welles, se levantó H. G. Wells y con las manos alzadas pidió silencio a los periodistas.

Por favor, señores, no convirtamos esta conferencia en un enfrentamiento personal. La historia original es mía y, por tanto, si existe algún responsable sobre esa histeria colectiva soy yo. Es a mí a quien deben hacer sus críticas.

Pero señor Herbert - habló conciliadora Louella Parsons - nadie ha criticado la validez de su novela, tan extraordinaria que creo que todos nosotros la hemos leído. Personalmente escuché la recreación que hizo Welles en la radio y debo admitir que me fascinó, aunque por supuesto nunca pensé que se trataba de un hecho real. El problema estuvo en que solamente se habló de que se trataba de una novela al principio, pero desde ese momento todo se narró como si fuera un hecho real. Por eso aquellos oyentes que sintonizaron su emisora después de la introducción cayeron en la trampa y creyeron que se trataba de un noticiario.

Bueno, eso no es condenable. Espero que si radian mi novela "El alimento de los dioses" o "La isla del doctor Moreau", no caigan ustedes en la misma trampa. La radio es un medio de expresión en el cual la imaginación del oyente es vital para lograr su interés, pero para estimular esa imaginación hay que utilizar algunos trucos como los de mi amigo Orson. Cuando los protagonistas se besan en la radio todo el mundo sabe que es pura ficción, lo mismo que cuando oímos el vuelo de Superman o las aventuras de Flash Gordon. Creo que ustedes deben aplaudir al señor Welles en lugar de criticarle por haber logrado confundir al oyente.

Por lo que creo entenderle - dijo levantándose de su asiento el delegado de Variety - usted afirma que todo es válido en la radio con tal de conmocionar al oyente. Eso me parece infame, puesto que justifican todo si con ello ganan audiencia.

¡Es usted - dijo Orson Welles furioso - el menos indicado para criticarme!.

Usted pertenece a una revista que disfruta inventándose historias sobre los actores y actrices, no dudando ni un momento en calumniarles si con ello consigue vender más

ejemplares. Yo al menos no he calumniado a nadie y mis personajes son ficticios, a no ser que considere reales a los marcianos (risas en el auditorio)

Mi revista publica habitualmente notas de rectificación cuando hemos dado alguna noticia falsa, pero...

-(Welles, interrumpiéndole) Pues van a necesitar un número extra cada semana para pedir disculpas. Usted es el que tendría que estar en mi puesto respondiendo a los ataques. Yo soy un profesional de la radio que sabe hacer perfectamente su labor, lo mismo que lo supo hacer H. G. Wells cuando escribió su novela. Las personas como usted, ávidas siempre de publicar noticias falsas, son las que realmente causan daño a la población.

En aquel instante la totalidad de los periodistas estaban ya levantados de sus asientos, gesticulando fuertemente, y las llamadas a la concordia que efectuaba H. G. Wells no surtían efecto. Solamente la presencia de los dos policías que vigilaban los acontecimientos impidieron que los puñetazos sustituyeran a los insultos, especialmente porque Orson Welles insistía en boxear con el representante de la revista Variety. Todavía sensiblemente alterados, ambos colegas salieron a la calle por la puerta trasera donde les esperaba un coche que les llevaría a sus domicilios.

Esos cretinos - siguió hablando Orson Welles - creen que tienen derecho a poder calumniar a quienes deseen. Al menos he podido disfrutar diciéndoles lo que opino de ellos.

Sí - le contestó Herbert - pero mañana su nombre estará en las portadas de todos los periódicos y no precisamente para hablar de su trabajo en la radio.

Lo importante es que hablen, aunque sea mal. Habría sido mucho peor que mi programa hubiera pasado desapercibido. Ahora al menos, y de una manera gratuita, todo el mundo sabrá que existe un realizador llamado Orson Welles.

-(Profetizando) Me da la impresión, amigo mío, que no será la única vez que su nombre aparecerá en las portadas de los periódicos.

Ese comentario, viniendo de un escritor que habla tanto del futuro, me parece aleccionador. Espero que sus pronósticos se cumplan. Ciertamente, estoy convencido

de que tanto sus pronósticos científicos, como los de Julio Verne, terminarán por ser una realidad.

-(Sonriendo) ¿Incluida la invasión de los marcianos o la máquina del tiempo?

No sé si serán los marcianos o alguien procedente de una galaxia cercana, pero del mismo modo que los pueblos de la Tierra han sido invadidos en numerosas ocasiones, es muy posible que algún extraterrestre sienta los mismos impulsos. El universo entero tiene que estar regido, lógicamente, por los mismos principios, técnicos y morales. Lo que no acabo de creer posible es eso de los viajes en el tiempo. ¿Cómo se puede viajar a un futuro situado a miles de años de distancia simplemente poniendo una fecha en un reloj?

Bueno, lo del reloj lo he incluido en mi novela para que el viaje fuera exacto y más fácil. Mi idea principal era hablar de la cuarta dimensión, ese lugar que nunca se modifica aunque cambien las fechas y las circunstancias.

¿Pero usted está convencido de la posibilidad de viajar en el tiempo?

Ir al futuro no le veo muchas posibilidades, pero sí al pasado.

¿Y dónde radica la diferencia?

El futuro es algo que no existe y posiblemente no exista nunca. Nadie sabe si mañana estará vivo y si esa gran ciudad seguirá allí o habrá sido destruida por un terremoto. Sin embargo, el pasado es algo real, algo físico que existió y que aún permanece presente. Todos los sonidos de años atrás, las luces, el calor y el frío, o los movimientos de las personas, han sido transformaciones de la materia, no han desaparecido. Se encuentran dispersos en algún lugar del universo esperando que alguien los restituya a nuestra época.

-(Poniendo cierto interés en la conversación) Entiendo. Sería como escuchar en un magnetófono una voz grabada años atrás. La persona que habló en ese momento quizá esté muerta ya, pero su voz permanece allí, tal y como fue expresada.

-(Comenzando a entusiasmarse al oír la respuesta de Welles) Exacto. El cine y las grabaciones sonoras son un ejemplo perfecto para explicar mi teoría sobre la máquina del tiempo. Esos dos sistemas en cierto modo nos llevan al pasado una y otra vez, al pasado real, puesto que eso que ha quedado impreso o grabado fue auténtico, no es ficción. Las películas han sido impresionadas por fenómenos luminosos emitidos por

los personajes o los elementos, mientras que la voz es también una transformación de la materia y puede ser recogida en un soporte adecuado. Dentro de mil años, la Humanidad podrá ver y oír realmente lo que sucedió en el pasado y estarán realizando así un cómodo viaje a través del tiempo.

Pero, aún así, todavía falta algún elemento para que esa experiencia sea real. Tenemos la vista y el oído, pero no hay posibilidad de tocar, oler y saborear nada del pasado. Personalmente, me gustaría poder tener un romance con la reina Cleopatra, preferentemente dentro de ese baño con leche de burra.

-(Esbozando sin entusiasmo una sonrisa) Ese salto en el tiempo tan lejano es ahora imposible, pero existe la posibilidad de viajar a épocas más cercanas.

Querrá decir que encuentra factible que en el futuro alguien pueda inventar esa máquina del tiempo.

-(Se endereza y dice orgulloso) Amigo Welles, creo que ha llegado el momento de que me sincere con alguien y estimo que es usted la persona más adecuada.

Me habla de una manera que me hace sentir miedo. ¿Qué me está ocultando?

Nada que su fértil imaginación no haya presentado ya. La máquina del tiempo que describí en mi novela no es ficción, ni mucho menos una utopía. Ahora mismo está totalmente terminada en el sótano de mi domicilio.

Amigo Herbert, veo que pretende venderme algo, pero le debo advertir que después del desastre de esta noche no creo que me pueda sacar ni un centavo. Es usted una persona agradable a quien admiro, pero todavía no he entrado en ese delirio de confundirle con un dios.

-(Comenzando a encogerse de nuevo, aunque conservando su orgullo) Señor Welles, soy ya un anciano de 72 años algo cansado de vivir en un mundo de fantasía y deseo que se me tenga en cuenta por algo más que ser un visionario que escribe novelas sobre el futuro. Llevo mucho tiempo esperando encontrar a alguien que se merezca compartir conmigo la gran experiencia de viajar en el tiempo y esa persona elegida es usted. ¿Cree acaso que he acudido a su conferencia de prensa solamente para defenderle ante los periodistas?

Bueno, en cierto modo usted también es culpable de la crisis de histerismo de esa novela radiofónica. Si su relato no hubiera sido tan descriptivo e inquietante, nadie hubiera creído que mi recreación en la radio era un hecho real. De todas maneras, me gustaría que siguiera hablándome de esa máquina del tiempo que dice ser una realidad.

-(Cogiéndole del brazo) Si dispone de tiempo, venga conmigo y se la enseñaré. Mi apartamento no está muy lejos de aquí.

## **CAPÍTULO DOS**

### **LA MÁQUINA DEL TIEMPO**

Ambos se dirigieron calle abajo, ahora ya bien entrada la noche, mientras por el camino H. G. Wells explicaba los detalles técnicos que le llevó a la construcción de esa pretendida máquina del tiempo. Su entusiasmo era ya contagioso y ni siquiera esperaba ya la confirmación de ser creído.

Si usted ha leído mi novela “La máquina del tiempo” - empezó a explicarse - sabrá que aunque hablo de la cuarta dimensión como un lugar del espacio-tiempo al cual se puede llegar con facilidad, no explico cómo se puede alcanzar, ni menciono detalles técnicos sobre la máquina del tiempo. Simplemente describo el invento como un vehículo dotado de una silla, un panel de mandos sumamente sencillo, una rueda que es el motor que nos mueve en el tiempo y un cristal extraño que se supone aporta la energía necesaria. Pero no explico ningún dato científico, puesto que es pura ficción el hecho de viajar al futuro.

Entonces, ¿cuál es la diferencia con la máquina que ahora pretende haber construido?

-(Atropellando parcialmente sus palabras) Es que se trata de viajar al pasado, a un lugar que ya existió y cuya presencia física circula por algún lugar del universo. El futuro no está escrito, eso es cierto (duda un momento), o posiblemente lo esté, pero el pasado está perfectamente descrito y sobre los acontecimientos acaecidos unos pocos años atrás disponemos de fotografías y grabaciones. Simplemente mirando una fotografía estamos ya realizando un viaje visual al pasado.



Pero faltaría el elemento físico, aquel que nos permitiría llegar de nuevo a esa época.

-(Con nuevas energías) Piense por un momento en lo que es una fotografía. Un instante del pasado que ha quedado detenido para siempre. Desde el momento en que se impresionó esa fotografía comenzó ya el futuro, pero ya hemos conseguido detener por un segundo ese presente, lo que ahora consideramos el pasado. (Sigue hablando sin esperar respuesta, aunque ahora tratando de ser más sencillo) Cuando empecé a pensar sobre cuál sería el modo de poder entrar a formar parte de ese elemento visual real se me ocurrió una idea descabellada, bueno, entonces la consideraré así, pero que me llevaba a un paso ya del viaje en el tiempo. Por cierto ¿usted ha leído ese cuento titulado “Mary Poppins” de una tal Pamela L. Travins?

Tanto como el de Peter Pan.

¿Recuerda cómo realizan el primer viaje a un mundo de carruseles y tióvivos?

Creo que fue entrando simplemente en un cuadro pintado en el suelo que contenía ese mundo imaginario.

Pues ahora imagínese que pudiese entrar dentro de una fotografía. Que encontrase el medio de integrarse dentro de esa imagen y fundirse con ella empleando rayos X.

-(Sonriendo) Pero faltaría Mary Poppins para que el milagro se pudiera realizar...

Pues la señorita Poppins es ahora mi máquina del tiempo.

Aún mantenía la boca abierta Orson Welles, no tanto por el asombro como por las ganas de reír, cuando llegaron a la vivienda de Herbert. Franqueando un pequeño jardín, en el cual había un reloj de sol, entraron en una casa victoriana, con las paredes forradas en madera de nogal al más tradicional estilo inglés.

Sin hacer ningún nuevo comentario, Herbert condujo a Welles a un sótano bien iluminado, ocupado casi totalmente por un extraño habitáculo cilíndrico.

He aquí mi máquina del tiempo - comentó orgulloso Herbert -.

-(Con los ojos ya un poco más abiertos) Bien, admito que su extraño aparato impresiona al verlo, pero siento no compartir con usted esa convicción sobre la posibilidad de viajar al pasado mediante una fotografía. (Sonriendo) Soy demasiado pesado y grande como para algo así. De todas maneras y otorgándole una pizca de

credibilidad, me gustaría saber si ya ha realizado algún viaje al pasado con este artefacto.

-(Casi gritando) ¡Dos, y constituyeron un éxito total!. De no ser así no estaría ahora pidiéndole que realice mi tercer experimento conmigo.

¡Por Dios, querido Herbert!, ¿es posible que haya pensado que le he creído hasta el punto de meterme en esa máquina con usted?

Si no me cree, ¿cuál es su temor? ¿Qué le puede pasar por hacer la prueba?

No sé, es posible que muramos electrocutados. Además, esos rayos X no me ofrecen mucha confianza y he leído que sus radiaciones pueden ser perjudiciales para la salud. ¿Está seguro de haber realizado ya dos viajes al pasado?

No tengo la menor duda de ello y una prueba de la inocuidad de mi máquina es que estoy ahora aquí, hablándole, completamente sano y consciente. La primera vez se trataba de averiguar solamente la posibilidad de viajar al pasado y para ello empleé simplemente una fotografía que me había realizado un día antes en el Central Park. La puse en la máquina, activé todo el proceso, y en pocos segundos me encontré en el mismo día y lugar de la fotografía, con el mismo clima y con las gentes que estaban en ese momento a mí alrededor.

¿No consideró nunca que era simplemente una ilusión?

Debo reconocer que siempre consideré esa posibilidad y debía descartar que todo fuera una ilusión óptica o un proceso de hipnotismo inducido por la máquina. Cuando entré en la máquina del tiempo disponía de la fotografía realizada el día anterior que reflejaba fielmente ese instante, además de mi reloj, el cual marcaba la hora y día del momento en el cual activaba la máquina del tiempo. Había, por tanto, una fecha que no iba a ser alterada. -(Intrigado) Bueno, ¿y qué ocurrió? ¿No provocó ningún histerismo entre la gente del parque cuando apareció bruscamente ante ellos?

Ninguno. Todo se realiza tan rápidamente que ni siquiera el ojo humano puede captar nada extraño. Me encontré en el mismo lugar en el cual había realizado la fotografía y nadie fue capaz de percibir mi súbita presencia allí. Era una sensación extraña y por un momento pensé que todo era un sueño y que en realidad seguía viviendo la

existencia del día anterior y que mi máquina del tiempo era producto de mi delirio imaginativo. Debo reconocer que fui el primero en dudar.

¿Qué fue lo que le sacó de dudas?

-(Contundente) Mi reloj. Marcaba la misma hora y día en que me introduje en la máquina del tiempo, o sea, un día después. Un vistazo a los periódicos que estaban a la venta me indicaba sin lugar a dudas que estaba en el pasado.

-(Un poco aturdido) ¿Y qué hizo entonces? ¿Cómo volvió a su época?

Simplemente dejé que el efecto de la máquina pasara. Había efectuado mis mediciones para que apenas durase diez minutos y pasado este tiempo retorné al interior de la máquina. Para mí esa experiencia había supuesto apenas unos minutos - mi reloj daba fe de ello - pero cuando retorné, todo estaba como antes, sin que hubiera pasado ni un solo segundo de más. Era como si el mundo actual se hubiera detenido en el momento de mi viaje. (Ilusionado, sin dejar de hablar) Un día después volví a realizar el mismo experimento, ahora empleando una fotografía de la Estatua de la Libertad que compré en una tienda de souvenirs. Aparecí bruscamente entre los turistas, con un salto atrás en el tiempo de seis meses, y en esta ocasión permanecí media hora. Y nuevamente, de vuelta a casa...

Sí, pero ahora necesitaba nuevas pruebas sobre la veracidad de mi viaje. Durante mi estancia en la Estatua de la Libertad compré un periódico editado ese día y cogí una flor del lugar para llevar ambos objetos hasta mi época. La posibilidad de traer tesoros del pasado era demasiado tentadora como para no intentarlo.

-(Ansioso) Bien, ¿y dónde están?

-(Algo desilusionado) No sé, quizá perdidos en algún lugar de la cuarta dimensión. No retornaron conmigo, lo que ahora me parece lógico. Esos objetos no podían viajar al futuro, del mismo modo que yo tampoco puedo hacerlo. Hace seis meses mi época actual no existía, era el futuro, y ya sabemos que nadie ni nada pueden viajar al futuro porque no está escrito. -(Sonriendo desilusionado) Vaya, mis sueños de traerme a Cleopatra conmigo se han desvanecido.

Y también los de estar con ella, puesto que es imposible viajar hasta esa época tan lejana.

No lo entiendo. Si la máquina permite viajar al pasado ¿cuál es el problema para no poder viajar hasta el Egipto antiguo?

La transmutación solamente puede realizarse mediante una fotografía y ese avance científico pertenece a nuestro siglo. Por desgracia, necesitamos una materia real para viajar al pasado, ni siquiera nos sirven los cuadros, puesto que no reflejan la realidad. Los pintores utilizaban los ojos para captar las señales luminosas, pero sus manos, pinturas y pinceles, eran simples instrumentos.

Parece lógico, pero lo que no acabo de entender es cómo consigue integrarse dentro de una fotografía.

Venga, se lo mostraré.

No sin cierta intranquilidad, Welles entró con Herbert dentro de ese gran cilindro oval, totalmente forrado de espejos y el cual parecía pensado para albergar a varias personas. Dentro, la atmósfera era pura y un fuerte olor a electricidad indicaba la presencia de alguna máquina generadora de alta energía.

Mire - le explicó Herbert - aquí, justo detrás de donde nos situaremos para hacer el salto en el tiempo, hay un aparato de rayos X, un instrumento descubierto en el siglo pasado pero que no fue perfeccionado hasta hace pocos años, precisamente por unos amigos míos llamados Lane y Braggs. Este maravilloso aparato emite unas radiaciones electromagnéticas invisibles, con una frecuencia superior a los rayos ultravioletas y tiene dos propiedades fundamentales: puede pasar a través de los cuerpos y posteriormente imprimir una película fotográfica. He oído hablar de ello y de las muchas aplicaciones que tendrá en medicina para explorar el interior de nuestros cuerpos. Debo reconocer que su invento empieza a interesarme.

Me alegro porque quiero que realice conmigo mi tercer viaje al pasado.

Amigo Herbert - le cortó nervioso Welles - sabe que soy un admirador de sus novelas, pero no me confunda con un conejillo de indias.

Bueno, no se niegue a ello hasta que conozca las características de mi invento. Lo que le puedo asegurar es que no existe ningún peligro para nosotros y que el aparato nos devuelve siempre automáticamente a nuestra época.

Usted siga hablando y luego matizaremos eso de que yo debo acompañarle.

-(Cogiendo nuevas energías) Una vez que los rayos X están en funcionamiento atravesarán una fotografía, la que hayamos elegido, y proyectarán esa imagen en este tubo de rayos catódicos, similar al que están empleando en los televisores.

Espero que ese nuevo invento para ver películas en casa no malogre toda la industria del cine.

No me interrumpa, por favor, porque ahora viene lo mejor. En medio, entre el tubo de rayos catódicos y la fotografía, estaremos nosotros, igualmente atravesados por los rayos X. Desde ese momento nuestra materia se une a la fotografía y ambos somos proyectados en el tubo de rayos catódicos, tan fundidos en una sola imagen que resulta imposible diferenciarnos. En ese instante viajaremos ya al mismo lugar y tiempo que había en la fotografía.

¿Así de sencillo?

-(Algo molesto) ¿Sencillo? He trabajado siete años para lograr esta máquina y a usted le parece sencillo. También nos parece ahora sencilla la energía eléctrica o el vuelo de un aeroplano, pero hace trescientos años eran solamente quimeras de los soñadores. No, amigo mío, no hay nada sencillo en mi máquina del tiempo.

Bueno, no se ofenda, aunque sigo sin comprender en la totalidad su invento. Otra pregunta que me viene a la mente es sobre el retorno a nuestra época. Si la máquina del tiempo no viaja con nosotros y permanece en este sótano, ¿cómo logramos volver?

En realidad yo no hago nada en este sentido. La imagen que se graba en el tubo de rayos catódicos viaja por el espacio-tiempo, de manera similar a como viajan las imágenes de televisión, pero no son perennes y su efecto es pasajero. Necesitaría una fuente de energía mayor que la corriente eléctrica para que pudiésemos permanecer semanas o meses en el pasado. Según mis experimentos, los electrones que se mueven dentro de ese tubo son inestables y necesitan una fuente de luz muy intensa para estar unidos. Quizá dentro de unos años alguien invente generadores eléctricos más potentes, aunque seguramente yo no estaré ya vivo para mejorar mi invento.

Hubo un silencio dramático en ese momento, sin que ninguno de los dos hombres fuera capaz de romperlo. La tremenda ilusión inicial de uno, Herbert, y la curiosidad

precavida del otro, habían desaparecido inmediatamente ante la posibilidad de que ese invento se perdiera para siempre por algo tan natural como la muerte. Pero ese comentario debió ser la motivación que necesitaba Orson Welles para decidirse a emprender el viaje a través del tiempo, puesto que le dijo con viveza que le acompañaría.

Concédame solamente media hora para ir a mi casa y avisar a mis padres.

Tengo que ordenar mis asuntos, pero puede contar ya con un compañero de viaje en su máquina del tiempo. Por cierto, ¿dónde iremos?

Viajaremos aquí mismo, a Nueva York de 1934. Tengo una fotografía del estreno de una obra de teatro que he visto en cine, titulada “El bosque petrificado”, y siento curiosidad por ver los comienzos de ese actor llamado Bogart. Tiene una gran personalidad y carisma, y presiento que pronto será alguien muy popular.

Debo confesarle que no he visto nunca trabajar al tal Bogart, pero como aficionado al teatro que soy me encantará ver en directo esa popular obra. Por cierto, ¿sabe que hice de Tymbal en “Romeo y Julieta”.

Siento no haber estado en ese momento para aplaudirle, pero posiblemente efectuemos un viaje allí para comprobar sus virtudes como actor.

¡Cielos!, eso será algo increíble. Yo, como espectador, viéndome a mí mismo en las candilejas. En cierto modo siento miedo de esa posibilidad. ¿No ha oído hablar de las paradojas del tiempo?

Ya tendremos tiempo para divagar sobre cuestiones científicas y sobre la posibilidad de poder influir en el destino de la Humanidad. Ahora lo más importante es que usted vuelva cuanto antes y podamos efectuar el viaje.

## **CAPÍTULO TRES**

### **UN ACTOR LLAMADO HUMPHREY BOGART**

Orson Welles estaba entusiasmado, aunque todavía receloso, por efectuar ese salto al pasado cercano. Ansioso por clarificar cuanto antes sus dudas se dirigió, corrió, a su domicilio para poner en orden su trabajo y, cómo no, llevar una ropa adecuada a tal

experiencia. Lo que no tenía aún definido era la explicación que le daría a sus padres para tan repentino viaje, consciente de que hablarles sobre una máquina del tiempo y de asistir a una función de teatro realizada cuatro años antes, no era algo que se pudiese asimilar en unos minutos. Afortunadamente, cuando llegó a su casa sus padres no estaban y respirando aliviado revisó el correo para organizar su trabajo cuando retornase. Allí se encontró una carta con membrete de la RKO, la cual abrió presuroso puesto que no era habitual que una productora cinematográfica le tuviera en cuenta.

Desgarró nervioso el sobre y leyó el texto:

“Estimado señor Welles: hemos recibido buenos informes sobre su trabajo en la radio y su capacidad para realizar innovaciones en el mundo del espectáculo, cualidades que encajan dentro de la política renovadora de nuestra compañía. Como sabrá, hemos estrenado ‘King Kong’ con un éxito extraordinario y tenemos dos nuevos proyectos para los cuales deseáramos contar con usted como director y protagonista. El primero de ellos trata sobre la vida del magnate William R. Hearst, a quien sabemos odia usted en lo más profundo de su alma. Llevaría por título ‘Americano’, aunque hay quien opina que sería mejor cambiarlo por el de ‘Ciudadano Kane’. El otro guión se titula ‘El cuarto mandamiento’ y también contaría con la actuación de Joseph Cotten. Por ambos trabajos recibirá usted 225.000 dólares y la posibilidad de entrar a formar parte de nuestros directores habituales. Si esta oferta es de su interés, le rogamos se persone en nuestras oficinas en el plazo máximo de 24 horas para formalizar el contrato. Atentamente: David O’Selznick, vicepresidente”. No podía creerlo. En poco menos de dos días había conmocionado al mundo con su serial radiofónico “La guerra de los mundos”, estaba a punto de realizar un viaje al pasado en una máquina del tiempo, y acababa de recibir la mejor propuesta de trabajo de toda su vida. Aparentemente eran demasiadas emociones juntas para cualquier persona, pero para Welles suponían solamente incentivos y confirmaciones de su capacidad creativa.

Lo avanzado de la noche, eran casi las once, le impedía dirigirse de nuevo a casa de Herbert para pedirle un aplazamiento de 24 horas en su viaje al pasado, justo el tiempo que necesitaba para acudir a los estudios de la RKO a firmar el contrato. Algo

inquieto por los acontecimientos, dejó todo debidamente ordenado en su casa y se acostó con la intención de visitar a primera hora a Herbert, desde donde iría a los estudios de cine. Mientras tanto, Herbert esperaba ya impaciente el regreso de Orson Welles, aunque en su mente tenía claro que no haría concesiones a nadie, consciente de que era difícil que alguien creyera realmente en su máquina del tiempo. Los minutos se convirtieron en horas en la imaginación de Herbert y enfurecido por lo que consideraba una falta de ética y respeto, se dirigió al sótano con la clara intención de poner en marcha su máquina del tiempo. El viaje lo haría en solitario, tal y como lo había realizado con anterioridad. Colocó en el sitio adecuado la fotografía del patio de butacas del Lyceum Theater, efectuada durante el estreno de “El bosque petrificado” en 1934 y puso en marcha el generador que debía activar el aparato de rayos X, además de encender el tubo de rayos catódicos y el amplificador de las células fotoeléctricas. En medio, y sin ninguna protección adicional, H. G. Wells, de nuevo en su viaje al pasado, aunque ahora debería durar al menos, según sus cálculos, tres horas.

Una luz cegadora inundó el habitáculo, amplificada intensamente gracias al recubrimiento reflectante de las paredes, y en pocos segundos una nueva imagen aparecía proyectada en el tubo de rayos catódicos. La señal luminosa viajaba ya rumbo al pasado y con ella H. G. Wells. En el camino, y por un azar del destino, se había quedado Orson Welles.

La figura humana de Herbert se materializó justo al final del pasillo del teatro, ahora en penumbras por estar representándose la obra, por lo que nadie se dio cuenta de su presencia. Consciente de la necesidad de pasar desapercibido, se sentó en una de las pocas butacas traseras disponibles y asistió emocionado al desarrollo de “El bosque petrificado”. Allí estaban Leslie Howard y Humphrey Bogart, este último interpretando con maestría al malvado Duke Mantee, el gángster que no tenía piedad con sus enemigos y que ahora se había convertido en secuestrador de personas inocentes. Los aplausos del público interrumpieron varias veces la obra, mientras que Herbert, aún aturdido por poder ser testigo de un hecho así, no conseguía batir sus manos para participar con el entusiasmo del público. Cuando la función terminó solamente tenía una idea obsesiva en su mente: debía aprovechar este momento para conocer



en persona a Bogart. Discretamente, como esperando que alguien le reconociera su papel de viajante en el tiempo, se dirigió a los camerinos y solicitó al bedel saludar a Bogart y Howard. Aunque esta pretensión, ver personalmente a los actores, habitualmente conduce siempre al fracaso, una tarjeta de visita con su nombre fue suficiente para abrirle el camino hasta los camerinos. Afortunadamente, H. G. Wells hacía mucho tiempo que era un escritor famoso en el mundo entero.

¡Señor Wells, qué alegría poder saludarle! - dijo Leslie Howard saliendo de su camerino y acercando su mano para estrechársela -. Su visita es lo mejor que me podía haber sucedido hoy.

La alegría es mutua entonces, puesto que hacía mucho tiempo que deseaba saludarles a ustedes.

-(Aparece Bogart sonriendo) Espero que no haya venido con algún Morlok.

¿Dónde está Weena?

Creo que me he perdido algo - dijo extrañado Howard - ¿De quiénes están hablando?

Ya veo - le contestó Bogart - que no has leído “La máquina del tiempo” de H. G. Wells. En su viaje al futuro se encuentra con una hermosa joven a la cual enamora, pero luego tiene que rescatarla de los malvados Morloks, unos habitantes del mundo subterráneo que gustan de comerse a los infelices habitantes de la superficie. Es una obra apasionante.

Debo admitir que no soy un entusiasta de la ciencia-ficción, pero me convertí en un admirador de usted desde que leí “La isla del Dr. Moreau”. La posibilidad de que los médicos manipulen a los animales y las personas para conseguir aplausos y dinero me parece detestable. Su historia me dejó hondamente preocupado y desde entonces acudo mucho menos al médico. Bien, ¿por qué no continuamos nuestra conversación en la cafetería de la esquina?

Y allí estaban reunidos tres leyendas del mundo del arte, cada uno tan dispar que resultaba imposible que tuvieran algo en común. Afortunadamente, la filosofía de Wells y la verborrea de Bogart eran motivo suficiente como para conseguir que la conversación fuera algo inédita y apasionante.

Yo no puedo entender por qué las personas se enfadan - dijo Bogart -. No se puede vivir en soledad y para discutir se necesitan dos personas. Si entre ellos no están de acuerdo entonces nace la discusión. Nadie empieza una disputa diciendo: “¡Oh, por supuesto, usted tiene razón!”, ni, “¡reconozco que usted sabe más que yo!”.

Me da la impresión de que a ti - le matizó Howard - te gusta demasiado la polémica. Personalmente no disfruto discutiendo con nadie y prefiero buscar una plácida conversación con alguien que esté de acuerdo conmigo.

Mi idea sobre una discusión - continuó Bogart - es empezar exponiendo cada uno su opinión. Entonces, cuando el otro diga algo así como, “usted solamente es un necio”, es cuando las cosas empezarán a moverse en un sentido práctico. Seguro que pronto llegaremos a un entendimiento.

Veo que es usted tan pendenciero en la realidad como en sus personajes del teatro - replicó Wells con una sonrisa -. No estoy seguro si se le han contagiado sus personajes o es que ha encontrado en Duke Mantee su hermano gemelo.

¡Oh!, no crea ni por un momento que mis ganas de polémica terminan siempre tan pacíficas. En una ocasión, en este mismo bar, estaba con la que ahora es mi esposa, Mary Phillips, y un tipo se acercó a nosotros y me dijo: “He oído que usted es un tipo duro, pero eso se debe referir a otra persona porque usted no me parece tan duro como dicen”. “Tiene usted razón - le contesté- ¿por qué no se sienta, amigo, y toma una bebida conmigo?”. El hombre aceptó la oferta pero continuó: “¿Sabe que me han contado sobre usted?, que no quería firmar autógrafos a los niños”.

Era obvio - interrumpió Wells - que ese hombre solamente deseaba pelear, no dialogar.

No había la menor duda de ello. Pero yo no quería problemas con nadie así que cogí a Mary y me dispuse a marcharme. El individuo se levantó y me dijo:

“¡Justo lo que pensaba!, que se marcharía corriendo. Usted me da risa, no es un tipo duro”. Me agarró por el hombro y ambos terminamos rodando por el suelo.

¿Y quién ganó la pelea?

Mi mujer (risas) Se quitó un zapato y le incrustó el tacón en la cabeza varias veces. Creo que ese individuo aún anda por la calle portando un cuerno de unicornio como recuerdo de aquel día.

Veo que su imagen en el teatro se corresponde bastante con su personalidad comentó burlonamente Wells -.

Creo que este mérito, si es que lo tengo, se lo debo a mi madre. El último beso que recibí de ella fue cuando apenas contaba siete años. Cogí una pulmonía que me dejó al borde de la muerte y eso la decepcionó tanto, pues me consideraba un niño tan fuerte que ni las enfermedades me podían vencer, que desde ese momento olvidó las caricias hacia mí.

No deberías hablar así de tu madre - le criticó suavemente Howard - seguro que te quería aún más cuando estabas enfermo.

No puedo afirmar que quiera a mi madre; quizá la admiro y respeto, pero desde luego no es el tipo de cariño que sirviera como modelo para una película de amor. Ni siquiera le envió regalos el Día de la Madre; estoy seguro que me los devolvería. Cuando me ve, en lugar de besarme me da palmadas en la espalda para que siga trabajando como actor.

¿Mantiene esa misma relación con su padre?

Mi padre acaba de morir hace quince días.

¡Cuánto lo siento! - se disculpó Wells - y creo que no debimos obligarle a que nos contase sus problemas familiares.

No se disculpen. En realidad las personas tenemos necesidad de sacar nuestros demonios internos para que no nos corroan por dentro. Yo tengo magníficos recuerdos de mi padre y es la persona que más he querido en mi vida. Solíamos ir a pescar y aunque nunca cogíamos ni un solo pez acudíamos al mismo lugar porque él deseaba estar lejos de mi madre. Su muerte llegó de repente, mientras jugaba al ajedrez con un amigo en un local de la Sexta Avenida. Le llevaron a casa por deseo propio y murió en mis brazos. En ese momento es cuando me di cuenta de todo lo que le quise, aunque tengo la satisfacción de haberle dicho que le quería antes de morir. Sé que me oyó porque me miró y sonrió. Era un gran señor y siento que no hubiera vivido más para poder haberme visto trabajar en esta magnífica obra.

Pues, amigo mío, - le dijo Leslie Howard - si es cierto que existe el cielo tu padre estará orgulloso de ti puesto que tengo una buena noticia que darte. He recibido una carta de la Warner Brothers en la cual me piden que interprete en el cine "El bosque

petrificado”, junto a Bette Davis y Edward G. Robinson. Les he respondido que si tú no haces el papel de Duke yo rechazo el trabajo y han aceptado.

Veo que aún existen los buenos amigos.

Bueno, no me aplaudas demasiado. En realidad a mí me sobran las ofertas y por eso me he permitido el lujo de presionarles para que trabajen junto a mí. También he recibido proposiciones para interpretar el principal papel en “Pígmaloón” y me han entregado una novela titulada “Lo que el viento se llevó” para que la lea. Existe un proyecto muy ambicioso para llevarla al cine.

Mientras esta conversación se mantenía viva, Wells miraba nervioso su reloj, consciente que el tiempo de permanencia en esa época llegaba a su fin. Como si se tratara de una cenicienta masculina, sabía que apenas le quedaban unos minutos para regresar al futuro y debía hacerlo en un lugar solitario, sin la presencia de testigos. Pronto encontró la excusa más creíble y fácil.

Si me perdonan un momento, quisiera ir al servicio.

Y así, apenas había entrado en uno de los reservados, la máquina del tiempo le devolvió de nuevo al año 1938, tan sano y salvo como estaba antes del viaje al pasado. Atrás quedaba la experiencia de haber podido conocer a dos actores tan extraordinarios como Bogart y Howard, aunque ahora bullía ya en su mente el propósito de volver a visitarles sin necesidad de nuevos viajes en el tiempo. De nuevo estaba en su casa, dentro de la máquina del tiempo aún caliente por haber estado funcionando casi tres horas seguidas. Repasando su experiencia, sabía que aún le quedaban muchas dudas por resolver, y la más inquietante de todas era la posibilidad de que todas estas experiencias no fueran nada más que un trance hipnótico inducido por los rayos X. También existía la posibilidad de que la teoría de los universos paralelos fuera una realidad y que aunque hubiera estado en el pasado estos hechos no hubieran quedado reflejados en su propia época y existencia.

Tenía que salir de dudas y para ello necesita imperiosamente un acompañante, alguien que le confirmase todo cuanto estaba sucediendo. Después de asearse y cambiarse de ropa comió la cena que le había preparado su fiel ama de llaves, y se dirigió presuroso al domicilio de Orson Welles, ansioso por contarle su nueva experiencia. Allí recibió la desalentadora noticia de que había partido súbitamente a

Europa y que no esperaban su regreso hasta una semana después; demasiado tiempo para una persona tan mayor e inquieta como H. G. Wells. Consciente de que la muerte rondaba ya a su alrededor y que no podía permitirse el lujo de desperdiciar ni un solo día de su vida, se dirigió presuroso hacia su casa para planificar minuciosamente su próximo viaje en el tiempo.

## **CAPÍTULO CUATRO**

### **LO CORRECTO Y LO INCORRECTO**

Ahora tenía un objetivo prioritario: volver a ver a Bogart y Howard para que ellos le confirmasen el encuentro sucedido hacía cuatro años en el Lyceum Theater. También pasó por su mente otro tipo de proyectos, entre ellos lograr viajar sesenta años al pasado, cuando él era aún un niño, para volver a recuperar las emociones de su niñez, con sus padres aún vivos y el mundo inmerso en los planes para entrar en el siglo XX. Como disponía de algunas fotografías de aquella época el viaje no debería ser un problema, aunque estaba seriamente preocupado por la posibilidad de verse cara a cara consigo mismo, el pequeño Herbert. No sabía qué podría suceder si modificaba su propio destino, ni si en realidad podría modificarlo. También le atraía la posibilidad de cambiar los acontecimientos históricos más importantes de la humanidad como el asesinato del Zar Nicolás II y su familia, o del archiduque Francisco Fernando durante su visita oficial a Sarajevo. Quería impedir, si ello era posible, el hundimiento fortuito del Titanic, conocer a Lenin y a Karl Marx, estrechar la mano de Charles Chaplin, orientar al aviador Lindbergh sobre los detalles técnicos para su viaje a través del Atlántico, y ¿por qué no?, sacar todo su dinero depositado en las bolsas norteamericanas un día antes del colapso de Wall Street. También quería impedir el imparable poder de Hitler, quien acababa de anexionar Austria a Alemania y le llegaban rumores que estaba intentando apoderarse de Checoslovaquia, Polonia y la Unión Soviética. Desde que hicieron canciller a Hitler en 1933, este nazi de 44 años había conseguido apartar a todos los comunistas de la débil democracia alemana. Los Estados Unidos querían permanecer al margen de lo que solamente consideraban como “pequeños conflictos” políticos en Europa, pero él,

como buen inglés, deseaba que su país conservase su independencia eternamente. No era fácil para Wells tomar una decisión correcta sobre cuál era su misión en esta vida, ahora que parecía tener la posibilidad de influir en los destinos de la Humanidad. Era consciente de lo limitado que estaba, pues aunque conocía los acontecimientos que ocurrirían hasta el año 1938, así como los detalles y las personas involucradas en ellos, no disponía para corregirlos de armas, dinero o amigos poderosos. Un hombre de 72 años viajando al pasado no sería más creíble que cualquier adivino de feria y muy probablemente le meterían en un tenebroso manicomio antes de que pudiera hacer algo positivo para modificar los acontecimientos. Triste encrucijada para una persona tan deseosa de aportar un legado a la humanidad tan importante, aún más desalentadora porque todas las decisiones las tenía que tomar en solitario. Necesitaba imperiosamente una o dos personas (más no podían viajar en la máquina del tiempo) para, al menos, compartir dudas y propósitos. Su febril imaginación le llevaba a extremos angustiosos, advirtiendo del peligro inminente a unos, mientras esta misma advertencia podría suponer la muerte de otros. Si enviaba un anónimo al Zar Nicolás II relativo a las personas que estaban conspirando contra él, esto supondría el fusilamiento inmediato de Lenin y Trotski, y sin ellos la posterior revolución rusa no podría tener lugar. El destino de ese gran país sería pues impredecible, quedando a merced de Alemania que lograría así el mayor imperio del mundo.

Tampoco le serviría de mucho acercarse a la naviera inglesa White Star para advertirles que ese buque que consideraban insumergible se hundiría precisamente en su viaje inaugural, junto con más de la mitad de sus pasajeros. Nadie daría crédito a sus vaticinios y hasta podría ser acusado de saboteador y causante del hundimiento de ese buque cuando el hecho tuviera lugar. ¿Cómo podría explicar que sabía el triste desenlace de ese barco gracias a una máquina del tiempo inventada varias décadas en el futuro? Con seguridad, millones de personas pedirían su procesamiento inmediato, y posiblemente su ahorcamiento sumarísimo.

Tenía que serenarse y planificar mejor sus próximos viajes, evitando inmiscuirse demasiado en los destinos del Hombre, aunque estos fueran tristes. Lo primero era buscar compañía y estaba seguro que Humphrey Bogart sería el compañero ideal. Por

ello escogió el momento y el lugar ideal para un nuevo encuentro: la boda de Bogart con Mayo Methot, una actriz de quien se decía tenía una derecha demoledora para resolver conflictos. La noticia había sido publicada en la revista Variety y hasta describían el lugar donde se celebraría. Y así, ese mes de agosto de 1938, Wells y Bogart volverían a tener un nuevo encuentro en el cual quedaría ya claro si el viaje anterior en la máquina del tiempo había sido realidad o un sueño fantástico. La respuesta no se hizo esperar, pues aunque Wells permaneció sentado entre los invitados a la boda, tratando de confundirse con uno de ellos, Leslie Howard le vio enseguida y se acercó presuroso a saludarle.

¡Señor Wells, qué estupendo verle de nuevo!. Espere que le diga a Bogie que está aquí, en su boda, y verá la alegría que le damos. Hemos intentado volver a saludarle desde aquel encuentro que tuvimos en el teatro, pero nos fue imposible contactar con usted. Nadie pudo decirnos su dirección y creíamos que se había marchado de nuevo a Inglaterra.

Ciertamente me tuve que ausentar rápidamente y créame que sentí mucho no poder despedirme de ustedes. Surgió bruscamente un problema y no tuve tiempo de dejarles mi nueva dirección.

¡Ah, el tiempo!, no hay manera de que lo podamos controlar como quisiéramos.

No se crea, amigo Howard, no es tan difícil tener el tiempo en nuestras manos. Es cuestión de saber retroceder a tiempo.

Pero el reloj no se detiene nunca, es tan inexorable recordándonos las horas como el destino avisándonos que somos mortales. Si pudiéramos retroceder y volver a vivir épocas pasadas, quién sabe dónde estaríamos ahora usted y yo.

-(Irónico) Posiblemente aquí mismo, tratando de planificar nuestro futuro.

En ese momento llegaba Bogart junto a su nueva esposa Mayo, tan hermosa como aparentemente irascible. La expresión de él se parecía más a la de un joven tratando de zafarse de su novia para salir de juerga con los amigos que a la de un recién casado, supuestamente deslumbrado por el amor.

¡Amigo Herbert, no sabe la alegría que me da verle!. Me alegro que estuviera presente en mi boda y así nos podrá acompañar a la fiesta que hemos organizado. Le presento

a mi esposa Mayo, la más encantadora de los mortales y la única que consigue que deje de fumar de vez en cuando.

Entre el alcohol y el tabaco - sentenció ella - es posible que me quede sin marido muy pronto. Creo que fundaré una Liga contra los Maridos Bebedores. ¿Sabe usted, señor Wells, que a mi marido y a Errol Flynn no les aceptan en muchos restaurantes de lujo?

Quizá es porque no les gusta la comida y protestan muy enérgicamente.

No, en absoluto. Es que cuando toman dos copas de más, y en su caso deberíamos hablar de diez, organizan destrozos en esos locales. -(Bogart, por alusiones) Es que en ocasiones es mejor beber mucho antes que volver a casa con ciertas esposas. Es difícil llegar al hogar sabiendo lo que nos espera y, además, hacerlo sobrio.

Amigos - dijo Howard poniéndose en medio de los nuevos esposos - creo que ha llegado el momento de que se den el primer beso como recién casados y que guarden sus diferencias para cuando estén debajo de las sábanas buscándose el uno al otro.

Este pequeño conato de guerra entre los dos nuevos esposos se disolvió con la misma rapidez que se había generado, y todos se dirigieron a la recién estrenada casa de los Bogart, en donde tuvo lugar el bullicioso banquete de bodas. Allí estaban Spencer Tracy, Errol Flynn, Samuel Goldwyn, Alan Ladd y Bette Davis, además de numerosos amigos no tan conocidos popularmente. Pero para H. G. Wells todo este mundo de personalidades no le entusiasmaba y solamente deseaba encontrarse a solas con Bogart para hablarle sobre su máquina del tiempo. Tenía tantos proyectos y tantas posibilidades para vivir acontecimientos perdidos, que no podía demorar por más tiempo su nuevo viaje. A Bogart le encontró sentado en la pequeña barra de su restaurante privado, leyendo un periódico.

¿Le interrumpo? - inquirió Wells -.

No, en absoluto. Estaba repasando la cartelera cinematográfica, pues hace tiempo que no voy al cine y deseo saber qué ocurre a mí alrededor. Hay una película que me gustaría ver de manera especial, pues guardo un buen recuerdo de sus protagonistas. Veo que aún se mantiene en cartel "The Cocoanuts", de los Hermanos Marx y creo que esta puede ser una buena opción.



Debo reconocer que no he visto ninguna película de ellos, quizá porque mi sentido del humor no es tan desquiciado. Siempre he sido un admirador de Chaplin y de Buster Keaton.

Pues creo que ha llegado el momento en que disfrute de ese trío de cómicos y esta es una buena ocasión. Como encuentro muy aburridas las bodas, incluida la mía, saldremos sigilosamente por la puerta que da al jardín y seguramente nadie nos echará de menos.

¿Ni siquiera su esposa?

¿Mi esposa? Mírela, creo que acaba de iniciar su baile número 59. Cuando yo la conocí presumía de bailar más que Ginger Rogers.

¿Y a usted no le gusta bailar?

Ni encima de mi enemigo. Bien, vamos, creo que este es el momento de iniciar una sutil retirada en busca de Groucho Marx.

Y tal como habían planeado así sucedió. Los dos amigos salieron furtivamente por la puerta de atrás, rumbo al cine donde proyectaban una reposición de "The Cocoanuts". Allí ocuparon una discreta butaca y las carcajadas de Bogart terminaron por contagiarse a Wells, quien desconcertado consigo mismo se tapaba la boca para no demostrar que también la comicidad delirante de los Marx se había adueñado de sus sentidos. Cuando terminó la proyección ya era casi de noche e iniciaron lentamente el camino de regreso al hogar de Bogart.

Bogart, ¿no le preocupa que la violencia de sus personajes sea un mal ejemplo para los espectadores? Es como si les diera ideas para delinquir.

Yo no creo que el cine pueda inducir al crimen. Cuando yo era joven nosotros estábamos leyendo sobre Billy el Niño, pero eso no aumentó el número de delincuentes entre mis amigos. Si alguien quiere averiguar lo que convierte a los niños en delincuentes debería mirar en su ambiente y particularmente su vida familiar. Los padres que permiten que sus hijos pequeños se queden en la calle hasta la noche son los únicos responsables de que se hagan después delincuentes.

¿No cree que los actores puedan tener alguna influencia positiva en la educación de las personas?

Tarde o temprano yo seré padre y por ello estoy muy interesado por la violencia juvenil. El problema es que el público está fascinado por los gánsteres y la razón es su gran popularidad. La policía trata de detenerlos en masa, con muchos coches, la Guardia Nacional y el FBI al completo, para cazarlos como conejos y dispararles tanto que ni su madre les reconocería. Pero luego la policía no es apreciada porque se la asocia con un ejército que solamente sabe disparar, en lugar de detener a los cabecillas. Cuando un jefe de la mafia se escapa se convierte en un ídolo, una persona que ha logrado burlar el cerco policial. Entonces pasa a ser un asesino simpático. -(Reflexivo) La historia está llena de ejemplos en los cuales el delincuente es más apreciado que aquellos que llevan una vida honrada. Vea el ejemplo de Robin Hood y Pancho Villa, dos personas adoradas en sus respectivos países por robar y matar al enemigo.

Pero este no es un buen ejemplo, pues estas personas lo hacían como un acto de justicia. Debían hacer daño al poderoso para beneficiar al pordiosero. No es lo mismo que Al Capone o Bonnie y Clyde, personas que solamente han perseguido su propio beneficio sin importarles a quién hacían daño.

Exacto - insistió Wells - pero seguramente se realizarán más películas sobre estos delincuentes que sobre Edgar Hoover, el director del FBI encargado de atrapar a los profesionales del crimen. Si usted interpretara papeles de amante esposo seguramente no estaría alcanzando tanta popularidad.

-(Menos sombrío) Bueno, también me han felicitado por el modo en que beso a las actrices. No siempre podemos escoger los papeles que nos gustaría interpretar. El destino no está en nuestras manos.

¿Cree usted ciertamente que el destino está escrito? ¿Qué haría usted si pudiera volver al pasado y tuviera la posibilidad de rectificar?

Señor Herbert, habla de un tema que me he planteado en numerosas ocasiones.

Si yo pudiese volver a vivir no estoy muy seguro de que hiciera las cosas muy diferentes a como las he realizado. Nos comportamos en función de las circunstancias y por eso cuando miramos atrás solemos justificarnos en casi todo. Lo que sí estoy seguro es de las cosas que volvería a repetir, como estar cerca de mi padre. Mi vida nunca ha sido escandalosa, nunca he acudido a los prostíbulos, ni he perseguido a

jovencitas vírgenes. Tampoco he fumado drogas ni he buscado aparecer en la prensa. Si volviera a vivir mis años jóvenes seguiría comportándome así, pues forma parte de mi persona.

¿Está dispuesto a realizar una apuesta conmigo a que si volviera a vivir no se comportaría igual?

Por supuesto que estoy dispuesto a apostar, pero no entiendo cómo le voy a poder demostrar nada.

Solamente tiene que venir conmigo a mi casa. Allí le demostraré que las personas nunca están satisfechas de lo que hicieron en el pasado, salvo en ocasiones excepcionales.

Estaría encantado de acompañarle señor Wells, pero creo que si lo hago mi esposa practicará el boxeo con mi nariz cuando vuelva. -(Agarrándole del brazo) No se preocupe por ello, tenemos todo el tiempo del mundo para volver sin que ella le eche de menos.

A usted le gusta mucho hablar del tiempo; no me extraña que haya escrito esa novela sobre viajes al futuro.

Y al pasado, amigo Bogart, y al pasado.

## **CAPÍTULO CINCO**

### **EN BUSCA DE SU DESTINO**

Cuando ambos amigos entraron en el sótano de H. G. Wells, en donde estaba anclada la monumental máquina del tiempo, el pragmatismo de Bogart fue como un jarro de agua fría para el genial inventor. Ninguna muestra de asombro, ningún rictus de sorpresa y ni siquiera un deseo de averiguar la utilidad de ese artilugio tan extraño. Por toda respuesta le preguntó si podía darle algo de whisky, pues se encontraba con la garganta reseca.

He hablado más en los últimos minutos - dijo - que en toda mi vida. Si no me refresco la garganta cuanto antes necesitaré que venga el servicio de bomberos.

Siento desilusionarle, pero no soy bebedor y lo único que puedo ofrecerle es zarzaparrilla.

¿Zarzaparrilla?, ¡Qué horror!. Eso es para los mejicanos.

Pues dicen que estimula las facultades viriles del hombre.

-(Con ilusión) Pues entonces deme una botella entera sin demora. Me espera una noche de amor muy intensa con mi esposa. Eso si no me recibe a bofetadas por llegar tan tarde.

No se preocupe, llegará usted a tiempo de disfrutar de los placeres que le brindará su esposa. Dígame una cosa: si pudiera retornar al pasado, aunque fuera durante unos pocos minutos, ¿dónde iría?

Bueno, eso depende de si tuviera una única ocasión o pudiera repetir el experimento. Posiblemente me gustaría conocer alguna mujer hermosa del pasado, como Cleopatra o Lucrecia Borgia.

-(Extrañado) Pero esas mujeres no solamente han pasado a la historia por su belleza, sino en ocasiones por su maldad.

Bueno, a una mujer atractiva y apasionada en el amor no se le puede pedir, además, que sea alguien benevolente y tolerante. Personalmente, me conformo con que sea capaz de llevarme al séptimo cielo cada vez que la bese.

¿Pero no hay otras mujeres que le atraigan igualmente, pero que hayan pasado a la historia por sus legados literarios o humanísticos?

Bueno, también me resulta interesante la princesa de Éboli, ya sabe, famosa por sus muchos amantes, o la bailarina Isadora Duncan de quien decían que tenía tanta habilidad bailando como quitándose los siete velos.

Yo creo que la Duncan no fue famosa por quitarse velos y usted la confunde con Mata-Hari.

¿Mata-Hari?, ¿La espía nazi que bailaba desnuda? ¡Esa sí que es una mujer interesante!. Imagínese la revolviendo los pantalones de sus amantes en busca de documentos secretos mientras les besa apasionadamente.

Veo que la zarzaparrilla está haciéndole efecto. Por cierto, creo que tengo una fotografía de Mata-Hari durante una de sus actuaciones en el Folies Bergère de París, aunque todavía no se había quitado los siete velos.

Revolviendo en su correctamente desordenado archivo fotográfico, en donde acumulaba cientos de fotografías de años atrás que le sirvieran de pauta para sus viajes al pasado, Wells tenía serias dificultades para encontrar alguna fotografía de la famosa espía francesa.

No me diga - dijo impaciente Bogart - que no sabe dónde está guardada esa foto con la bailarina desnuda. Esos documentos hay que llevarlos en la cartera y emplearlos en los momentos de tristeza y soledad.

Creo que nuestra valoración sobre las mujeres es muy diferente (Sigue buscando la foto)

Para mí, las mujeres son muy simples: no he conocido a ninguna que no supiera lo que significa una bofetada en la boca o una bala del 45.

Si no le conociera pensaría que es usted un misógino convencido.

He vivido dos divorcios y por eso no tengo mucha confianza en la bondad de las mujeres. Cada una de mis ex-esposas me ha amargado la vida a su manera y con gran entusiasmo. Solamente estuvieron interesadas en mi cuenta bancaria y en controlarme mis ratos libres. Cuando no consiguieron ninguna de las dos cosas pidieron el divorcio.

Pero usted también tendrá sus rarezas, ¿no?

Soy consciente de que no soy socialmente aceptado en general. No muestro entusiasmo por los gustos de las personas y detesto las fiestas. Por eso creo que las personas tienen miedo de invitarme a sus casas. Es posible que piensen que voy a decir tonterías o a pelearme con alguien, cuando en realidad lo que más me gusta es que me dejen en un rincón con un vaso de whisky en la mano.

-(Sigue buscando, casi sin prestarle atención) Ser amable tampoco le hará daño.

Es que la gente cree que por el hecho de ser actor debo tener un gran carisma en las fiestas y ser el perfecto anfitrión, siempre dispuesto a jugar y a reír malos chistes. No soy un payaso encargado de alegrar las fiestas de la gente.

¡Mire, aquí está la fotografía!. Estoy seguro que le gustará.

Ciertamente la imagen tenía que agradarle, puesto que allí estaba Mata-Hari en medio de un decorado que simulaba un jardín hindú, totalmente desnuda, montada en un caballo blanco ricamente adornado con incrustaciones de turquesas auténticas.

Parecía el premio para cualquier hombre que tuviera el privilegio de ganarlo. Bogart la miró con entusiasmo, aunque demostrando que estaba habituado a tener entre sus brazos a mujeres igualmente bellas.

No se crea que mis pensamientos están siempre ligados con las mujeres, hay momentos en la historia que me hubiera gustado vivir, y uno de ellos es la guerra europea contra Alemania - comentó Bogart, intentando ser algo más trascendental -.

¿Pero usted no peleó durante la Primera Guerra Mundial?

La guerra comenzó en 1914 y yo me incorporé a filas en mi país en la primavera de 1918. En ese momento las fuerzas americanas luchaban al mando del general Pershing y mi destino era un navío llamado Leviathan, encargado del traslado de la tropa. El armisticio se firmó tres meses después, así que ni siquiera llegué a disparar mi fusil.

¿Y esa cicatriz?

-(Acariciándose el labio superior) Me hubiera gustado que fuera a causa de un trozo de metralla del enemigo, pero no fue así. Me la hizo un prisionero a quien escoltaba hasta la prisión de Portsmouth. Me pidió un fósforo y mientras lo buscaba me golpeó en los labios. En ese momento logró escapar pero le perseguí y conseguí detenerle. Cuando pude acudir por fin a un médico la herida estaba ya empezando a cicatrizar y mi labio quedó ligeramente deformado. (Mirando el reloj) Por cierto, creo que ya va siendo hora que me marche.

Antes me gustaría enseñarle mi invento. Venga conmigo.

Ambos amigos entraron en la máquina del tiempo y en ese momento fue cuando Bogart comenzó a ser consciente de que aquello era mucho más importante de lo que pensaba.

¿Qué es este cacharro?

Este cacharro, como despectivamente le considera, es una máquina del tiempo.

¿La misma que describe en su novela?

Tiene la misma finalidad, los viajes en el tiempo, pero tecnológicamente no se parecen en nada. No tiene relojes, ni cómodos sillones y ni siquiera existen luces de colores.

Esos accesorios son solamente fruto de mi imaginación. Para viajar en el tiempo se necesita una tecnología adecuada, la misma que he logrado construir.

¿Me está tratando de convencer que esta máquina puede llevarnos a conocer nuestro futuro? Sepa que aunque he bebido bastante, no ha sido suficiente como para que no sepa aceptar una broma.

No estoy bromeando, amigo. Esta máquina no nos puede llevar al futuro, puesto que es imposible llegar a donde no existe, pero nos puede hacer viajar al pasado, por ejemplo, a ver en persona a esa Mata-Hari que tanto le atrae.

-(Lógicamente, sin creerle) No acabo de entender la finalidad de esta conversación, pero creo que ha llegado el momento de marcharme a refugiarme en los brazos de mi recién estrenada esposa. Si me disculpa... (marchándose)

¡Por favor, espere!. Desearía demostrarle que no estoy tratando de engañarle. Venga conmigo y haremos un viaje al París de 1917, justo cuando los norteamericanos acababan de declarar la guerra a los alemanes, interviniendo ya bélicamente en la Primera Guerra Mundial. Quizá tenga ocasión de aportar su granito de arena en ese enfrentamiento.

Si fuera cierto lo de esa máquina del tiempo, la oferta me parece tentadora. (Analizando) Perseguir nazis y tener un romance con Mata-Hari es más atractivo que acudir a las fiestas que pretende organizarme mi esposa.

Mucho me temo que lo de las fiestas lo tendrá que solucionar usted solo. La máquina del tiempo nos retornará justo a este mismo momento, ni un minuto más.

-(Un poco menos escéptico) Pero si viajamos al pasado y estamos allí durante algunos días, ese tiempo también transcurrirá ahora. Si regreso a mi casa después de unos cuantos días de vacaciones, justo ahora que me acabo de casar, no estoy muy seguro de la respuesta de mi mujer. Probablemente habrá movilizad ya a la mafia para buscarme.

-(Más entusiasta) El viaje en el tiempo nos llevará varios días, pero la estancia en el pasado no influirá en nuestro presente, puesto que el momento actual es inalterable. No se puede cambiar lo que no existe. Siempre estamos dejando atrás el pasado y pensando en el futuro, no existe el presente.

No entiendo nada de su razonamiento, puesto que siempre he creído que lo único interesante y real es el presente.

Se lo explicaré con un ejemplo: si usted tiene intención de decir “gracias, amigo”, eso es el futuro, puesto que es un propósito aún no realizado. Cuando dice “gracias” y hace una pausa pequeña, casi imperceptible, para continuar con “amigo”, la pausa es el presente. Ya tenemos, pues, el pasado que ha sido “gracias”, el presente que es la pausa y el futuro que sería “amigo”.

Bien, pero el presente también existe mediante esa pausa.

No exactamente. La pausa no es nada, no hay sonido, y sirve solamente de lazo de unión entre el pasado y el futuro, pero no aporta nada físico. Incluso el futuro tampoco es nada, salvo un propósito, una intención de continuar. Lo que quiero decirle es que lo único tangible, lo único que podemos medir o registrar es el pasado. Todos nuestros actos han dejado ya una huella indeleble en el tiempo y como toda materia existe la posibilidad de recuperarla.

Bueno, parece claro según me lo explica, pero no entiendo que nuestro presente no se modifique si viajamos al pasado. Si nosotros viajamos al pasado tres días, ese mismo tiempo transcurrirá ahora, en el presente y cuando volvamos seremos tres días más viejos. -(Insistiendo) Vuelva a reconsiderar la idea de lo que es el presente y el futuro y se dará cuenta que no podemos alterar lo que no existe. Usted y yo volveremos casi en el mismo instante en que comencemos el viaje. Por tanto, para la gente no habremos desaparecido ni un solo segundo. ¿Quiere hacer la prueba?

No soy hombre que le asusten los riesgos y las aventuras, así que adelante.

Un poco receloso, pero bastante convencido sobre las buenas intenciones de Wells, Bogart se introdujo con él en la máquina del tiempo, ajustada ahora para un viaje que duraría varios días. Situó la fotografía del Folies Bergère en un extremo del aparato, graduó el haz de rayos X, aumentó la potencia del generador de corriente, permitiéndole funcionar sin problemas por más tiempo, y encendió el tubo de rayos catódicos. En medio de todo, nuestros inquietos amigos. Wells, por su parte, y gracias a sus experiencias anteriores, llevaba ya el suficiente dinero para no tener problemas de supervivencia, así como una pistola, municiones y un reloj para precisar su nuevo



viaje. La máquina se puso en marcha, salió el potente haz de luz que atravesó la fotografía y a nuestros amigos, fundiéndose todo dentro del tubo de rayos catódicos en un alocado baile de electrones.

## **CAPÍTULO SEIS**

### **MATA-HARI**

Como era de esperar, y mezclados entre el público, allí estaban ya Bogart y Wells, ambos algo aturcidos por el viaje. Ciertamente el más desconcertado era Bogart, quien miraba a su alrededor buscando una señal que le indicase que todo era un montaje, tal y como es habitual en el mundo cinematográfico.

Si esto es el rodaje de una película - dijo - debo felicitar al decorador; es perfecto.

Esto es la realidad, amigo mío. Pronto se lo demostraré.

El Folies Bergère no era una sala de fiestas muy grande y por ello proporcionaba una gran sensación de confort entre los asistentes. Con docenas de cigarrillos humeando al mismo tiempo el ambiente era aún más intenso, a lo que contribuían especialmente las discretas luces rojas que apenas conseguían romper las penumbras del ambiente. Y allí, al fondo, en el escenario, estaba una guapa mujer totalmente desnuda sentada sobre la grupa de un caballo blanco. Mata-Hari era aún más hermosa a la luz de los focos que en la fotografía. Pronto bajó del caballo e inició su sensual baile al que denominaba “Devandasisher” y que según la publicidad lo había aprendido en sus días más jóvenes, cuando estuvo recluida en un templo indio sagrado. Por todo vestuario llevaba un par de pendientes que pertenecieron a una sacerdotisa de Shiva y que eran la causa de su buena suerte en la vida. No había en aquel momento ni un solo espectador varón que no tuviera sus ojos puestos en ella, en su cuerpo ondulante, mientras las pocas mujeres asistentes trataban de averiguar dónde radicaba el secreto para lograr esa seducción imparable en los hombres. No solamente era el desnudo, algo que cualquiera de ellas podía efectuar sin problemas, sino su mirada ingenua y su cuerpo no demasiado voluminoso lo que le aportaban un encanto imposible de superar. En la mente de los hombres suponía algo por modelar, por mejorar, lo mismo que hiciera anteriormente el escultor Pigmalión y que Bernard

Shaw inmortalizó en su famosa novela. Pero en su forma de mirar y moverse había algo más que una simple mujer que sabía las debilidades de los varones. Había sagacidad, inteligencia y orgullo de saberse admirada. Su forma de mirar a sus futuras presas indicaba que para alcanzarla les costaría mucho trabajo... y dinero. A cambio de ello, el placer sin límites.

¿Qué opina de esa mujer? - preguntó Wells -.

Pues que la sensualidad no se aprende, se nace con ella, y esa mujer la tiene. Nos pone delante el pastel, pero nos indica también que solamente un privilegiado lo podrá comer. Es como si fuera un óvulo que solamente será penetrado por uno entre millones de espermatozoides. Indudablemente, se trata de una mujer muy lista.

¿Qué haría usted para conquistarla?

Lo que no haría nunca es ofrecerle dinero. El amor no se compra.

Pero el sexo, sí.

Se pueden tener ambas cosas sin necesidad de pagar por ellas.

Ya, para usted es fácil porque es un actor y está acostumbrado a tratar con mujeres. Pero mire a su alrededor y verá que la mayoría de esos hombres son unos infelices a quienes nadie ha regalado un beso en los últimos cien años. Solamente les queda el recurso de arruinarse si quieren conseguir abrazar a una mujer como ella.

No se confunda Wells, estamos hablando de Mata-Hari, la diosa del amor, la Niña del Alba. Ella es más un producto para la fantasía de los hombres que una solución para el amor verdadero. Existen miles de mujeres que nos pueden hacer vibrar de emoción y pasión solamente mostrándonos un hombro desnudo, y que, además, son maravillosas compañeras en la vida cotidiana. (Dudándolo) Espero que su mujer sea así con usted. Ahora que me acabo de casar y que estoy tan lejos de ella, creo que aún me queda mucho para encontrar la mujer perfecta.

En ese momento algo ocurría allí, cerca del escenario del Folies Bergère. Cuatro policías franceses hablaban y gesticulaban con uno de los encargados del local, quien pugnaba por impedir que subieran al escenario. Mientras tanto, Mata-Hari había salido ya presurosa de allí sin que nadie se diera cuenta de ello. En pocos segundos la pequeña resistencia del empleado del local se vio desbordada y los cuatro policías subieron al escenario mientras pedían con sus manos silencio al público.

¡Silencio, por favor! - dijo uno de ellos gritando -. Tenemos que comunicarles algo muy importante. La señorita Mata-Hari está acusada de espionaje contra el gobierno francés, a favor de nuestros enemigos alemanes. Recientemente ha logrado escapar de las fuerzas aliadas que la habían deportado a Holanda y nos vemos en la obligación de detenerla para que sea juzgada en nuestro país.

Mientras esta conversación tenía lugar ante los ojos incrédulos de Bogart, Wells le estaba apartando a un lado, llevándoselo discretamente hacia la puerta de salida.

Creo que es imprescindible que nos marchemos cuanto antes. Hemos llegado justo en el momento de su detención y si hacen una redada seguramente nos tomarán también por espías. No tenemos pasaporte, ni salvoconducto y ni siquiera disponemos de ninguna reserva en algún hotel.

Pero somos americanos - replicó Bogart - y podemos demostrarlo con nuestra identificación personal.

Esa identificación pertenece a dos personas del futuro. Imagínese en una comisaría francesa tratando de explicar a los gendarmes que ha viajado conmigo en una máquina del tiempo.

Es que aún no me creo que estemos en el pasado. Todo esto es producto de la imaginación de alguien que quiere gastarme una broma.

Todavía no es usted lo suficientemente famoso como para que alguien se tome tantas molestias. Lo acepte o no estamos en el París de 1917, veintiún años en el pasado. Y ahora, vámonos porque están llegando más refuerzos.

El Folies Bergère se convirtió pronto en un lugar tumultuoso, con la gente dando gritos, unos para exigir que les dejaran salir y otros a causa de los pisotones de la multitud. Lo que hasta hace unos minutos era un lugar de placer y ensueño se había convertido en un desastre en el cual los más débiles estaban teniendo la peor parte. La policía, ahora con nuevos y más enérgicos refuerzos, pegaba sin piedad a cuantos intentaban hacerles frente, mientras que otros agentes bloqueaban ya la puerta de salida. Los disparos no se hicieron esperar y los primeros cadáveres inundaron el suelo. Mientras tanto, Wells y Bogart habían conseguido salir ya al exterior y corrían calle abajo en dirección desconocida.

-(Wells, casi sin aliento) ¿Dónde podemos ir?

Usted siga corriendo sin parar hasta que estemos bien lejos. Luego veremos dónde nos podemos esconder.

¿Esconder?, ¿Para qué? Si nadie sabe que estamos aquí nadie nos va a buscar.

Dos personas corriendo siempre infunden sospechas.

¿Y por qué corremos?

Porque es una regla elemental de supervivencia. Primero corremos y luego nos paramos. Así de sencillo (se detienen) -(Wells) ¿Dónde estamos?

Hemos corrido tanto que ni siquiera sé si lo hemos hecho a derecha o izquierda. (Mirando un letrero) Aquí dice “Rue Fontaine”, pero con mis escasos conocimientos de francés me da lo mismo que dijera “Quinta avenida”.

No se olvide que soy inglés y que el francés es casi mi segunda lengua. Ese letrero quiere decir algo así como “Calle de la fuente”, pero da lo mismo el nombre, puesto que ahora lo más importante es buscar un lugar donde dormir.

Oiga, ¿no sería mejor volvernos a nuestra época? Creo que por esta vez ya hemos tenido las suficientes emociones. Prefiero estar ahora en brazos de mi mujer, aunque no tenga las mismas curvas que esa Mata-Hari. Creo que es el momento de poner en marcha su máquina del tiempo, pero en sentido inverso.

Desdichadamente no tengo esa llave mágica que usted me pide. Mi máquina del tiempo nos devolverá a nuestro mundo dentro de tres días, el 17 de octubre, justo cuando se acabe la energía de las baterías.

¿Está loco?, ¿Tres días en este infierno?

¿Pero no me dijo que quería vivir las emociones de la guerra y ayudar a luchar contra los alemanes? Pues ahora tiene su oportunidad.

Yo hablaba de luchar con un ejército americano muy poderoso a mi lado, con sus cañones y tanques, no de estar perdido en un país extraño, perseguido por toda la gendarmería francesa por haber visto a una bailarina desnuda.

## CAPÍTULO SIETE

### MONTMARTRE

Ambos, más calmados, siguieron caminando por las oscuras calles parisinas, en busca de un hotel. La calle ahora era más empinada, aunque al fondo se vislumbraba muchas luces y con ellas la posibilidad de encontrar gente despierta y una cama libre. Un gran griterío, esta vez de gente cantando y riéndose, les condujo hasta un bar llamado "Maison Catherine". La agradable noche del verano de París les invitaba a sentarse en la pequeña terraza del lugar, en busca de un alivio para sus resacas gargantas. Sentándose, más concretamente tumbándose, en las sillas de mimbre, nuestros amigos decidieron permanecer en silencio hasta recuperar el aliento y serenarse un poco. Un camarero se les acercó y les preguntó qué querían tomar. Aunque Bogart hizo intención de pedir, una mirada de Wells fue suficiente para hacerle callar. Este, hablando un correcto francés, pidió dos cervezas y un poco de queso, no sin antes explicar al camarero que solamente tenían dólares, pues eran americanos.

.(Bogart, algo enfadado) Bueno, querido Herbert, dígame ahora qué podemos hacer aquí en París, durante tres días y en plena invasión fascista.

Si conociera mejor la historia sabría que los norteamericanos somos bien recibidos aquí en Francia. Hemos abastecido de comida durante toda la contienda a los franceses, hemos roto nuestras relaciones con Alemania y estamos colaborando militarmente con Londres y París. En estos momentos no somos unos espías, sino unos aliados muy queridos.

Bueno, pero eso no quita que estemos cansados, hambrientos y muy sucios.

Está bien, le preguntaré al camarero si sabe de algún hotel próximo donde podamos pasar la noche.

Cuando volvió Wells, todo parecía empezar a normalizarse en su aventura. En ese mismo lugar había habitaciones libres y podían pasar allí los tres días que les quedaban hasta su regreso al año 1938. Cuando subieron a su cuarto apenas hablaron y tumbándose cada uno en su cama durmieron plácidamente toda la noche. A la mañana siguiente, la fresca brisa que soplaba en la colina de Montmartre les

despertó casi simultáneamente. Arreglados, aseados y repuestos físicamente, los dos pasajeros del tiempo salieron a dar una vuelta por los alrededores, no sin antes ser advertidos por el dueño de la pensión que tuvieran cuidado con los carteristas.

Dos turistas americanos - les dijo - son siempre una presa apetecible para los ladrones. Guarden sus dólares en los calcetines y no se fíen de nadie.

La escarpada colina de Montmartre era el lugar escogido por los pintores europeos para elaborar sus mejores cuadros, aunque la mayoría de los que allí vivían, o malvivían, eran sencillos entusiastas y soñadores que nunca conseguirían vender ni uno solo de sus cuadros. Hacinados en pequeñas pero entrañables buhardillas, sin más luz que la que entraba por las ventanas, pasaban la mayor parte del día pintando una y otra vez los mismos paisajes, en busca de ese estilo y peculiaridad que les hiciera saltar a la fama súbitamente. Por esas calles habían pasado ya en busca de un lugar inédito que plasmar en sus lienzos pintores como Van Gogh, con su pelo rojo y su locura incipiente, quizá provocada por el hambre. También estuvo Toulouse-Lautrec antes de refugiarse para siempre en el Moulin Rouge, en donde consiguió ser aceptado por las prostitutas y recobrar así su confianza como ser humano a pesar de su corta estatura.

Todos estos pintores, además de Cézanne, habían contribuido a proporcionar a Montmartre una aureola de leyenda en todo el mundo, y no había estudiante de las bellas artes que no considerase como obligado pasar algunos años de su vida allí, entre el hambre y el romanticismo. Es más, para quienes regresaban a sus países la estancia en París suponía ya el mayor de los prestigios, aumentado por la posibilidad de mantener amores intensos en los cuales el dolor y la tristeza eran lo más habitual.

¿Se da cuenta, amigo Bogart, que estamos viviendo una época irrepetible?

-(Sarcástico) Lo de irrepetible estoy de acuerdo, pues espero que la próxima vez que viajemos en el tiempo lo hagamos a épocas y lugares más tranquilos. Si decide viajar a Hawai no se olvide de sacarme un billete en clase preferente.

-(Sin escucharle) Estoy preocupado por Mata-Hari. Según la historia fue fusilada el 15 de octubre, aquí en París, dentro de dos días, y me gustaría intentar algo para

evitarlo. Puesto que conocemos el destino fatal que se cierne sobre ella, parece razonable que intentemos salvarla.

Pero si la historia cuenta que murió ese día, veo imposible que nosotros podamos alterarla.

Ese razonamiento me lo he planteado yo varias veces, pero creo que existe una posibilidad de cambiar el curso de la historia sin alterar los acontecimientos. Lo que nosotros sabemos es que Mata-Hari fue fusilada ese día, pero eso es lo que los historiadores han contado.

No entiendo la diferencia.

Es muy sencilla. Suponga que todo fue un simulacro y quien murió ese día fue otra mujer que se le parecía o que en realidad las balas eran de salva, totalmente inofensivas. Los historiadores fueron engañados como el resto de la población, pues describieron fielmente el fusilamiento y la supuesta muerte, aunque Mata-Hari no murió realmente. Nosotros podríamos lograr que eso fuera cierto, ayudándola a escapar de la muerte.

Bueno, es una posibilidad, pero tan descabellada que no merece ser considerada. Ahora mismo no sabemos dónde está Mata-Hari, ni quiénes son sus amigos, ni cómo lograremos montar esa farsa del fusilamiento.

Usted es actor de cine y está acostumbrado a los decorados y a fingir. Esta es su oportunidad para hacer algo real, aunque nadie vaya a aplaudirle.

En ese momento, un periódico del lugar, vociferado por su joven vendedor, les sacó de dudas en cuanto al destino de la guapa bailarina. La noticia que ocupaba la primera página decía que Mata-Hari había sido detenida por los Servicios de Inteligencia francesa y que el juicio sumarísimo se efectuaría esa misma tarde. La fobia generada en esa época contra los espías alemanes se había cebado en ella y era empleada como cabeza de turco por el gobierno para dar un aviso a los auténticos espías.

Esto aturdió a nuestros amigos quienes, viendo frustrados sus intentos de salvarla, volvieron a su pequeña buhardilla. Allí se tumbaron en la cama desmoralizados, meditando sobre las pocas posibilidades que ofrecía viajar en el tiempo, aunque se supiera el destino cruel de las cosas y las personas. Unas voces, procedentes del

cuarto contiguo al suyo, les sacó de sus pensamientos. Dos hombres estaban discutiendo acalorados, conversación que podía ser escuchada perfectamente a través de las delgadas y agrietadas paredes.

¡No te he enseñado a pintar -gritaba uno - para que hagas estas porquerías!.

¿Porquerías? Estoy tratando de proporcionar a mis cuadros una novedad, una perspectiva más atrevida de lo que veo.

Lo que haces no tiene calidad alguna. Lo podría pintar cualquier niño, o hasta un mono si le diéramos un pincel. La naturaleza es tal y como la vemos, no cuadrada y de colores irreales.

Es que eso ya lo hacéis todos y empieza a ser aburrido mirar tanto cuadro realista. Si no aportamos nuevas ideas a la pintura es mejor que nos dediquemos a descargar bultos en los muelles. No he venido desde España para hacer lo que hacéis todos, tan discretos y puristas que aburrís al más entusiasta de los aficionados al arte.

La conversación subió de tono, se oyeron algunos forcejeos, y Bogart creyó llegado el momento de intervenir, más que nada para protegerse ante la eventualidad de la llegada de la policía. Saltando de un balcón a otro entraron en el lugar de la confrontación y allí encontraron a dos hombres, uno más joven que el otro, agarrando ambos un cuadro. Mientras uno lo intentaba tirar por la ventana, el otro pugnaba por salvarlo del desastre. La llegada de nuestros amigos puso fin a la pelea y ahora, ambos ya más calmados, trataron de explicar dónde radicaba su problema.

Miren, amigos - dijo el mayor de ellos - este joven que ven aquí está prostituyendo el arte de la pintura con sus cuadros. A mí no me importaría mucho que lo hiciera, pero como maestro suyo mi prestigio se vendría abajo si sus horrorosos cuadros actuales, de estilo desconocido, salieran de esta habitación.

Ese estilo desconocido - respondió el joven - tiene un nombre y se llama Cubismo, y representa la forma de expresión pictórica que revolucionará la pintura. Tú, querido Monet, perteneces ya al pasado y yo soy el futuro.

¡Insolente Picasso! - gritó - ¿cómo te atreves a criticar a quien tanto te ha enseñado?

Cuando el tal Monet se abalanzó de nuevo hacia su compañero, Bogart se interpuso entre ellos pidiéndoles de nuevo serenidad. Como quiera que el idioma inglés les era



totalmente desconocido a los dos pintores, supuso el suficiente revulsivo como para detenerles de nuevo y decidir bruscamente dar por concluida la pelea.

Permítanme que les dé las gracias por su oportuna intervención. Me llamo Claude Monet y aunque algo mayor para estas peleas, sigo pensando que la pintura debe reflejar la realidad, incluso mejorarla si es posible. Mi amigo y discípulo Pablo Picasso era hasta ahora un buen pintor con gran futuro, pero súbitamente ha cambiado su estilo y ha diseñado eso que denomina Cubismo y que resulta incomprensible a mis ojos.

Solamente quiero probar nuevas formas de expresión - respondió Picasso, mucho más sereno -. Tengo 36 años y necesito crear mi propio estilo, aunque en principio sea incomprensible para los demás. Eso ya lo han hecho anteriormente otros pintores. Intento proporcionar sentimientos y emociones nuevas mediante el uso de las formas geométricas y los colores, sin necesidad de que reflejen nada concreto. Es el amante de la pintura quien debe poner su imaginación. De este modo, el espectador no se limita a mirar mi cuadro pasivamente y puede dejar volar su imaginación.

La idea me parece sugestiva - alegó Wells - puesto que así convertimos al aficionado en parte de nuestras obras. (Hace una pausa) Permítanme que me presente: me llamo H. G. Wells, soy un escritor inglés, y debo añadir que al igual que el señor Picasso ha hecho con su pintura, también he dado un giro grande a mis novelas. Dejé totalmente las historias realistas y sociales para meterme en el mundo de la ficción y la fantasía. Por eso comprendo la postura del señor Picasso. Creo que todos los estilos artísticos pueden tener su sitio en la sociedad, tanto el realista, como el impresionista o el cubismo suyo.

¿Y su compañero también es escritor? - preguntó Monet -.

No, él es un actor de cine que está comenzando a ganar mucha popularidad en Norteamérica. Se llama Humphrey Bogart, pero no sabe una palabra de francés.

¡Ah, el cine! - dijo Picasso ilusionado - es la forma de expresión artística más completa de todas. En las películas están reunidas todas las artes al mismo tiempo. Me alegro de poder estrechar la mano a dos personas tan interesantes como ustedes. ¿Y cuál es el motivo de su visita a París?

Wells se alegró de que Bogart no entendiera la pregunta, y mucho más acostumbrado a contar historias fantásticas les respondió presuroso pero sin vacilar:

Estamos buscando escenarios para rodar una película basada en una novela mía titulada "La isla del Doctor Moreau". Por desgracia, la guerra europea nos va a impedir seguir con el proyecto y nos marcharemos de nuevo a los Estados Unidos en unos días.

Ciertamente - dijo Picasso - esta guerra se está alargando más de lo previsto a causa del Kaiser. Su cruel fascismo esta provocando la ruina de toda Europa y muchas personas inocentes están siendo fusiladas todos los días aquí mismo, cerca del Palacio de Justicia. -(Wells, dándose cuenta que puede ser sincero) Acabamos de ser testigos ayer del apresamiento de la bailarina Mata-Hari en el Folies Bergère. Si no escapamos a la carrera ahora mismo nos habrían acusado también. -(Picasso, sumamente alterado) ¿Cómo?, ¿Mata-Hari ha sido apresada por los gendarmes? Tenemos que hacer algo para salvarla; ella es una patriota, no una espía. ¿Quieren ustedes ayudarnos?

Tanto mi amigo Bogart como yo mismo estaremos encantados de hacer lo que podamos para ayudarla. No obstante, tenga en cuenta que no tenemos pasaporte y que si nos detiene la policía nos podrán acusar también de espías alemanes.

No se preocupe, yo también debo permanecer oculto de ellos pues soy miembro del Partido Comunista. Espérenme un momento que voy a indagar dónde se han llevado a Mata-Hari.

Picasso salió presuroso, mientras que Monet se quejaba a Wells que con sus 77 años ya no estaba en buenas condiciones para correr por las calles escapando de la policía. No obstante, se ofreció para colaborar con ellos en la medida en que sus fuerzas se lo permitieran. También hubo un enfrentamiento entre Wells y Bogart, puesto que la noticia de que Picasso era comunista le desagradó de gran manera.

.No me gustan los comunistas - le dijo enfadado Bogart - tratan de socavar todo lo bueno que hemos logrado en mi país.

Pero usted ha manifestado en muchas ocasiones su defensa de la libertad de expresión.

Y sigo estando a favor de ella, siempre y cuando ello no suponga destrozar nuestras propias libertades. La prensa debe ser libre y cada ciudadano podrá manifestar su idea política preferida, pero ello no implica que puedan reunirse clandestinamente para formar un ejército. No conozco ni un solo país comunista que tenga un buen nivel de vida y libertades. Eso debería ser suficiente para excluirles de mi país.

Pues hay mucha gente del mundo del cine que se ha manifestado abiertamente como pro-comunistas.

Y sigo diciendo que son libres de hacerlo y pensar como quieran, pero deberían ejercer su política en Rusia.

Fueron interrumpidos por el regreso de Picasso, sumamente nervioso, quien les dijo que habían llevado a Mata-Hari al Palacio de Justicia y que probablemente la condenarían rápidamente para dar un escarmiento y una advertencia a los espías.

Probablemente - siguió contando entristecido - la ejecutarán mañana mismo.

Tienen costumbre de hacer juicios rápidos y fusilar a los culpables en una plaza a orillas del Sena.

¿Y qué podemos hacer? - preguntó Wells con pocas esperanzas, puesto que sabía el destino de Mata-Hari -.

De momento acudir al juicio y luego tratar de rescatarla antes de la ejecución. ¡Vámonos!.

## **CAPÍTULO OCHO**

### **EL CADALSO**

Bogart y Picasso, los más jóvenes, caminaban rápidamente hasta el Palacio de Justicia, mientras unos metros detrás les seguían como podían Wells y Monet; sus muchos años encima les pasaban factura. Cuando llegaron el juicio aún no había comenzado, pero ya la sala del tribunal se encontraba llena de gente, ansiosos algunos por maldecir a Mata-Hari y otros para intentar aplaudirla. Nuestros amigos buscaron las mejores posiciones que pudieron, encontrándose con una barrera de fornidos policías que impedían cualquier intento de liberar a la guapa bailarina.

Todo en los espectadores era ya muy diferente a lo que habían visto en el Folies Bergère. Unos días antes esa mujer era admirada y aplaudida, deseada, y suponía el ejemplo para miles de mujeres que buscaban salir del anonimato y la miseria. Ahora, tratada como una vulgar delincuente, iba a ser mostrada como escoria ante la opinión pública.

Cuando salió al estrado Mata-Hari, esposada y vestida hasta los pies, escoltada por los policías, su imagen altiva no había desaparecido y para muchos estaba más guapa aún que a la luz de los focos. En el juicio no había testigos que declarasen a su favor y ni siquiera existía un abogado defensor que la disculpara. Todo estaba ya preparado de antemano. La acusaron de mantener relaciones amorosas con los funcionarios alemanes y pasarles así, en la intimidad del lecho, información vital sobre los movimientos del ejército francés.

He estado frecuentemente con soldados que me han pagado por acostarme con ellos - comenzó a decir Mata-Hari - puesto que no me interesan los hombres que no están en el ejército. A muchos les he amado también, pero no les he preguntado su nacionalidad. Me atraen los militares especialmente porque son valientes, aventureros y en cierto modo superiores, pero cuando están desnudos en mi cama nadie habla de política y solamente manifiestan interés por mi cuerpo.

Estas sinceras palabras no sirvieron para disculparla y en lugar de ello agudizaron los ánimos de los jueces, ahora convertidos también en censores a causa de la presión de sus esposas, celosas del atractivo de Mata-Hari. Allí nadie intercedía por ella, ni siquiera los mismos hombres que días antes la habían amado. Convertidos todos ya en sus enemigos, se la acusó de pasar información secreta gracias a sus pendientes. Mostrados en la sala, descubrieron un compartimiento secreto en la parte de atrás, en donde se suponía guardaba sus confidencias bélicas. Naturalmente en ese momento no había dentro de los pendientes nada parecido, pero para los jueces era la prueba irrefutable de su delito.

Parte del público se dio cuenta de la farsa de ese juicio, especialmente porque la mayoría de las personas que pasaron como testigos de la acusación eran los mismos hombres que habían mantenido relaciones íntimas con ella. Era obvio que querían

destruir la prueba de la infidelidad hacia sus mujeres y esta era su mejor y única oportunidad. Sus amigos, ahora convertidos en enemigos, alegaron que había ejercido como espía para ambas naciones, Francia y Alemania, dependiendo del bando de su amante.

-(Mata-Hari, llorando) Sí, ciertamente soy una ramera, pero nunca he traicionado a Francia.

El juez que presidía el tribunal se levantó sin inmutarse y dijo:

Margaretha Geertruida Zelle, alias Mata-Hari: ha sido condenada por este tribunal especial por sus delitos contra Francia al ejercer como espía para nuestros enemigos alemanes y por ello la condeno a morir fusilada públicamente. La ejecución se celebrará mañana en la plaza de este mismo Palacio de Justicia. Que Dios tenga piedad de su alma.

Ni un solo grito de repulsa por la sentencia se escuchó en la sala y en lugar de ello cientos de voces escupieron toda clase de insultos hacia ella. Solamente cuatro personas permanecieron mudos ante esta manifestación de injusticia, avalada por un tribunal que precisamente estaba allí para no condenar a ningún inocente. Cuando todos salieron, la mayoría para festejar con champán la próxima muerte de Mata-Hari, precisamente en el Folies Bergère, Bogart ya tenía elaborado un plan para rescatarla, inspirado seguramente en alguna de sus películas.

Mi idea es la siguiente: necesitamos dos trajes de la policía francesa y algunos documentos falsos. Con ellos, y si la suerte no nos da la espalda, lograremos rescatar a Mata-Hari antes de que sus verdugos se den cuenta. -(Wells, algo menos entusiasta) ¿Y quién se pondrá esos trajes de policía?

Obviamente tienen que ser dos personas que hablen perfectamente francés.

Usted será uno de ellos - le dijo Bogart a Picasso - y el otro tiene que ser Monet; no hay nadie más que hablen el francés como ustedes.

¿No cree - respondió Monet - que ya soy algo viejo para simular ser un policía en activo?

Mi experiencia con los maquillajes para el cine hará el milagro. Le convertiré en un atractivo detective de cincuenta años. Wells y yo seremos unos agentes del Servicio

Secreto Británico que han venido para asegurarse de que se cumpla la ejecución. Nadie sospechará de nosotros por no saber francés.

Pero ¿cuándo piensan rescatar a la chica?

Será mañana, aquí mismo, en los calabozos del juzgado.

Las horas que precedieron a esta arriesgada misión fueron intensas para todos. Picasso se encargó de buscar entre sus amigos uniformes de la policía, mientras que Monet solucionaba en una imprenta clandestina la elaboración de los documentos adecuados. Bogart y Wells, por su parte, trazaban ya sobre el papel la situación del pelotón de fusilamiento, el público, las medidas de seguridad y el recorrido que haría Mata-Hari hasta donde le esperaba el juez que hablaría a la muchedumbre. Con todos estos datos presentes tenían claro que solamente existía la posibilidad de rescatarla mientras estuviese en los calabozos.

Por la noche, los cuatro amigos realizaron una minuciosa comprobación del terreno, la puerta del juzgado y la situación exacta de los calabozos. Sabían ya que la ejecución tendría lugar a las nueve de la mañana y se esperaba que miles de personas vitoreasen el fusilamiento. Por eso, aquella noche apenas durmieron, mientras cientos de preguntas y temores pasaban por sus mentes. Bogart se preguntaba aún qué hacía allí, en la Francia de principios de siglo, tratando de rescatar de la muerte a una guapa chica con la cual ni siquiera había intimado. Analizaba su papel de héroe en el cine, de duro y hábil manejando las pistolas y a las mujeres, sin entender cómo la realidad podía ser tan distinta a la ficción. Ahora el peligro de muerte era cierto y posiblemente inminente, mientras que a miles de kilómetros de distancia, en los Estados Unidos, le esperaba una esposa con la cual ni siquiera había celebrado la noche de bodas. De reojo miraba a H. G. Wells, un escritor con más fantasía en su mente que un niño, a quien había considerado un loco pero ahora le veía ya como un idealista empeñado en corregir las injusticias. Y en la habitación de al lado dos fanáticos del pincel y el carboncillo, maestro y alumno, tratando de cambiar la plácida vida de artistas por la de miembros de una resistencia política extraña, puesto que iban en contra de su propia gente.

Cuando despierte de esto - dijo casi en sueños - no volveré a beber ni una gota de alcohol. Me ha trastornado el cerebro. -(Wells, semidespierto) ¿Qué dice?

Nada, que me apetecería beber un buen whisky escocés o un coñac francés.

A la mañana siguiente, dos militantes del Partido Comunista francés trajeron los trajes de policía que habían solicitado, más la documentación falsa para todos. Con rapidez, se pusieron los trajes y revisaron los documentos falsificados en los cuales se mencionaba su condición de miembros especiales de los servicios de seguridad franceses e ingleses. Bogart, ayudado por las dotes pictóricas de Picasso, elaboró con acuarela y óleo un perfecto maquillaje para la cara de Monet, quien ahora se mostraba como un aguerrido policía.

Rápidamente se dirigieron hasta el Palacio de Justicia y allí, sin vacilar, hasta la entrada de los calabozos. Una férrea puerta de hierro y dos centinelas armados les dieron el alto.

No pueden pasar, esta zona está restringida hasta mañana.

-(Picasso, muy sereno) Traemos una orden firmada por el Servicio de Inteligencia en la que dice que tenemos que conducir a la espía Mata-Hari de nuevo hasta el juez. Se han encontrado documentos importantes en su vivienda que comprometen a personalidades jurídicas muy destacadas y debe ser interrogada por ello.

-(El centinela de mayor graduación) Tenemos órdenes estrictas de que nadie se acerque a la prisionera, salvo una orden firmada por el propio Jefe del Gobierno. Su ejecución no se retrasará bajo ningún concepto.

Estos documentos nos conceden la máxima autoridad - replicó Monet con energía - y le insisto que esta mujer debe ser interrogada de nuevo antes de morir. Venimos acompañados por dos miembros de los Servicios Secretos británicos y si usted se opone creará un conflicto internacional.

El centinela miró a Wells y Bogart, revisó los documentos en los cuales se explicaba la orden de traslado de Mata-Hari hasta el juez y pidió a Bogart que le mostrara sus credenciales. Cuando la comprobó pidió lo mismo a Wells y le preguntó:

¿Quién es su jefe inmediato? Debo llamarle por telégrafo para confirmar su identidad.

La petición dejó estupefactos a ambos, esencialmente porque no entendían una palabra del idioma francés. Su pasividad alertó al centinela, quien se dirigió a su

compañero para que avisase al sargento de guardia. Sus intenciones parecían sumamente preocupantes para todos.

¡Espere! - interrumpió Picasso - ¿no se da cuenta que no saben francés? Yo les hablaré en inglés para que atiendan su petición.

La conversación que mantuvo con Wells y Bogart no tenía, por supuesto, nada que ver con las pretensiones del centinela, pero la ignorancia de éste del idioma inglés les proporcionaba total impunidad. De manera sutil y sin realizar ademanes que pudieran infundir sospechas, les indicó que el centinela francés empezaba a sospechar y que debían hacer algo con rapidez o todos acabarían como Mata-Hari.

Bogart le tranquilizó y le dijo que ahora había llegado su momento. Con una sonrisa cínica en los labios, la mejor que tenía, y simulando ser el más fiable de los amigos, avanzó hacia los centinelas mientras sacaba una tarjeta de su gabardina. Esta tarjeta era de una productora cinematográfica, con teléfono incluido, pero cuando la mostró a los centinelas parecía pertenecer al mismísimo FBI. Mientras los dos desconfiados franceses la miraban, intentando descifrar lo allí escrito en inglés, Bogart hizo señas a sus compañeros y los cuatro se abalanzaron sobre los centinelas, golpeándoles en la cabeza. Desmayados y fuertemente amordazados y maniatados, fueron llevados hasta un cuarto trasero próximo.

Bueno - dijo Bogart tomando ya las riendas de la situación -ahora hay que obrar con mucha rapidez. Vamos a los calabozos para sacar cuanto antes a Mata-Hari de allí. Tenemos tiempo hasta que se realice el relevo de la guardia y no sabemos cuándo ocurrirá.

Presurosos, pero conservando su apariencia de miembros especiales de la policía, los cuatro amigos bajaron a los oscuros calabozos, hasta que se toparon con un nuevo control policial.

¡No pueden pasar! - les gritaron - ¿quién les ha dejado entrar aquí?

-(Picasso, sumamente enérgico) Traemos órdenes expresas de los Servicios de Inteligencia para llevar cuanto antes a la detenida ante el juez. Debe prestar declaración antes de ser ajusticiada. El cabo de guardia ya ha realizado las comprobaciones oportunas. Si quiere volver a mirar nuestros documentos, aquí están.



El policía leyó cuidadosamente los documentos y decidió llamar al puesto de guardia para hablar con el cabo. Cuando descolgó el teléfono fue interrumpido bruscamente por Picasso.

¡No nos haga perder más tiempo, estúpido!. Si tardamos un minuto más en entregar a esta mujer ante el juez la llevarán hasta el pelotón de fusilamiento sin que pueda ser interrogada de nuevo. Usted será el responsable de que se pierdan datos sobre otros espías. Pediré a sus superiores que le formen un consejo de guerra que le lleve a la cárcel para toda su vida.

Estas palabras, dichas con energía y agresividad, más la mirada hosca de Bogart, fueron suficientes para que el policía receloso les franqueara la puerta, mientras comenzaba a disculparse por su desconfianza. Rápidamente abrió la puerta del calabozo donde estaba Mata-Hari.

¡Sal de ahí, sucia espía! - la gritó - el juez quiere interrogarte de nuevo. Pero no te alegres por ello, pues nadie te salvará ya del fusilamiento. La plaza está ya abarrotada de gente esperando ver cómo te matan.

Más serena de lo que debería estar, Mata-Hari recogió sus pertenencias no sin antes pintarse los labios y peinarse minuciosamente.

Debo estar guapa - alegó ante la impaciencia de todos - para hablar delante de un juez tan importante. Le recordaré los ratos tan agradables que hemos pasado juntos en su cama cuando su mujer se marchó a las playas de la Riviera.

Esta vez fue Bogart quién la agarró con fuerza, sacándola de allí con rapidez. Su decisión, que para el centinela fue interpretada como una muestra del odio que la tenía, simplificó las cosas y en poco tiempo todos estaban ya en la puerta de salida, ahora sin ningún centinela allí.

Debemos marcharnos cuanto antes de este lugar - dijo Bogart - pero necesitamos un coche. Andando no llegaríamos a ningún lugar seguro.

Miró a su alrededor y pronto encontró aparcado el vehículo ideal: un flamante Ford T. Con decisión se dirigió hacia la puerta y poniéndose un pañuelo en una mano golpeó el cristal delantero hasta romperlo. Una vez dentro no le costó nada arrancar el motor,

puesto que era el mismo modelo que había conducido en las películas. Y así, una vez todos dentro, pisó el acelerador a fondo sin un rumbo concreto.

¿Dónde nos dirigimos? - preguntó Wells -.

No lo sé - respondió Bogart - no conozco París en absoluto.

Mientras esto ocurría, Mata-Hari ya había sido informada por Monet de que eran amigos que pretendían salvarla del fusilamiento, a lo que ella respondió:

Conozco un sitio perfecto para escondernos. La iglesia del Sagrado Corazón posee una cripta adecuada para ello. Allí es donde tenían montada su emisora los espías alemanes. Si no les han encontrado a ellos, tampoco lo conseguirán con nosotros.

Velozmente atravesaron las calles de París, ahora casi totalmente vacías por el fusilamiento público que se iba a celebrar próximamente. Su protagonista principal, Mata-Hari, sonreía mirando por la ventana a la gente que acudía presurosa hasta la plaza donde supuestamente iba a ser ajusticiada. Ahora estaba a salvo, acompañada por cuatro personas que habían demostrado ser más eficaces que los policías franceses que la custodiaban. Dentro de una hora exactamente debería caer muerta bajo las balas del pelotón de fusilamiento, pero ahora estaba a salvo y custodiada por unos amigos. Todos estaban satisfechos menos Wells, preocupado por las paradojas del destino y su repercusión en la historia de la Humanidad. No sabía las consecuencias por alterar un hecho histórico, ni qué les podría ocurrir a ellos si la policía les detenía. Acusados de espías y cómplices de la fuga de Mata-Hari seguramente serían fusilados inmediatamente, algo incomprensible puesto que no pertenecían a esa época ni lugar. Bogart tenía aún que llegar a ser un popular actor de cine y a él le quedaban todavía muchos viajes en el tiempo que realizar. Si morían ahora, ¿quiénes eran los que estaban en el año 1938?

Sin encontrar una respuesta a sus interrogantes, miró su reloj y se dio cuenta de algo aún más terrible: estaba a punto de finalizar la energía de la máquina del tiempo y cuando esto ocurriera regresarían bruscamente. Si ocurría mientras Bogart estaba conduciendo el coche, al quedarse sin conductor se estrellarían y es posible que muriesen todos, mientras ellos regresaban a salvo a su época.

¡Bogart! - dijo nervioso - detenga el coche rápidamente. ¡Hágalo!.

Su tono de voz no dejaban lugar a dudas sobre la necesidad para detenerse y aparcándolo en un lugar discreto Bogart esperó la explicación de Wells.

Aguarden aquí un momento - dijo a sus acompañantes - mi amigo y yo tenemos que hablar a solas urgentemente.

Ambos se bajaron del coche y mientras Bogart interrogaba con la mirada a Wells, intentando adivinar qué es lo que ocurría, los tres ocupantes del coche hablaban entre ellos asustados por el suceso. La brusca detención del coche y la salida de nuestros amigos para hablar a solas, no eran el mejor presagio para quienes huían de la policía. Desconfiando de ellos, especialmente por la poca simpatía que Bogart tenía hacia los comunistas, y sin esperar una respuesta, Picasso, Monet y Mata-Hari salieron presurosos del coche, corriendo calle abajo para escapar de Bogart y Wells, a quienes suponían ya miembros de los servicios secretos americanos. Si querían capturarles deberían perseguirlos corriendo más que ellos.

Pero Wells trataba de explicar a Bogart que estaban a punto de retornar a su época y no se percató de la huida de sus hasta ahora amigos. En ese momento, una tenue luz les envolvió y se encontraron inmediatamente dentro de la máquina del tiempo de Wells, de nuevo en el año 1938. El peligro para ellos había pasado.

Unos pocos minutos después, Mata-Hari era detenida de nuevo por la policía de París cuando intentaba entrar en la iglesia del Sagrado Corazón. Atrás habían quedado Monet y Picasso, después que ella les diera esquinazo sospechando que eran igualmente fascistas al servicio de Alemania. Su desconfianza la había llevado a cometer un grave error y ser apresada de nuevo, mientras que ellos habían conseguido ponerse a salvo refugiándose en su buhardilla de Montmartre.

Y así, una gran muchedumbre, concentrada en París la mañana del 15 de octubre de 1917, vio por última vez a Mata-Hari, ahora con un sencillo pero elegante vestido, delante del pelotón de fusilamiento. Ella se negó por dos veces a que la vendaran los ojos y a que le ataran las manos a la espalda, y envió un beso al pelotón de fusilamiento antes de que ellos apretaran el gatillo. Dicen que uno de los soldados, emocionado por este beso, y apesadumbrado por haber tenido que disparar la bala fatal, se desmayó allí mismo.

## CAPÍTULO NUEVE

### UN DESCONCERTANTE REGRESO Y UN ENCUENTRO INCREÍBLE

Aturdidos, no tanto por el viaje como por las emociones de la aventura, Wells y Bogart estuvieron unos minutos sin hablar, tratando de revivir aún los momentos más apasionantes del viaje. Bogart pidió enseguida un cigarrillo y un vaso de whisky, mientras que Wells comenzó a tomar apuntes y a comprobar el tiempo transcurrido.

El reloj de su muñeca dejaba bien claro que esta vez habían estado en el pasado durante más de tres días, pero el implacable reloj de cuco de su biblioteca, así como el periódico del día, le indicaban que seguían en el mismo día y hora que antes de emprender al viaje en el tiempo. Todo permanecía igual y hasta era posible que no hubieran envejecido ni un segundo más.

¿Está usted seguro, amigo Wells - preguntó Bogart - que no ha sido todo un sueño o un trance hipnótico producido por esta endiablada máquina suya?

Es difícil que dos personas compartan el mismo sueño, especialmente de manera simultánea. Además, hay una prueba irrefutable y son nuestros relojes de pulsera. Si comprueba el suyo verá que marca una hora y una fecha distinta a cuantos se encuentran en esta casa, señal inequívoca de que ciertamente hay dos universos paralelos en los cuales nos estamos moviendo. En uno, ese viaje al pasado, el tiempo sigue su curso, lo mismo que la historia. En el otro también avanza el tiempo, pero no para nosotros, puesto que no estamos en este momento ni en esta dimensión.

Creo que saldré de dudas cuando regrese a mi casa y vea el recibimiento de mi mujer. (Sonriendo) Si la encuentro durmiendo con otro hombre y me echa de casa, es seguro que su teoría es una solemne tontería. (Ahora, más serio) A lo mejor aquí han pasado doscientos años y ya no tengo familia ni amigos y posiblemente mi casa haya sido derruida para construir apartamentos de lujo.

Si es así no se apene, puesto que por lo menos conocerá ya su destino y sabrá si su presencia en el cine ha dejado huella. Además, siempre nos quedará París.

Me gusta esa frase; es posible que la incluya en alguna de mis películas.

Bogart se marchó para acudir presuroso a su fiesta de bodas, si es que aún continuaba, mientras que Wells apuntaba en su diario todos los detalles del fabuloso viaje al pasado. Simultáneamente, empezaba ya a realizar los planes para su próxima aventura, tratando de encontrar un lugar o unas personas lo suficientemente importantes como para que el viaje mereciera la pena. No estaba seguro si lo mejor era limitarse a ser un simple espectador de la historia contemporánea, sin tomar parte en ningún acontecimiento, o intentar, una vez más, modificar los hechos históricos en bien de la Humanidad. Su intento fallido para rescatar a Mata-Hari de su cruel destino le había dejado apesadumbrado, aunque estaba convencido de que solamente el inoportuno regreso a su época era la causa del fracaso.

Pero otras dudas le asaltaban y le preocupaban, especialmente sobre la posibilidad de morir en uno de esos viajes, o cuando tuviera la oportunidad de estar frente a frente a sí mismo o su familia. No sabía qué modificaciones se podrían dar en su vida actual si algo de esto llegara a suceder, puesto que los libros de ciencia ni siquiera contemplaban hipotéticamente esa posibilidad.

Confundido en relación con aquello que había narrado en su novela "La máquina del tiempo", tan diferente a lo que en realidad ocurría, se le ocurrió la idea de hacer una segunda parte, ahora viajando al pasado, pero contando fielmente todas sus vivencias. Sabía que al menos así millones de lectores disfrutarían y vibrarían de emoción por estos viajes al pasado, aunque siempre lo considerarían como pura ficción. Triste destino para una persona que había inventado la máquina más asombrosa de todos los tiempos, pero que no podía mostrarla públicamente ni ganar fama y prestigio por ello. Incluso su primer compañero, Humphrey Bogart, dudaba que hubiera sido real y probablemente ni siquiera podría volver a contar con él para otro viaje. Una vez en los brazos amorosos de su esposa y con varias películas a punto de rodarse, seguramente ni se cuestionaría efectuar un nuevo viaje. Necesitaba, pues, otro compañero de fatigas.

Su aturdimiento le llevó a deambular por las calles de Nueva York, esperando que algún acontecimiento le indicara cuál debería ser su camino desde este momento. Tenía claro que el viaje no podría hacerlo en solitario y tampoco le interesaba, puesto

que emocionalmente quería compartir la experiencia y necesitaba testigos, aunque fueran tan incrédulos como Bogart. Sentado en un banco se dedicó a contemplar la gente que pasaba, hasta que su vista se posó en una sala de cine que tenía casi enfrente. Allí estaban proyectando la película "Room Service", de los Hermanos Marx, unos cómicos que le habían apasionado desde que vio "The Cocoanuts". No era mala idea distraerse un poco hasta que las ideas surgieran más precisas en su mente. Escogió una butaca trasera, alejada del público, y asistió más relajado a la proyección de la película, ahora ya bastante avanzada. Su mente no lograba concentrarse, no tanto porque su imaginación volaba frecuentemente desde allí hasta sus vivencias en París, sino porque justo detrás de él estaban sentados dos espectadores que gustaban de manifestar su opinión en voz alta.

Este argumento hace aguas por todos los sitios - dijo uno -, parece solamente una excusa para intercalar los chistes.

Por lo menos no son tan malos como los que tú escribes - le replicó su compañero -.

Cierto, son tan malos que he pensado dejar de escribir chistes y dedicarme a elaborar citaciones de Hacienda. Así por lo menos la gente los leería.

¡Vaya!, casi sin proponértelo te ha salido algo gracioso.

Pero es que es cierto. Estoy convencido de que en el departamento de Hacienda es donde más admiradores tengo. Todos quieren un autógrafo mío en un cheque.

Si al menos pagaras tus impuestos de vez en cuando...

Es que me tienen acorralado y hasta sueño con embargos y citaciones. El otro día fui a comer a un restaurante de lujo y me pusieron cangrejo, pero no lo comí por si acaso era un inspector de Hacienda disfrazado.

Deberías haber escogido otra profesión, así conseguirías comer los cangrejos sin problemas.

Mira, yo siempre he querido ser médico, más que nada para tener guapas enfermeras a mi alrededor, pero ya sabes que mamá me quitó esa idea de la cabeza. Decía que era algo perverso, especialmente si me dedicaba a la ginecología.

Ahora comprendo tu interés en hacer papeles de médico en las películas.

Exacto, pero en ésta se nota la mano maquiavélica de Zeppo en el guión y no me ha dejado realizar ninguna de mis exploraciones anatómicas preferidas. Estoy convencido que por ello la película será un fracaso total.

La conversación ya no dejaba lugar a dudas sobre sus protagonistas y Wells se volvió convencido de que detrás de él estaban, al menos, dos de los Hermanos Marx. Efectivamente, y aunque menos reconocibles que con sus habituales trajes de las películas, allí estaban en persona Groucho y Harpo Marx.

¡Eh, usted! - gritó Groucho a Wells - ¿es que acaso tengo monos en la cara?; al menos yo les doy cacahuets de vez en cuando. -(Wells, cortado por la respuesta) Perdone, es que he creído que...

Fascinante. Ahora cuéntemelo con más detalle.

Le decía que...

Eso sí que no lo entiendo. Repítamelo.

-(Levantándose nervioso) Está bien, ya me voy, no he querido molestarles, es solo que...

¡Espere!, no puede dejarnos ahora aquí plantados. Si lo hace tendrá que pasar por encima de mi cadáver. Pensándolo mejor, si se marcha seguiré viendo esta horrible película y le dejaré que acuda a mi funeral otro día que yo no esté allí.

Wells sale presuroso de la sala, pero en el hall es detenido suavemente por Groucho, quien esbozando la mejor de sus sonrisas, le dice:

Perdóneme, era una broma. Solamente suelo discutir de 3 a 4 de la tarde y así el resto del día me parece maravilloso. (Extendiéndole la mano) Soy Groucho Marx y este ratón sin queso que está a mi lado es mi hermano Harpo. -(Wells, aún aturdido) Debo confesarles que durante un momento creí que estaban verdaderamente enfadados.

Es que nos molesta mucho que nos confundan con los Hermanos Marx. A Harpo, por ejemplo, siempre le confunden con Harpo y eso es denigrante para él.

Pero, ¿son o no son ustedes los Hermanos Marx?

-(Groucho, tomando aliento) Lo cierto es que cuando yo nací quería llamarme Robinson, pero mis padres fueron más rápidos que yo y me pusieron Julius. Lo de

Groucho fue culpa de mi madre y es que ella pensaba que así me confundirían con uno de los Hermanos Marx y tendríamos más trabajo. ¡Pobre mujer!, era una infeliz; se murió sin poder ir antes al servicio. -(Wells, ya más tranquilo) Y usted señor Harpo, ¿cómo ha logrado mantener el mito de que es mudo? Personalmente siempre he creído que era cierto. -(Groucho, sin dejarle hablar a su hermano) Es que este hermano mío es tonto como un zorro, un carácter sin alma ni profundidad, un hombre admirablemente sencillo. Un día se le olvidó el guión durante una obra de teatro y siguió actuando sin articular palabra. Le aplaudieron tanto, por primera vez, que decidió seguir así toda la vida. ¿Y usted quién es?

Me llamo H. G. Wells.

¡Claro, por eso su cara me recordaba a usted!. Conozco a un escritor que es igual que usted y que se llama como usted. Bien, no tiene ningún mérito que me mire así, pero todavía insisto en que hay una gran semejanza entre H. G. Wells y usted. ¿Cómo dijo que se llamaba?

Sigo siendo H. G. Wells.

Bueno, pues ya que después de habernos presentado seguimos siendo unos perfectos desconocidos me gustaría invitarle a mi casa, pero mi mujer me ha amenazado con reconciliarse conmigo si lo hago.

Podemos ir a un restaurante.

¡Estupendo!, aunque quiero advertirle que siempre que voy a comer fuera de casa voy al mismo restaurante. Ya me conocen y me ponen cerca de la puerta de la cocina y en lugar de servilletas me traen un delantal.

Si lo prefieren, mi casa está cerca y tendré mucho gusto en invitarles a cenar.

-(Harpo, por primera vez) Si me perdonáis, yo no puedo ir con vosotros, he quedado con una amiga.

Oiga a mi hermano - comentó Groucho - para una vez que habla es para darme envidia con sus ligueos. Te recomiendo que si quieres volver temprano a casa te olvides la cartera encima del piano.

-(Wells) Si usted señor Groucho también tiene algún compromiso con una amiga la puede traer a mi casa. Por mí no hay ningún inconveniente.



Por desgracia ya no tengo ni perrito que me ladre. Me di cuenta que ya no ligaba como antes cuando un día abrí el buzón y solamente recogí propaganda; antes encontraba bragas de colores. Bueno, ¡en marcha!.

Durante el corto trayecto hasta la casa de Wells, Groucho no paraba de hacer chistes, aunque hubo un momento en el cual recuperó su aliento para preguntarle sobre sus novelas y confesarse un entusiasta de ellas.

La que más me gustó fue “La vuelta al mundo en ochenta días” - dijo -.

Pero esa la escribió Julio Verne y yo soy H. G. Wells.

Ya me parecía que su cara me era familiar.

¿Sabe que no ha parado de hablar desde que salimos del cine?

Desde que entramos en el cine, amigo Wells, desde que entramos en el cine.

Mi madre me decía que era porque me había tragado una aguja de fonógrafo. Wells se preguntaba ahora si habría sido acertada la elección de Groucho como nuevo acompañante en su viaje en el tiempo. Todavía no había escuchado una palabra o comentario serio de ese hombre y empezaba a pensar que meterle de lleno en la historia, con los peligros que ello conllevaría, podía ocasionar cuando menos un caos imposible de descifrar luego por los historiadores y biógrafos. Quería que en cada viaje estuviera asistido por una personalidad diferente, puesto que así tendría mejor oportunidad para evaluar los acontecimientos y la utilidad de su máquina del tiempo, pero empezaba a considerar a Groucho como una mala opción.

Groucho - preguntó Wells - ¿no es usted capaz de decir dos palabras unidas sin hacer un chiste? ¿No hay nada en su vida que le merezca estar serio?

Imposible. El sentido del humor es lo que nos ayuda a soportar la estupidez que supone estar vivos. ¿Cómo explica nuestro deseo de permanecer nueve meses dentro de nuestra madre y que para sacarnos tengan que hacer tantos esfuerzos? Es obvio que no queremos nacer y por eso lloramos a moco tendido cuando un estúpido médico nos tira de la cabeza para sacarnos al exterior.

¿Pero no le gustaría hacer algo trascendental en la vida?

¿Se refiere a poder comprar un gran coche con un dólar o conseguir bailar con una vaca? Ambas cosas ya las he intentado repetidas veces y si se fija atentamente en mi

cara sabrá los resultados. -(Con paciencia) Intente ponerse serio por una vez. Le estoy hablando de algo como hacer un viaje a un mundo desconocido, salvar a la Humanidad de un desastre o...

-(Le interrumpe) O conseguir averiguar cuál es el truco que tienen las mujeres para seducir. Bueno, en realidad todos sabemos dónde tienen situado su truco, pero a veces prefiero hacerme el ignorante para que me lo enseñen.

¡Por favor, póngase serio una sola vez!

La última vez que lo hice fue cuando escribí una carta muy emotiva a una amiga el día de su funeral. -Le dije que esperaba que siguiera tan guapa como siempre y que deseaba verla muy pronto.

Veo que es inútil que deje de bromear. Venga conmigo, quiero enseñarle algo que quizá le borre esa sonrisa de su boca.

¿Dónde me lleva?

Al sótano. (Bajando)

¿Sabe qué es lo mejor cuando se nos inunda el sótano? (Sin esperar respuesta) Que podemos dedicarnos a pescar sin que nos pongan una multa.

## **CAPÍTULO DIEZ**

### **WALL STREET**

Cuando Wells encendió las luces que iluminaban la máquina del tiempo, mostrando el artefacto más extraño que Groucho había visto nunca, se hizo el silencio durante unos segundos, algo que por lo menos alivió el incipiente dolor de cabeza de Wells. Groucho se enderezó, posiblemente por primera vez en su vida, escudriñó la máquina, se quitó las gafas dos veces y colocándose el bigote dijo:

Siempre he creído que la hierba crece más verde en casa de mi vecino, pero ahora veo que es cierto.

-(Welles, lógicamente, sin comprenderle) ¿No tiene interés en saber qué es este aparato?

Creo que se trata de una idea maravillosa.

Pero... aún no le he explicado qué es y para qué sirve.

Pues me sigue pareciendo maravillosa.

-(Tratando de ser contundente) Esto es una máquina del tiempo, con ella podemos viajar al pasado.

¡Oh!.

He realizado ya varios viajes con éxito y quisiera que usted me acompañase ahora. Mi último compañero fue el actor Humphrey Bogart, pero su nuevo matrimonio le impide volver a viajar conmigo.

¿Sabe una cosa?, eso del matrimonio es algo extraño. Por ejemplo: yo siempre pensé que mi sobrina era tan tonta que acabaría casándose con un caballo. El mes pasado me confirmó que era cierto y ahora se dedican los dos a correr el Derby.

¡Por favor, amigo, estoy intentando que me tome en serio!. No le quiero gastar una broma. Esta es verdaderamente una máquina del tiempo y funciona perfectamente. Quisiera poder demostrárselo.

¿Y podríamos escaparnos de los inspectores de hacienda que visten de gris?

Si es así ¿dónde hay que sacar el billete para este viaje?

¡Espere, espere!, aún no hemos decidido dónde podemos ir.

Vayamos a cualquier lugar en donde no tenga que escuchar ópera. Cada vez que tengo que ir a la ópera le pido al cochero que vaya despacio. Me sienta bastante mal que un cochero me lleve justo cuando aún no ha terminado la función.

Me parece que tendré que tomar yo mismo la decisión. ¿Qué le parece si viajamos al año 1929, un par de días antes del colapso de Wall Street?

Bien, pero creo que a mi hermano Harpo no le va agradar la idea.

¿Por qué?

Ese día acompañé a su mujer a casa y aún no ha regresado.

Esbozando por fin una sonrisa ante el delirio cómico de Groucho Marx, Wells preparó adecuadamente la máquina del tiempo poniendo una fotografía del edificio de la bolsa de Nueva York, en cuyas inmediaciones se encontraban cientos de personas preocupadas por sus ahorros. Puso en marcha el generador de energía y rápidamente los rayos X incidieron en la foto. Después, atravesaron los cuerpos de los dos amigos

y la imagen se fundió perfectamente en el tubo de rayos catódicos, llevándoles de nuevo en un rápido viaje a través de la historia.

Cuando llegaron, el alboroto de las personas concentradas en la calle era intenso, puesto que las noticias que llegaban desde el interior eran sumamente confusas. El precio de las acciones subía y bajaba escandalosamente cada minuto, mientras que los pequeños ahorradores pasaban de la pobreza a la riqueza con la misma facilidad. Con la mayoría de las acciones sobrevaloradas a causa del gran crecimiento económico de la posguerra, los norteamericanos se habían dejado engañar por los agentes de bolsa y pidieron créditos a los bancos para comprar acciones que suponían seguras. En ese momento, más de un millón de personas estaban endeudadas con los bancos y no lograban pagar sus créditos por la gran fluctuación de las acciones. Cuando Wells y Groucho aparecieron bruscamente en medio del griterío, nadie les prestó la menor atención.

Tenía que haber viajado en primera clase - protestó Groucho - este viaje me ha mareado un poco.

No se preocupe, los efectos de la radiación se le pasarán pronto. Ahora es importante que planifiquemos bien nuestro tiempo disponible puesto que la máquina funcionará apenas tres días. ¿Dónde le parece que vayamos en primer lugar?

Me gustaría ir a visitar a mi mujer para ver si es cierto que me engaña con ese gran hombre que se llama Groucho Marx. Me han dicho que es una fiera haciendo el amor.

Debería tomarse este salto en el tiempo con mayor seriedad. Mi consejo es que no intervenga en su propio destino; las consecuencias son imprevisibles.

¡Oh, no se preocupe por eso!. Mi mujer ha decidido quitarse años en cada cumpleaños y si tengo suerte dentro de poco ni siquiera estaremos casados y podré visitarla en su bautizo. Será como visitar a mi nieta.

Espere un poco, tiene que meditar las consecuencias de sus actos y aprovechar bien este viaje en el tiempo. Creo que lo primero es vender todas nuestras acciones, ahora que todavía tienen cierto valor. Dentro de dos días, justo el 24 de octubre, se pondrán a la venta más de 13 millones de acciones y ninguna valdrá más de un centavo. Tenemos que ir ahora mismo al banco para que las vendan al mejor precio.

La operación bursátil de venta no constituyó ningún problema para ninguno de los dos, puesto que bastó con su identificación personal para poner en venta todas sus acciones y que el dinero resultante se depositara automáticamente en sus cuentas corrientes.

¡Ahora que recuerdo! -dijo Groucho bruscamente al salir del banco - mañana es el día en que murió mi madre y en ese momento no pude estar a su lado. Me gustaría ir a mi casa para estar presente.

Ya sabe que no es prudente que vea a su familia ni a nadie conocido. Tenga en cuenta que hemos viajado nueve años al pasado y toda su familia será diez años más joven, incluido usted.

Gracias por el piropo.

No me ha entendido. ¿Qué cree que ocurriría si su familia le viese ahora, envejecido súbitamente nueve años?

¿Pero no me ha dicho que estaré nueve años más joven?

Me refería a su otro yo, el que vive en 1929. Usted sigue siendo el mismo porque pertenece al 1938.

Me alegro que me lo explique con esa claridad porque ahora ya sé que yo no soy Groucho Marx el joven sino Groucho Marx el viejo. De todas formas, si me miro al espejo seguro que me pareceré a Groucho Marx y creo que entre los dos habrá una gran semejanza. También estoy seguro que si voy a casa de mi esposa ella no notará la diferencia, a menos que esté conmigo en la cama. Se me ocurre una idea: ¿por qué no va usted a mi casa para ver si mi mujer me está engañando conmigo?

-(Irritado) Si he de ser sincero, debo confesarle que nunca debí traerle conmigo a este viaje en el tiempo. Me tiene aturdido con sus chistes.

¿Sabe usted por qué me casé con Ruth?

Me temo que me lo dirá aunque no me interese, así que...

Un día me hizo beber champán en uno de sus zapatos. Calza el 38 y cuando iba por la mitad la miré a los ojos y me enamoré de ella. Brillaban como mis pantalones azules cuando están sucios. Hubo un momento en que en lugar de ojos veía ballenas y el champán tenía ya un gusto intenso a arenques podridos. Fue una noche maravillosa.

-(Claramente mareado) Está bien, usted gana. Iremos a ver a su familia

Pero cuando por fin llegan, tratando de permanecer ocultos ante los ojos de los vecinos, un féretro portado a hombros de unas personas les indican sin lugar a dudas que habían llegado tarde. Su madre emprendía ya su último viaje en esta vida, ahora más aclamada que durante toda su anterior vida como actriz. A su alrededor estaban los cinco hermanos Marx, numerosos parientes venidos de todos los estados americanos, la prensa y docenas de aficionados que habían acudido con el deseo de poder estar cerca de los ya populares Hermanos Marx.

Groucho intentó acercarse, pero la férrea mano de Wells sujetándole le hizo reflexionar. Su semblante pasó del inicial abatimiento a mostrar su habitual ironía mordaz.

Mire, ahí están mis hermanos. Chico es aquel con aspecto de caballo y que parece que le duelen los pies, y Harpo el que se está comiendo la bandeja entera de pasteles. A quien no conozco es aquel joven tan elegante y apuesto que se parece al príncipe de Gales.

¿Es posible que no se reconozca a sí mismo?

¿Qué?, ¡Eso que dice es un insulto!. Si no fuera mayor que usted le pegaría por eso que ha dicho.

Pero si yo soy más grande que usted...

Así ya podrá.

-(Nuevamente alterado) Señor Marx, está consiguiendo que termine hablando las mismas tonterías que usted. Esperaba que asistir de nuevo a la muerte de su madre le hiciera ponerse más serio, pero veo que es incorregible.

Es que sería la primera vez en la vida que alguien llorase dos veces en el mismo entierro, especialmente si se han celebrado con nueve años de diferencia.

-(Nervioso) Creo que ha llegado el momento que hagamos algo más útil por la Humanidad que seguir diciendo chistes y despropósitos. Lo primero es marcharnos de este lugar, puesto que nos pueden reconocer.

Bien, yo propongo que vayamos a comer a un restaurante italiano. ¿Sabe usted que mi hermano Chico no era italiano? Bueno, yo tampoco lo soy y nunca he presumido

de ello, pero al menos sé hacerme entender en perfecto italiano. Conozco cuatro palabras claves para moverme sin problemas por el centro de Roma: “Bésame, rápido”, “¡Ayuda, me ha mordido una serpiente!”, “Tengo que alimentar a mi gato” y “¡Vaya, otra multa!”. -(Desanimado) Está bien, me rindo. Iremos a comer a un restaurante italiano.

Little Italy era el lugar donde residían la mayor parte de los inmigrantes italianos y su aroma se dejaba notar incluso en los barrios periféricos. Pegado al también emblemático Chinatown, ambos modos de vida lograron convivir sin problemas hasta que la llegada de los gángsteres les complicó seriamente la existencia. El restaurante elegido fue el Umberto's Clam House, situado en Hester Street, un lugar famoso por su exquisito marisco.

Groucho, ¿no cree que este lugar es demasiado caro para nosotros?

Para mí, no; quizá para usted que es quien va a pagar. De todas formas, nos pondremos cerca de la salida por si acaso. No olvide aquello de “las mujeres y los niños primero”; en ocasiones yo me siento como si fuera un bebé.

Espero que las monedas de nuestra época se hayan acuñado hace tiempo y sean igualmente válidas ahora.

Tiene que confiar más en la gente, amigo Wells. Hay que dar una oportunidad a los centavos que tiene en el bolsillo. Son como una gran familia deseando ser útiles.

Desde ese punto de vista no me parece una mala idea.

Pues olvídela y comience a comer esos raviolis con tomate, no esperará que además de pagar usted tenga que comerme yo su comida.

## CAPÍTULO ONCE

### AL CAPONE

Todo parecía transcurrir con normalidad y hasta H. G. Wells empezó a pensar que precisamente la presencia de Groucho Marx le podía aportar mayores beneficios de los planeados. Su carácter y su punto de vista para juzgar los acontecimientos proporcionaban una visión de la historia de la Humanidad nueva y reconfortante. Con un margen todavía de dos días para poder realizar acciones y visitas a Nueva York, antes de que la máquina del tiempo les hiciera retornar a su época, podrían tratar de avisar al mundo de posibles desgracias y alertarles sobre el peligro que supone el avance al poder de algunos líderes políticos.

Les podría advertir del expolio que sufrirían los judíos residentes en Alemania que les privaría de todos sus derechos y bienes, o de la desastrosa marcha de Mao Zedong hacia la provincia de Shaanxi que provocaría la muerte de 90.000 hombres. También sabía la futura invasión de Abisinia por parte de Italia, el desastre del dirigible Hindenburg en el que murieron 37 personas a causa de un sabotaje, y las consecuencias mundiales de la Gran Depresión. Pero su problema era el mismo que en los otros viajes, puesto que no le serviría de nada acudir a uno de los diarios neoyorquinos y explicar que gracias a su máquina del tiempo conocía el destino de la humanidad de los próximos nueve años. Ni siquiera su bien ganado prestigio como escritor de ficción le podría proporcionar un mínimo de credibilidad.

Todos estos pensamientos fueron interrumpidos bruscamente con la entrada al restaurante de cuatro hombres armados con ametralladoras Thompson.

¡Todo el mundo al suelo!, ¡Esto es un atraco!.

Esa enérgica advertencia debía ser algo habitual en aquella zona, puesto que los camareros primero y posteriormente los clientes, todos se tiraron al suelo inmediatamente sin que se oyeran gritos o voces de protesta. Los cuatro matones, vestidos tan impecablemente que parecían banqueros, realizaron algunos disparos al techo y a las estanterías, mientras que un quinto apareció en escena portando sobre



sus hombros un lujoso abrigo de lana. Wells y Groucho, por su parte, aún no habían tenido tiempo de reaccionar y seguían sentados mirando con estupor los acontecimientos. El recién llegado se dirigió a ellos.

Veo que estos dos señores no entienden nuestro idioma. Quizá entiendan mejor el sonido de mi Tommy - dijo señalando su ametralladora -.

¡No, espere! - gritó Wells -.

Fue inútil. La ametralladora le apuntó directamente a los ojos, mientras que el gángster esbozaba una sonrisa de satisfacción. El gatillo se movió, pero afortunadamente el arma se encasquilló y en ese momento fue cuando Groucho se atrevió a suplicar por su vida, o al menos eso era lo que Wells creía.

-(Groucho, levantándose) Señor cualquiera: sepa que es usted muy afortunado por encontrarse delante de dos personas tan importantes como nosotros. No crea que estamos aquí para saborear los exquisitos platos de la comida italiana, sino para asegurarle a usted y a sus amigos que dentro de muy poco habrán pasado cinco minutos, ni uno más, ni uno menos.

No solamente el matón se quedó mudo con esta frase de Groucho, sino que todo el restaurante al completo se sumió en un estado mental cercano al estupor. Nadie era capaz de averiguar qué había querido decir, y ni siquiera si suponía una amenaza larvada o una palabra en clave. El silencio que siguió era cada vez más tenso, mientras que ninguno se atrevía a mover un solo dedo. En ese momento y justo cuando todo el mundo esperaba una respuesta brutal del gángster, una sonora carcajada salió de su boca adornada con una gran cantidad de saliva. A los pocos segundos todo el restaurante estaba riendo sin parar, unos por corear a su compañero y otros para evitar que las ametralladoras escupieran nuevamente sus balas.

¡Por la santa Madonna que en la vida había escuchado tal disparate! - dijo satisfecho el matón -. ¿Quién es usted?

Hasta hace un minuto era Groucho Marx, pero ahora me parezco más a un pedazo de mantequilla derretido.

-(Muy amigable) ¿Y como alguien que tienen un nombre tan ridículo es capaz de decir una frase tan graciosa?

Si me da dos pavos le diré el secreto. Mejor aún: si nos deja marchar le pondré un telegrama pidiéndole trescientos dólares para pagar al casero. (Risas)

-(Conteniendo la risa) Como me llamo Al Capone que yo a este tío le pego un tiro antes que me mate de risa. ¿Y este abuelo que está a su lado tan pálido, es su padre?

Wells se levantó también y algo más sereno que hace un momento le tendió la mano al gángster, obviamente sin encontrar respuesta por su parte. Nervioso y sumamente asustado ante la respuesta tan poco cordial, miró a Groucho demandándole una ayuda inmediata.

-(Groucho, de nuevo) ¡Oh, no se preocupe por mi amigo!. En realidad se quedó así, sin habla, cuando vio la lista de precios de este restaurante. Yo le aconsejaría, señor matón con ametralladora, que nos marchásemos a otro lugar en donde nos pudieran servir unos raviolis al horno, o mejor aún, una espina de pescado para dársela a mi gato.

-(Capone) Antes de irnos tengo un trabajo que hacer aquí. (Dirigiéndose al dueño del local en voz alta) Si no quiere dar un paseo en coche conmigo y terminar con una bala alojada en su estómago, mañana nos deberá pagar los 10.000 dólares por la protección que le ofrecemos. Y ahora usted y yo, bigotudo impertinente (hablando a Groucho), nos vamos a ir a mi casa a tomar unos whiskys. Puede venir con nosotros su amigo, el mudo.

Saliendo con la misma rapidez que entraron, los matones se subieron a un enorme coche dotado de cristales tintados y troneras para disparar desde dentro, y se dirigieron velozmente a un lugar desconocido de las afueras de la ciudad.

Debería haberles vendado los ojos para que no supieran dónde se encuentra mi guarida - dijo Capone - pero como de todas maneras pienso matarles no hay problema de que me delaten. Ahora deberían sentirse afortunados de estar todavía con vida y de gozar de mi hospitalidad, puesto que no estoy acostumbrado a tener tanta paciencia.

-(El chófer) Señor Capone...

-(Gritando) ¡Capone no, me llamo Al Capone!. Si lo vuelves a olvidar te vuelo ese cerebro estúpido que tienes en la cabeza.

Perdón, señor Al Capone, no lo olvidaré. Le quería decir que yo conozco a ese enano del bigote. Le he visto trabajar en el cine junto a sus hermanos. Es un cómico muy bueno y creo que podríamos pedir un buen rescate por él.

¡Ahora me explico sus chistes!. ¿Así que es usted un cómico que trabaja en el cine? ¿Y el muerto que lleva al lado, quién es?

La respuesta nunca llegó puesto que una sirena de la policía sonó potente detrás de ellos, mientras que nuevos coches aparecían por todos los lados. Pronto los disparos comenzaron a sonar y una asombrosa carrera por las calles de los suburbios de Nueva York tuvo lugar. Pero el Cadillac de Al Capone no era exactamente un vehículo cualquiera, y su carrocería blindada resistía perfectamente los impactos de bala mientras que el potente motor de ocho cilindros era capaz de dejar atrás a los poco eficaces coches de la policía. La persecución se empezó a complicar cuando nuevos vehículos policiales se unieron al primero y pronto los impactos de bala comenzaron a resonar con fuerza, al principio sin llegar a penetrar y poco a poco logrando entrar por las zonas más débiles. Y uno de estos disparos alcanzó al conductor, quien incapaz de controlar certeramente el coche no pudo evitar que chocara fuertemente contra el escaparate de una tienda. Afortunadamente, el robusto y bien diseñado habitáculo del coche impidió que sus ocupantes sufrieran daño alguno y aunque algo resentidos por el impacto todos salieron ilesos a la calle, justo cuando al menos una docena de policías les apuntaban con sus armas.

¡Señor Capone! - anunció uno de los policías - ya va siendo hora que vuelva a dormir a Alcatraz. Allí le esperan su bien mullida cama, su periódico habitual y una espléndida reja para que no nos olvide en muchos años.

¡Me llamo Al Capone!, ¡Alfonso Capone!, y si vuelve a olvidarlo su esposa será viuda muy pronto. - le replicó airado -

Debería ser más amable delante de un policía bien armado. No está en condiciones de exigir nada. Usted y sus amigos van a venir conmigo a una sólida celda para que mediten largo tiempo sobre su futuro.

Cuando más de una docena de policías les rodearon, Wells y Marx decidieron que ya era el momento adecuado para hacerles saber su condición de secuestrados, pero unos cuantos empujones violentos, más algún golpe nada fortuito con las porras, les demostraron que no era el momento más oportuno para las presentaciones. A los pocos minutos un coche celular, debidamente acorazado, servía de vehículo para todos, rumbo ahora directamente a la comisaría del distrito.

En el trayecto Wells examinó cuidadosamente su cabeza, ahora adornada con un modesto chichón, y buscó entre sus bolsillos alguna credencial que le permitiera explicar a la policía su condición de turista inglés. Pero algo debió pasar durante el accidente, puesto que nada encontró y un escalofrío le recorrió su cuerpo cuando se imaginó tratando de dar una explicación verosímil en la comisaría sobre su estancia en el coche de Al Capone. Su tobillo izquierdo también le dolía y durante unos minutos permaneció sumido en una profunda meditación, hasta que un quejido de Groucho le hizo ver que su amigo también estaba herido.

Mi cuerpo está ahora peor que un globo desinflado - dijo cuando notó que Wells le miraba -, exceptuando la nariz lo cambiaría todo por el de una hermosa mujer, así por lo menos me metería mano.

¿Tiene un aprecio especial por su nariz?

En absoluto, pero al menos en ella esos policías no me pueden poner un par de esposas.

Veo que a pesar de que estamos metidos en un buen lío sigue conservando sus ganas de bromear.

MI propuesta es que salgamos fuera y pidamos un taxi. Si no lo conseguimos podemos probar a enfadarnos, aunque también podríamos enfadarnos ahora y pedir el taxi después. Si los policías consideran que es demasiado pronto para el turno de los enfados, podemos esperar un minuto más.

El enérgico frenazo del furgón policial les indicó que ya habían llegado a su destino, la comisaría más tenebrosa de toda la ciudad. Allí, fuertemente escoltados por la policía, entraron todos los detenidos directamente hasta las dependencias en donde habitualmente se interrogaban a los delincuentes. Groucho y Wells fueron separados del grupo de los gánsteres y llevados a otra sala, más tenebrosa aún, pero en la cual al menos había sillas, una mesa y un gigantesco espejo a través del cual serían observados por otros detectives. Groucho le hizo una indicación a Wells advirtiéndole que le dejara hablar a él.

Bien - comenzó a interrogarles el primer detective - ahora me van a explicar cómo ha conseguido Capone escaparse de Alcatraz y llegar hasta Nueva York sin ser detenido.

-(Groucho, tomando las riendas) ¡Oh, no se preocupe!, nosotros cantaremos todo lo que quiera puesto que somos la orquesta de la fiesta. En realidad deberíamos haber llegado mañana, pero mi amigo Wells decidió que era mejor llegar un día antes por si aún quedaba un poco de postre en la mesa.

¿A qué fiesta se refieren?

Se trataba de una cena con bufete en la cual debería cantar la soprano Schmalhausen. Nuestra misión era llegar cuanto antes para obligarla a cantar dos óperas seguidas y conseguir que la gente se marchase pronto. Yo ya había amenazado a los comensales sobre esta probabilidad y les advertí que si no se iban ella cantaría.

¿Y para qué necesitaba entonces Capone una orquesta?

Es que nosotros cobramos por no trabajar. Siempre llegamos un día después, cuando las fiestas se han terminado y así la gente no sigue bebiéndose el champán.

Ya veo - continuó el policía disfrutando del diálogo - ¿Y cuánto cobran por no trabajar?

Cien dólares la hora.

Es un poco caro y creo que a Capone le saldrá más barato que les hagan trabajar.

Bueno, para ensayar tenemos un precio especial. Apenas doscientos dólares la hora.

¿Pero si no trabajan, qué es lo que tienen que ensayar?

Pues las cosas que hay que ensayar. Mi hermano Harpo, por ejemplo, ensaya cómo poner a las mujeres horizontalmente en dos segundos. Si me presta a su esposa un momento se lo explicaré con detalle.

Creo que será mejor que prescinda de pagarles por ensayar. ¿Cuánto cobran por no ensayar?

Usted no podría afrontar el pago. Debe saber que si nosotros no ensayamos no trabajamos y si no trabajamos nuestra cotización aumenta, aunque podemos llegar a un acuerdo.

-(Conteniendo la risa) Bien, me gustaría ver cómo logramos ponernos de acuerdo.

Verá: ayer nosotros no vinimos. ¿Recuerda que ayer nosotros no vinimos?

Oh, sí lo recuerdo.

Pues entonces me debe ya trescientos dólares.

Entiendo. Ayer ustedes no vinieron y yo le debo trescientos dólares. Me parece razonable, pero lo encuentro barato.

Sabía que usted perdería con este negocio. Por cierto ¿no podríamos ir a pasear un poco fuera, por la terraza?

Ya, a ustedes les apetecería ahora pasear por otro sitio, ¿no es así?

No señor, esto nos daría alguna ventaja y nos podríamos aprovechar de usted.

-(Dando por terminada la jocosa charla) ¿Sabe usted, amigo bigotudo, que está acusado de pertenecer a la banda de Al Capone y que le van a caer al menos cinco años de cárcel? Pero debe alegrarse por ello, porque en Alcatraz seguro que encuentra oportunidades para seguir haciendo malos chistes.

Es la propuesta más nauseabunda que me han hecho en mi vida. Aunque pensándolo bien, la peor fue cuando el juez de paz me preguntó si quería casarme con mi mujer.

¿Y usted - dijo dirigiéndose a Wells - también quiere contarme algunos chistes antes de que les ingrese en prisión?

Lo que desearía es que llamaran a mi embajada para aclarar nuestra situación. Soy un ciudadano inglés que se encontraba comiendo tranquilamente en aquel restaurante italiano hasta que llegaron esos mafiosos disparando con sus ametralladoras.

¿Disponen ustedes de alguna identificación?

-(Compungido) La mía la he perdido durante la refriega. Aún así, debo mencionarles que soy un popular escritor llamado H. G. Wells y que este bigotudo amigo, como usted despreciativamente le llama, es el actor Groucho Marx, uno de los mejores cómicos del mundo. -(Sarcástico) Entiendo, y por eso ustedes decidieron dar un

paseo en el coche de Al Capone, quizá para conocer los suburbios o para encontrar un nuevo argumento para sus películas. ¿Estoy en lo cierto? -(Groucho, sin poderlo evitar) Tan cierto como que un día me matriculé en la Universidad de Basar.

Veo que es también aficionado a las grandes mentiras, puesto que esa es una universidad de chicas.

Lo descubrí al tercer año, y eso porque se me ocurrió ir un día al solarium.

Bueno, como no tienen intención de aclararme su relación con Capone, se quedarán aquí hasta que les pueda trasladar a la prisión de Alcatraz. Mientras tanto, trataré de averiguar sus verdaderas identidades.

(Marchándose con una sonrisa) Así que Groucho Marx...

Cuando la puerta del calabozo se cerró con fuerza, Wells y Groucho empezaron a darse cuenta que su situación era más delicada de lo que aparentaba. Ambos sabían que no existía manera racional de poder demostrar que no eran miembros de la banda de gánsters, puesto que a la ausencia de documentos personales de Wells se sumaba la incongruencia verbal de Groucho quien, además, tampoco tenía más documentos que un carné del sindicato de actores de cine, demasiado poco para un policía tan incrédulo.

Pronto la noche llegó y con ella las esperanzas de que alguien pudiera ponerles en libertad. Todos los razonamientos les llevaban a la misma conclusión: al ser dos viajeros en el tiempo nadie sabía de su existencia en ese calabozo, ni nadie les podría echar de menos, especialmente ahora, en el pasado. Es más, si Groucho insistiera en demostrar su verdadera identidad pronto aparecería su verdadero yo, el Groucho Marx de 1929, mientras que él pertenecía a 1938. Si entender esta extraña circunstancia era difícil para Groucho, con un doble nueve años más joven a quien se le acababa de morir su madre, más complicado sería hacérselo entender al policía encargado del caso. La única solución viable era que Al Capone les librara de esta situación explicando cómo llegaron a parar a su coche, pero ahora estaban ambos encerrados en calabozos distintos y no le podían manifestar su deseo.

## **CAPÍTULO DOCE**

### **LA PRISIÓN DE ALCATRAZ**

A la mañana siguiente, la voz ruda de un policía pidiéndoles que se levantaran les despertó. Su próximo destino era la prisión de Alcatraz, en donde esperarían hasta que se celebrara su juicio por pertenecer a una banda armada a quien todos querían dejar entre rejas para toda la vida. Al Capone acababa de matar el día de San Valentín a siete miembros de una banda rival y había sido requerido por ello a comparecer ante un Gran Jurado el 12 de marzo de ese año, pero sus abogados consiguieron anular esa citación gracias a un certificado médico. En ese documento se aseguraba que Al Capone estaba en Miami, en cama, aquejado de pulmonía y no podría acudir a ninguna citación judicial. Mientras tanto, numerosos testigos falsos se preparaban para elaborar una coartada que le impidiera ser juzgado. En pocas horas pudieron aportar pruebas que demostraban que el día de la matanza Al Capone estaba en un crucero rumbo a Nassau. Pero en esta ocasión sus pruebas fueron consideradas falsas y el 27 de marzo tuvo que comparecer ante el Gran Jurado, aunque no solamente se negó a responder a las acusaciones del fiscal, sino que insultó a todos los miembros del tribunal.

Dos meses después, y una vez pagada una multa de 5.000 dólares, fue nuevamente acusado, esta vez por tenencia ilícita de armas de fuego, siendo condenado a un año de prisión en Alcatraz, sentencia que nunca cumplió puesto que salió repetidas veces comprando a los guardianes. Por eso, en esta ocasión la presencia involuntaria de Wells y Groucho le favorecía, puesto que declaró que se encontraba tranquilamente comiendo en ese restaurante italiano con unos amigos, justo cuando irrumpieron bruscamente unos individuos disparando sus ametralladoras. Lo demás era igualmente creíble, puesto que todos salieron rápidamente del lugar y escaparon veloces en su coche. Lógicamente, no podía explicar que en realidad ellos eran sus rehenes, y mencionándoles como amigos entrañables de la infancia su excusa tenía todas las probabilidades de ser creída.



La llegada a la Roca fue en una mañana tan fría como habitualmente se muestra en las películas. Lloviznaba, había bruma, se escuchaban los graznidos de las gaviotas y las olas rompiendo en los acantilados mostraban más poderío que nunca. Wells y Bogart, debidamente esposados, fueron introducidos rápidamente en las dependencias después de atravesar un patio gris y desierto, siendo observados a través de las pequeñas ventanas de las celdas por algunos reclusos. Pronto les obligaron a desnudarse para lavarles con el agua más fría que habían sentido nunca sobre su piel, les sacaron varias fotografías que permanecerían para siempre en los archivos de la policía y les entregaron un par de vestimentas que deberían llevar durante su estancia en la cárcel. Y así, comenzaron a vivir un episodio de sus vidas que ni siquiera había formado parte de ninguna de sus pesadillas más tenebrosas. Afortunadamente para todos, la vida en La Roca no era tan repugnante y monótona como normalmente se suponía. Como otras prisiones de su tiempo, Alcatraz permitía ciertas libertades para aquellos que respetasen sus reglas e hicieran cuanto se les pedía. Estas libertades se denominaban “privilegios”, y para algunos prisioneros eran su única razón de vivir, y un escape emocional al encarcelamiento en ocasiones de por vida. Algunos de estos privilegios incluían el derecho para pedir una lámpara o una porción más de comida en el restaurante colectivo.

Las visitas estaban prohibidas, aunque cuidadosamente concedidas a ciertos presos, especialmente si disponían de dinero y amigos para saltarse las normas. La buena conducta les permitían leer los libros y las revistas debidamente censuradas de la biblioteca de la Isla. Igualmente, el prisionero podía tener el derecho para mantener correspondencia con amigos y familia del exterior, pero incluso las cartas eran censuradas cuidadosamente y cualquier material que se consideraba como una amenaza para la institución estaba prohibido. Para Wells y Groucho estos privilegios eran no solamente impensables, sino inútiles, puesto que sus cartas no podrían viajar nueve años al futuro. Sus esperanzas de encontrar ayuda en el exterior eran nulas, lo mismo que lograr que alguien les creyera su condición de prisioneros inocentes.

Su primer día en esa prisión no fue tan desagradable como esperaban y entre los esparcimientos autorizados estaban los paseos en el patio. Allí se podía hacer cualquier cosa, si por ello entendemos caminar, sentarse en el suelo, hablar, mirar el

reloj y nuevamente caminar o sentarse. También se podía jugar a las cartas, pero existía el peligro de perder todo en manos de los expertos o, aún peor, no poder pagar las deudas contraídas en el juego. Otra opción era mirar a lo lejos la vida bulliciosa de San Francisco situada a menos de dos millas, algo deprimente para quienes sabían que nunca más volverían a salir. Y así, mientras estaban allí contemplando la tan cercana y tan lejana ciudad, según el punto de vista, se les acercó Al Capone, portando una increíble sonrisa.

Vaya, vaya... mis simpáticos amigos reunidos de nuevo. Celebro verles en esta su casa. ¿Cómo se encuentran después del accidente? -(Groucho, algo más serio de lo habitual) Esa pregunta no viene a cuento.

Esté bien o mal es asunto mío.

-(Sonriendo) No se enfade conmigo, solamente quiero ser amable.

Sí, amable como un cocodrilo a punto de dar un beso a un pato.

O a un mono.

No meta a su familia en este asunto.

-(Con el semblante torcido) Me empieza a fastidiar usted con sus chistes. Sepa que a Al Capone nadie le insulta sin que reciba inmediatamente una visita de mis amigos.

No se moleste y dígalos que lo dejen para más tarde, que ahora estoy durmiendo.

-(Escupiendo ya su cigarro puro recién acabado) Mi insolente amigo, está usted jugando con fuego.

Tengo seguro de incendios.

-(Algo más paciente) He venido con la pretensión de pedirles que se unan a mí, que formen parte de mi banda. Necesito a mi lado personas como ustedes, educadas y que sepan hablar sin hacer uso de las armas. Quiero mostrar al mundo que Al Capone es una persona honrada. Si aceptan, en menos de una semana estaremos todos fuera de aquí riéndonos de la policía.

¿Y a cuánto van a ascender nuestros honorarios?

Yo había pensado en 200.000 dólares al año.

¿No le parece demasiado? Yo le iba a pedir solamente 600 dólares. ¿Dónde hay que firmar? Yo pondré la O y Wells la K.

Pero esta operación laboral fue interrumpida bruscamente por un grupo de fornidos negros que se acercaron amenazantes hasta nuestros amigos. Al Capone les reconoció inmediatamente - eran enemigos irreconciliables - e intentó huir, aunque un certero puñetazo en la cara le frenó en seco. Mientras tanto, los guardias de la prisión y el resto de los presos comenzaban a mirar para otro sitio, conscientes de que se avecinaba un nuevo ajuste de cuentas. Pronto había ya al menos seis matones rodeando a Capone, Wells y Groucho, todos armados con estiletes, punzones y barras de hierro. El gángster había caído al suelo y mientras su nariz sangraba abundantemente alguien le agarraba ya de los pelos, al mismo tiempo que un segundo cómplice blandía un estilete en dirección a su estómago. Súbitamente, un fulgor luminoso inundó el lugar paralizando a todos, y Wells y Groucho quedaron envueltos en una bella luz azul, al mismo tiempo que efectuaban ya su viaje al futuro, al año 1938. La máquina del tiempo había acabado su energía en el momento más oportuno y ahora estaban ya de regreso a su época, sanos y salvos.

¡Caramba! -gritó Groucho - un poco más y nos convierten en queso de Gruyère.

A veces me pregunto si es usted hombre o ratón.

Ponga un poco de queso en el suelo y verá.

-(Algo apesadumbrado) La verdad es que se nos han complicado las cosas mucho más de lo deseable. Quería demostrarle de una manera sencilla las virtudes de mi máquina del tiempo y casi acabamos asesinados por los rivales de Al Capone.

No se debe preocupar por ello, ni sentir culpable del desastre. Nadie puede tener simultáneamente el cerebro de Einstein y encima pedir que le sonría la diosa Fortuna. Yo, por ejemplo, tengo la sagacidad de Sherlock Holmes y la belleza de Rodolfo Valentino, pero no consigo comerme un bocadillo de atún sin mancharme los dedos de grasa. Si la suerte no está de su lado posiblemente cuando abra la espita de gas para suicidarse llamarán a la puerta para darle una charla los testigos de Jehová.

Sí, creo que fue Shakespeare quien dijo que el secreto era estar en el sitio preciso en el momento preciso.

Eso lo intento siempre cuando juego al tenis.

¿Le gustaría repetir el viaje a otro lugar y época más tranquila?

Usted es capaz de embarcarme en el Titanic, así que mejor búsquese otro compañero de aventuras. Yo ahora saldré a la calle a lanzar miradas lascivas a las chicas guapas y espero que alguna sienta la tentación de ser violada por mi penetrante mirada.

Esa fue la última vez que ambos hablaron, puesto que desde ese día siguieron caminos muy diferentes. Para Wells la compañía de Groucho Marx había sido en ocasiones molesta, en otras insoportable y en algunas divertida, pero el conjunto de todo fue una experiencia gratificante que le proporcionó nuevo vigor.

Ahora no sabía cómo continuar sus experimentos y ni siquiera si debía seguir con la idea de buscar nuevos compañeros. Sumido en un mar de dudas sobre la verdadera utilidad de su máquina del tiempo, perfecta para viajar pero inútil para solucionar problemas, trataba de buscar un modo para que en su próximo viaje pudiera aportar algo de interés a la Humanidad. De otro modo, viajar al pasado para ser un mero espectador de los acontecimientos no le proporcionaría mayor beneficio que mirar una fotografía de la época o un documental. Por momentos, Wells se comparaba simplemente a un historiador que trata de explicar con mayor veracidad los acontecimientos pasados, sin haber tomado parte activa en ellos, una posición tan cómoda para juzgar la historia que le parecía despreciable. El destino no podía ser algo tan intocable, tan indeleblemente escrito, que nada ni nadie fuera capaz de alterarlo, ni siquiera disponiendo de una máquina del tiempo. Tenía que existir un modo de poder estar en el pasado y alterar los acontecimientos sin que las paradojas del tiempo produjeran un cataclismo mundial.

Y en esos razonamientos estaba cuando sonó el teléfono. Quien estaba al otro lado de la línea era Orson Welles, su antiguo amigo, ahora más parlanchín que nunca porque tenía en su poder sendos contratos cinematográficos que le aseguraban poder demostrar su gran capacidad creativa. Le habló de sus múltiples ideas sobre ese proyecto al que ya definitivamente le mencionaba como "Ciudadano Kane" y de sus deseos de acudir a España, un país en el cual esperaba encontrar la inspiración necesaria para todos sus proyectos. También le preguntó, cómo no, por los resultados sobre la máquina del tiempo, aunque mostrando un gran escepticismo sobre su viabilidad. Cuando H. G. Wells le explicó los viajes que ya había realizado y le contó

las múltiples aventuras que tuvieron lugar, el escepticismo dio paso a una incredulidad total, puesto que para él no habían pasado tantos días. Por mucho que el inventor lo intentó pacientemente, no consiguió convencerle de la diferencia que existía entre el tiempo real y el tiempo del pasado.

Usted, querido amigo - le inquirió Orson Welles - me está intentando hacer creer que ha viajado ya a París, que ha estado con Mata-Hari, que ha conocido a Al Capone y hasta que le han encerrado en la prisión de Alcatraz, y todo eso en apenas tres días.

Tres días de su tiempo, pero le intento explicar que cuando se viaja al pasado el tiempo presente no se modifica ni un segundo. Afortunadamente cuento con el aval que me proporcionan Humphrey Bogart y Groucho Marx, quienes le podrán explicar que todo cuanto le he contado es cierto.

Debo informarle que el señor Bogart se puso en contacto conmigo ayer y me contó el extraño sueño que había tenido. Según sus comentarios, había mantenido una conversación con usted sobre la posibilidad de viajar al pasado, al París de principios de siglo, y que entre el alcohol que había bebido y sus comentarios fantásticos, le habían provocado una pesadilla terrible. Dijo que fue perseguido por los nazis por haber rescatado a Mata-Hari con la ayuda de unos pintores.

-(Compungido) No fue un sueño, fue una realidad total. Ciertamente estuvimos allí gracias a la máquina del tiempo, lo mismo que también he viajado con Groucho Marx justo un día antes del colapso de la bolsa. Yo no puedo demostrarle que todo cuanto he vivido es cierto, salvo por el hecho de que ahora mis ahorros están a buen recaudo. Usted debe creerme.

Pero ¿ni por un momento se le ocurre pensar que todo es fruto de su imaginación? ¿No cree que en realidad eso que llama Máquina del Tiempo es un aparato que produce sueños fantásticos en un estado de hipnosis? No ha conseguido traer ni una sola prueba del pasado para confirmar esos supuestos viajes. Debería separar la fantasía de la realidad. Es lógico que le sea atractiva la idea de poder realizar viajes en el tiempo, pero cuando todavía nadie le ha confirmado esos viajes quizá sea porque en realidad nunca se han realizado.

-(Desmoralizado) Pensaba que me había llamado para venirse conmigo en el próximo viaje, pero veo que tendré que hacerlo solo en esta ocasión.

No se enfade conmigo, Herbert, no estoy tratando de quitarle sus sueños ni sus fantasías. Lo que quiero es que sea realista y que se dedique a seguir escribiendo sus maravillosas novelas. Deje el mundo del hipnotismo en manos de los expertos. He leído recientemente que los rayos X son un peligro para la salud y le pido que no siga experimentando con esa máquina. Prefiero saber que sigue escribiendo en su confortable vivienda, en lugar de tener que irle a visitar a un oscuro hospital.

Le agradezco que en el fondo esté preocupado por mi salud y por mi vida, aunque lamento que no me crea. Ahora desearía descansar un poco para saber hacia dónde debo dirigir mis nuevos pasos.

La conversación fue cortada bruscamente y si hubo algún adiós no pasó a través del hilo telefónico. Ligeramente entristecido por la conversación, Wells se sentó en su confortable butacón de grandes orejas, y mirando a un rincón cualquiera de su biblioteca meditó sobre todo cuanto le había acontecido anteriormente. Su mirada pasó fugaz por la habitación, mientras que su mente viajaba ya febrilmente a mundos de ensueño. Y en este recorrido vio una revista de arqueología dedicada a las grandes pirámides de Egipto. En algún momento de sus pasados años había sentido un gran interés por la vida de los faraones y sus impresionantes mausoleos funerarios, buscando allí el tema de una próxima novela. Aunque se consideraba demasiado mayor para iniciar una nueva novela de ficción, algo cruzó por su mente en ese momento que le hizo coger ávidamente la revista.

## **CAPÍTULO TRECE**

### **TUTANKAMÓN**

El artículo hablaba del acontecimiento acaecido el 26 de noviembre de 1922, en un remoto valle de Egipto, cuando un egiptólogo, el señor Howard Carter, y el filántropo Lord Carnarvon, habían conseguido llegar a la tumba del legendario Tutankamón, muerto en el 1323 a.C. cuando tenía 17 años. Y en la fotografía de la revista estaban

Carter y Carnarvon mostrando una gran sonrisa triunfante delante de la tumba del mítico faraón.

Era la oportunidad que Wells estaba esperando para hacer un viaje al pasado que pudiera aportarle, por fin, un poco de sentido práctico a su descubrimiento sobre viajes en el tiempo. Ahora ya no trataría de mejorar o modificar acontecimientos sociales y ni siquiera de impedir catástrofes escalofriantes; su próximo viaje sería exclusivamente para él, para su inquieto espíritu y sus deseos de conocimientos. Atrás quedarían ya sus sueños de cambiar favorablemente el destino de la Humanidad o de buscar el reconocimiento de los científicos y del mundo hacia su invento. Ligado ya inevitablemente a esa legión de inventores que ven entristecidos cómo sus grandes ideas nunca verán la luz comercial, estaba decidido a realizar ya el mejor viaje de su vida, posiblemente el último que podría efectuar. En su biblioteca no tardó en encontrar alguna información, muy escueta, sobre la tumba de Tutankamón, en la que se describía como la KV 62, una tumba pequeña en comparación con las otras pero que tenía a su favor el hecho de haber permanecido intacta durante más de 3.000 años. El rey Tutankamón o Tutankhamen, hijo de Akenatón y Kiya, tenía solamente 7 años cuando ascendió al trono de Egipto en el año 1333 a.C. y sabemos que murió muy joven, a los 17 años, posiblemente de pulmonía. Su tumba fue buscada infructuosamente durante cientos de años en el Valle Occidental, cerca de la de su abuelo Amenhetep II, un lugar que posteriormente se demostró como erróneo. La entrada de la tumba estaba enterrada en el suelo del Valle Occidental, no sabemos si deliberadamente o quizá porque antiguamente el nivel de la tierra era más bajo que en la actualidad, especialmente por los fuertes y continuos movimientos de arena que se dan en el desierto. Otro de los factores que contribuyeron a su ocultación a los ladrones de tesoros faraónicos era que estaba situada justo delante de la KV 9, la tumba de Ramsés VI y ahora sabemos que cuando esta tumba fue construida se descargaron ruinas y tierra encima de la entrada de la KV 62. Nadie sabía que allí estaba bajo tierra tan importante tumba o si lo sabían nunca le dieron suficiente importancia arqueológica. Lo cierto es que el enclave de esta tumba fue olvidado durante años y hasta se construyeron encima una serie de chozas para los obreros de Ramesside.

El resto de la información fue asumida rápidamente por H. G. Wells, quien pronto depositó la fotografía del acontecimiento científico en su máquina, ajustó la intensidad del generador de corriente al máximo y la puso en marcha para que los rayos X pudieran atravesar su cuerpo y le llevasen de nuevo al pasado. En pocos segundos, su figura se materializó delante de la entrada principal de la tumba egipcia, justo cuando Howard y Carnarvon comenzaban a descender por las escaleras de la entrada principal. Esta vuelta de espaldas les impidió ver a su nuevo compañero, quien con el mayor sigilo posible les siguió por las descendientes escaleras, ahora iluminadas discretamente por lámparas de petróleo.

Tras quitar un montón de escombros, señal inequívoca de que ya había sido profanada anteriormente, llegaron a una puerta clausurada con un sello ovalado en el cual figuraba el nombre de Tutankhamen. Ambos investigadores, sin percibir aún la presencia de H. G. Wells a sus espaldas, quitaron con cuidado algunas piedras que bloqueaban parcialmente la entrada y entraron en un pasillo oscuro.

¿Ve usted algo? - preguntó Carnarvon -.

-(Carter, después de un silencio esperanzador) Sí, veo cosas fabulosas, increíbles. Creo que hemos encontrado el mayor legado faraónico de la historia. Traiga una lámpara aquí.

Y fue en este momento, al darse la vuelta para recoger el candil, cuando ambos vieron a Wells, quien permanecía inmóvil tras ellos, con los ojos totalmente abiertos para tratar de romper algo la oscuridad.

Pero, ¿quién es usted? - preguntó Howard mostrando una mezcla de estupor y miedo -.

Perdonen si les he asustado - titubeó Wells - pero no he podido hacerles saber de mi presencia antes.

Esta zona está prohibida a los turistas - vociferó algo más seguro Carnarvon -. Tiene que marcharse ahora mismo o le haré encarcelar; y le puedo asegurar que las prisiones egipcias no son como las nuestras.

Si pueden serenarse un poco - siguió Wells tratando con las manos de pedirles calma - les explicaré la razón de mi presencia aquí. (En estos momentos estaba ya



elaborando una historia ficticia que fuera creíble por los dos arqueólogos) No soy un turista, ni mucho menos un profanador de tumbas, soy un profesor de la Universidad de Oxford que está tratando de encontrar el origen de las civilizaciones egipcias.

¿Dispone de alguna credencial que avale sus palabras?

No estoy aquí con una beca, lo siento. Solamente soy ya un profesor a punto de jubilarse que desea dejar algún legado filosófico a sus alumnos.

Así que... otro inglés en busca de emociones - comentó ya más tranquilo Carnarvon -. El caso es que su cara me es familiar, aunque ahora no sé dónde le he visto. De todas maneras, señor... ¿cuál es su nombre?

Me llamo H. G. Wells.

¡Diantre! - gritó Howard -. ¿Es usted ciertamente H. G. Wells, el escritor?

No sabía que también se dedicaba a dar clases en la universidad de Oxford. Los escritores de ficción no son muy apreciados entre esa pandilla de filósofos pedantes.

-(Wells, ahora con el rostro contraído) Bueno, creo que no puedo seguir manteniendo con ustedes por más tiempo una mentira tan estúpida. No estoy aquí como egiptólogo sino por mi condición de inventor.

No entiendo la relación entre las pirámides y los inventos.

Aunque les parezca increíble, y estoy seguro que les parecerá, he conseguido inventar con éxito una máquina del tiempo. No he aparecido aquí por casualidad en esta tumba. Este acontecimiento ha sido posible gracias a mi invento que me ha permitido viajar hasta este día del año 1922 desde mi propia época en 1938.

Empiezo a pensar que su imaginación no tiene límites, señor Wells - contestó sonriendo Carnarvon -. Así que una máquina del tiempo para viajar al pasado...

-(Howard, complaciente) No necesita inventarse una excusa tan fantástica para explicar su presencia en esta tumba. Bastaría con habernos dicho que está recogiendo material para una nueva novela y le hubiésemos aceptado con igual entusiasmo. La fantasía que usted muestra en sus escritos no difiere demasiado de la vida de los faraones. Ellos tenían sus dioses y su vida inmortal en estas pirámides y usted, por su parte, se inventa el alimento de los dioses para mitigar el hambre de la Humanidad.

Bien - dijo Carnarvon impaciente - creo que ya va siendo hora que nos pongamos en camino hacia el interior de esta tumba. Entre los tres podremos mover con mayor precisión las piedras que impiden nuestro avance. Por mi parte, ya que está aquí, me da igual que sea escritor que un turista si nos ayuda en nuestro trabajo. Pero lo de esa máquina del tiempo me parece demasiado - dijo sacudiendo la cabeza mientras descendía por la escalera -.

Apenas habían dado dieciséis pasos cuando se encontraron con una puerta sellada cubierta de grabados antiguos que representaban guardias del Valle. Provistos de pequeños picos y empleando pacientemente las manos para extraer una a una las numerosas piedras de roca caliza que formaban el obstáculo, fueron despejando poco a poco el camino. Al cabo de tres horas de trabajo habían logrado efectuar un agujero lo suficientemente grande para poder introducir una lámpara. A través de ella vieron lo que parecía un pasadizo bastante largo, en cuyo fondo se vislumbraba otro hermético sello.

Creo que tenemos al fondo otro obstáculo importante - dijo Howard -. Sería conveniente que descansáramos un poco antes de seguir.

¿No tienen miedo de ser asaltados por los profanadores de tumbas? - le preguntó Wells -.

Nadie sabe que esta tumba existe, al menos ninguna persona de este lugar.

La gente de aquí tiene el convencimiento de que estamos buscando vasijas enterradas en la arena y no nos molestarán (dudando), de momento. El problema lo tendremos si encontramos los tesoros que esperamos, puesto que estas reliquias son muy apreciadas en el mundo entero. Según mis investigaciones, esta tumba ha tenido que ser abierta ya en dos ocasiones en la antigüedad, ambas con resultado negativo, y todos sus tesoros deben estar intactos. He encontrado pruebas de que habían excavado por lugares erróneos y posiblemente nunca pudieron pasar de la antecámara. Tenga en cuenta que el aire se va enrareciendo a medida en que entramos dentro y posiblemente existan muchas trampas para evitar a los intrusos.

¿Y nosotros no somos igualmente unos intrusos? - preguntó preocupado Wells -.

Hay quien afirma que sí y que estas tumbas no deberían ser profanadas por nadie. Mi justificación para hacerlo es que al menos nosotros no vamos a robar nada, puesto que todo cuanto encontremos aquí será entregado al gobierno egipcio. Somos arqueólogos, no buscamos dinero. El destino de todo esto es el museo de El Cairo.

¿Y no tiene miedo a las trampas y las maldiciones?

Bueno, ahora tenemos la experiencia acumulada en otras tumbas abiertas y conocemos muchos de los trucos que emplearon los constructores para impedir que los intrusos entraran en la cámara funeraria. Lo más importante para ellos era asegurar la tranquilidad del difunto, del faraón, y para ello empleaban cámaras falsas, incluso falsos cadáveres, que despistaron a los ladrones durante siglos. Vea, por ejemplo, estos grabados de la pared representando unas focas. Durante años los investigadores han tratado de explicar inútilmente lo que querían decir con estos animales, sumamente lejanos de su hábitat normal. Pero nosotros hemos llegado a la conclusión de que en realidad no son sino llaves para abrir las diferentes puertas de la tumba. Son tres juegos diferentes de focas, cada una en posición opuesta, que nos indican los movimientos que tendremos que efectuar a las llaves para poder entrar.

¿Y nadie ha intentado tirar simplemente las puertas a golpes?

Lo han intentado y lo han logrado, pero a costa de sus vidas. Cada puerta abierta con brusquedad acciona gruesas piedras que no solamente sellan de nuevo la entrada, sino que bloquean la salida al exterior a los profanadores. Pronto verá numerosos esqueletos por los pasillos que le indicarán sin lugar a dudas dónde murieron los ladrones.

Pero yo creía que esos esqueletos pertenecían a los guardias y obreros del faraón, quien había ordenado que muriesen enterrados en su tumba para no divulgar los secretos a nadie.

Esa teoría es muy imaginativa, pero carente de realidad. Cuando se construyeron las tumbas todo el mundo sabía que existían numerosas trampas mortales para cazar a los intrusos pero, simultáneamente, nadie sabía dónde ni cómo estaban situadas estas trampas. Nunca hubo un solo arquitecto trabajando en las pirámides, sino docenas, y cada uno elaboraba en secreto sus planos que eran posteriormente

destruidos. En esa época era imposible que nadie hubiera podido sobrevivir entrando en una de estas tumbas.

¿Y ahora?

Ahora espero que tengamos más suerte que nuestros antecesores.

## **CAPÍTULO CATORCE**

### **UN PERFUME EMBRIAGADOR**

Avanzaron lentamente por un pasillo de paredes polvorientas y ásperas, algunas con grabados, mientras que el suelo estaba elaborado con grandes baldosas. El corredor era ligeramente descendente y apenas conseguía ser iluminado por las lámparas portátiles, aunque la luz era suficiente para advertirles que había llegado ya al final del pasillo, donde les esperaba un sólido muro.

Bien - dijo Wells - ¿y ahora qué hacemos?

Pues ahora tendremos que tirar este muro. Detrás de él se tiene que encontrar la antecámara - respondió Howard -.

¿Cómo puede estar tan seguro?

Mi experiencia me ha hecho ver que todos los monumentos funerarios estaban elaborados bajo los mismos principios. Siempre nos hemos encontrado al menos con tres sellos antes de poder llegar a la cámara funeraria. El problema, sin embargo, no reside en tirar uno por uno los sellos hasta que consigamos llegar al lugar adecuado, algo relativamente fácil. Lo más difícil es averiguar qué tipo de trampas han puesto para impedirnos llegar hasta la tumba del faraón. Cada arquitecto elaboraba sus propias trampas y en esto no existe un libro de claves que nos indique cómo se pueden desactivar. Es como si estuviéramos en una mina abandonada a punto de derrumbarse sobre nuestras cabezas.

Bueno - dijo Wells nervioso - si quieren yo les espero fuera.

Ni se le ocurra hacerlo. Todo en estas tumbas está tan bien elaborado que hasta habían previsto la huida de los posibles ladrones. Una vez dentro solamente hay una opción: llegar hasta el final, puesto que el retroceso conduce inexorablemente a una muerte segura. ¿Ve estos esqueletos? Seguramente son de personas que decidieron dar la vuelta cuando se encontraron con la primera dificultad o prefirieron salir para buscar ayuda. Los faraones no querían testigos, ni ladrones que volvieran para intentar robarles de nuevo. Todos los que se atrevieran a entrar debían morir, antes o después, de una manera u otra manera.

Lo dice como si esa amenaza de muerte no nos involucrase.

Debe usted comprender que si entrar y salir de cualquier pirámide hubiera sido tan sencillo, después de tantos miles de años no quedaría ya ni una sola piedra de ellas. Durante siglos, los tesoros que aquí están escondidos han tentado a gentes de todos los países y si aún siguen en pie es porque la mayoría han muerto en el intento. Pero no se preocupe, puesto que la experiencia de nuestros predecesores nos será de mucha utilidad y disponemos de algunos documentos antiguos que nos facilitan el trabajo.

Mira - interrumpió Carnarvon - en esta esquina del sello debe estar situada la palanca que sujeta la piedra protectora. Debemos moverla con cuidado para que no nos aplaste.

Observe Wells - le explicó Howard -, esta es una de sus trampas mortales.

Aparentemente el muro parece sencillo de tirar a golpes, pero si golpea con fuerza en cualquier zona se caerá del techo una gruesa piedra que le aplastará. Normalmente existen tres piedras, por si hay más ladrones que quieren intentarlo de nuevo. Si observa en el suelo notará que al menos una de ellas ha caído ya y se ha incrustado en la arena. Con el paso de los años y los siglos apenas si queda ya vestigio de la piedra y del infeliz que murió aplastado por ella. Pero ahora será mejor que se retire.

Un golpe sólido en el lugar concreto señalado por Carnarvon fue suficiente para activar la primera de las trampas. Una parte del techo se movió unos milímetros, pero permaneció aún sólida allí.

¿Ve?, si el golpe lo hubiéramos efectuado en otro lugar la piedra habría caído encima de nosotros. Ahora sigue allí, esperando que algún incauto intente de nuevo entrar a

través del muro. De todas maneras, es muy posible que para salir también tengamos problemas con la que aún queda. Deberíamos intentar activar la trampa desde aquí.

Pero los intentos por encontrar alguna señal que les indicase sin posibilidad de error dónde estaba situada la llave fueron en vano. Con toda probabilidad, según sus conocimientos, esa señal estaba tras el muro, esperando que el ladrón intentara salir por allí una vez en posesión de los tesoros. Por ello, nos le quedaba otra opción que tirar el muro corriendo el riesgo de que todo el techo se les viniera encima. Armados con una piqueta de más de tres metros comenzaron a horadar poco a poco el sello, tratando de encontrar los pequeños huecos que habían quedado entre cada piedra. Este lento, pero minucioso trabajo, tuvo su premio y pronto una sala oscura se dejó ver tras el agujero. Poco a poco fueron abriendo aún más el muro y pronto pudieron pasar al interior, un lugar en el cual se percibía un intenso perfume. Una vez los tres estaban dentro y después que la tenue luz de los candiles iluminó la estancia, se encontraron con una pared oriental en la cual se percibía un sello, señal inequívoca que comunicaba con otra estancia, posiblemente la Cámara Funeraria. También había restos en la pared frontal sobre el levantamiento de otro sello que debía haber comunicado con otra sala, aunque por motivos desconocidos esa opción fue desechada. Sin embargo, en el extremo izquierdo de esta pared frontal se veían dos cortes ásperos, rodeados de líneas negras que parecían representar una puerta sin sello.

Vean - explicó Howard -, esa pequeña puerta seguramente nos conducirá a un lugar sin interés, aunque posiblemente contenga algunos tesoros, todos de poca importancia. La finalidad de estas habitaciones falsas era despistar a los ladrones haciéndoles creer que en esta tumba no existían más tesoros de valor. Eran para obligarles a que cogieran esas migajas y no encontrasen las verdaderas, aquellas que debían servir para que el faraón pudiera empezar una nueva vida en el otro mundo sin problemas económicos.

Lo que no acierto a identificar - comentó inquieto Wells - es este aroma tan penetrante que hay en esta sala, ni mucho menos su utilidad. Si no fuera porque no pretendo ser

alarmista, diría que me recuerda algo a los fumaderos de opio que existen en el Chinatown de Nueva York.

¡Oh, no se preocupe! - explicó muy entusiasta Carnarvon - una pequeña dosis de alucinógenos no nos vendrá nada mal en estas circunstancias. Personalmente debo admitir que este aroma me está sentando francamente bien y hasta he creído ver en la penumbra a una hermosa reina egipcia insinuándose conmigo.

He leído algo - siguió comentando nervioso Wells - sobre la mística de los olores y es muy posible que las terribles maldiciones faraónicas, mediante las cuales los profanadores de las tumbas enloquecían y se suicidaban o se convertían en asesinos despiadados, tengan su origen en el uso inteligente de ciertas esencias. Sabemos la habilidad de los médicos egipcios para momificar a sus muertos, y es muy posible que con su increíble imaginación encontraran sustancias muy eficaces para impedir que nadie pudiera entrar en una tumba y salir vivo.

¡Oh, vamos, vamos! - dijo sonriendo Howard - no deje volar tanto su imaginación como para confundir un aroma a incienso con un perfume mortífero. Los científicos nunca han dado crédito a estas leyendas y siempre las han considerado como alteraciones producidas por la histeria o por el deseo de encontrar en esos mausoleos funerarios cosas que se escapan de la rutina.

Lo que sí es cierto - alegó Carnarvon - es que este endiablado perfume tiene algo extraño. Empiezo a sentirme mareado y creo que sería conveniente que saliéramos fuera un poco.

Esa fue la última palabra que dijo antes de caerse desplomado al suelo. Del mismo modo, y con la misma rapidez, cayeron Wells y Howard, sin que ninguno tuviera tiempo ni siquiera de intentar salir de la antecámara. Sumidos en un profundo e inquieto sueño, los tres investigadores de ruinas egipcias estaban ahora inconscientes, absorbiendo poco a poco los gases letales procedentes de ese extraño perfume.

El primero que se despertó fue Wells, después de estar dormido un tiempo indeterminado, quizá porque era la primera vez que inhalaba ese aroma egipcio y no estaba intoxicado en demasía. Lo que encontró a su alrededor no era ya esa

antecámara funeraria, prácticamente vacía, sino que se encontraba dentro de un profundo pozo débilmente iluminado por la luz que procedía de la boca de entrada. Arriba, situada al menos a veinte metros de altura, parecía estar la salida pero la pared era tan lisa que hacía inviable cualquier intento de escalarla. Por otra parte, se encontraba solo, sus dos compañeros de investigación habían desaparecido y un frío intenso le estaba dejando seriamente dolorido y sin fuerzas. Tratando de buscar ayuda intentó pedir socorro, pero su garganta estaba totalmente seca y no pudo exhalar ni siquiera un débil quejido. Quizá la misma droga que le había hecho dormir le había paralizado las cuerdas bucales, lo que, de ser así, demostraría la gran sabiduría que tuvieron los arquitectos egipcios de entonces para destruir a los profanadores de sus tumbas.

Las horas pasaron implacables para Wells, quien empezaba a considerar que su vida iba a llegar a su fin, puesto que no había ninguna posibilidad ni de pedir ayuda ni de salir de allí por sus propios medios. Solamente le quedaba la esperanza de que la máquina del tiempo le retornara bruscamente a su época, pero según sus cálculos eso no ocurriría hasta dentro de dos días y en ese tiempo podría suceder de todo en esta extraña cueva. ¿Qué ocurriría si por desgracia muriera en esa época del pasado? ¿Acaso moriría también en el año 1938? ¿Qué pasaría con su cuerpo? Martirizándose por encontrar unas explicaciones válidas para su futuro, ahora más por miedo que por interés científico, Wells intentó, de nuevo, trepar por las paredes aunque sus escasas fuerzas no le permitieron subir más de un par de metros.

Simultáneamente al problema dramático de Wells, Howard había sido transportado, quizá por las mismas personas que habían encerrado al escritor en ese pozo tenebroso, a un cuarto tan pequeño que ni siquiera le permitía estar en pie. Con una altura no superior al metro y medio y sin puerta alguna que le diera la posibilidad de salir de allí, Howard se vio en la necesidad de andar a gatas en busca de una posible salida. Sus razonamientos más lógicos le hacían creer que si había sido encerrado allí recientemente, debería existir alguna puerta oculta por la cual le habían introducido, pero esa puerta no estaba por ningún lado. Su imaginación, agudizada por ese alucinógeno que había inhalado, le llevó pronto a una conclusión que le aterrorizó plenamente: con toda seguridad había sido enterrado en vida, emparedado, tal y



como Edgar Allan Poe había descrito en una de sus novelas. Y poco a poco, lo que en un principio era motivo de estupor y desconcierto, se transformó en causa de desesperación, puesto que a la incomodidad para estar allí, solamente sentado, se sumaba el aire enrarecido, ahora ya saturado en dióxido de carbono y que le producía un aterrador ahogo. Con sus manos comenzó a escarbar en las paredes, puesto que su poca serenidad le decía que donde antes hubo una entrada podría existir ahora otra y que todo era cuestión de encontrarla. Pronto sus uñas desaparecieron y la yema de los dedos ensangrentadas siguieron buscando frenéticas la posible salida, primero frontalmente y posteriormente en el techo. La tierra no era excesivamente dura y le permitía avanzar en su intento, pero salvo horadar un pequeño agujero en la pared no conseguía nada más. Pronto el dolor en sus dedos era tan profundo que se vio en la obligación de abandonar y así, tumbado en el suelo, sucio y lleno de sangre, sumido en la desesperación, se abandonó a su destino.

Carnarvon, por su parte, no había tenido mejor suerte que sus compañeros y cuando despertó estaba dentro de una cueva oscura, en la cual el calor era la nota más predominante. Sin una sola luz que le permitiera ver su entorno, tuvo que palpar lentamente las paredes rocosas para darse cuenta que ese lugar debía pertenecer al interior de alguna montaña. En poco menos de quince minutos había conseguido delimitar la estructura y tamaño de la cueva, pero aparte de rocas y aire sofocante no encontró nada que le permitiera salir de allí. Sus intentos por averiguar la altura del lugar fueron infructuosos y cada tentativa para subir por las paredes le condujo solamente a una estrepitosa y dolorosa caída al duro suelo.

Al cabo de una hora de intentos inútiles por encontrar un modo de salir de allí, Carnarvon intentó tranquilizarse para razonar sobre las causas que le habían podido conducir allí, y al mismo tiempo que se preguntaba dónde podrían estar sus compañeros, trataba de encontrar un motivo para que alguien le hubiera narcotizado y encerrado en tal mortal tumba. Sus divagaciones le hacían ver que lo más fácil hubiera sido matarles a todos, puesto que para los defensores de esas tumbas no eran nada más que profanadores del descanso eterno de los faraones. Quizá, y esta nueva aterrador conclusión le puso la piel de gallina, querían darle un escarmiento macabro por atreverse a perturbar el sueño de unos muertos tan ilustres, casi unos

dioses, y buscaban que su muerte fuera una agonía prolongada y dolorosa. Pronto y al igual que sucedía en otro lugar con sus compañeros, sentado en el suelo repasó las circunstancias que le podían haber llevado hasta allí, mientras esperaba resignado su mortal destino.

Pasaron las horas y los tres se vieron inmersos en un largo sueño que duró varias horas, en el cual la presencia del más allá, con fantasmas y espíritus incluidos, les envolvió y todos se vieron transportados a un tenebroso lugar en donde el suicidio suponía la mejor alternativa para evitar el dolor que comenzaba ya a ser insoportable. Gritando, llorando y en ocasiones golpeándose la cabeza contra un muro, intentaron quitarse la vida para poder escapar de esa desgracia que tan brutalmente les había llegado. Y fue precisamente Wells quien primero salió de ese espantoso lugar. Sudando intensamente y con el terror todavía reflejado en su rostro, abrió los ojos y se encontró de nuevo en la antecámara de la pirámide, sano y salvo. Pronto se dio cuenta que todo había sido una horrible pesadilla, probablemente generada por ese extraño perfume. Allí, en el suelo, todavía yacían dormidos sus dos compañeros, con el cuerpo igualmente empapado en sudor y gimiendo intensamente, señal inequívoca de que aún estaban sumidos en el terror del sueño. Presuroso les sacudió intensamente para que se despertaran, lo que consiguió casi sin esfuerzo, aunque tuvo que pedirles calma repetidas veces para hacerles comprender que todo había sido simplemente un mal sueño.

¿Aún piensa que ese perfume estaba aquí, impregnando el aire, por casualidad? - preguntó Wells a Howard -.

No lo sé, aunque es posible que todo se debiera a este aire tan enrarecido.

Ese aire enrarecido ya ha desaparecido, tal y como desaparecen los aromas de un perfume. Lo más lógico es pensar que estos aromas se han liberado justo cuando hemos abierto el sello y que estaban allí esperando ser inhalados por el primer profanador de la tumba, para desequilibrar su mente y hacerle vivir espantosas pesadillas.

Bien, pero ese aroma no era letal y no veo su utilidad si todo se reduce a una mala pesadilla. Nosotros seguimos aquí, sanos y salvos, deseosos de continuar nuestras exploraciones.

Debe tener en cuenta la época en la cual se hicieron estas pirámides. Las gentes de entonces eran más supersticiosas que nosotros y junto a sus dioses tenían igualmente una gran cantidad de demonios. Creían fielmente en la otra vida y en los espíritus. Una pesadilla como la que hemos vivido ahora debería ser suficiente para hacerles huir rápidamente de aquí y no volver a intentar sus deseos de robar.

Afortunadamente - comentó Carnarvon - no contaban con la presencia de unos exploradores tan racionales como nosotros. Por mi parte, no tengo ningún deseo de abandonar la búsqueda del tesoro. Creo que ya ha llegado el momento de volver a nuestro trabajo, a no ser que alguno de ustedes decida dar por terminada su exploración.

-(Wells, ahora más entusiasmado) No me perdería el final de esta historia por nada del mundo.

Aunque en aquel lugar encontraron ofrendas de comida, algunas armas, dos estatuas y algo de ropa, ninguno de ellos quiso tocar esos objetos, puesto que su mayor interés estaba en la tumba del faraón y en el tesoro que le permitiría llegar esplendoroso a la otra vida. Sus exploraciones les llevaron a localizar la puerta que les debería conducir a la cámara funeraria, el lugar en donde con toda seguridad se encontraba la tumba de Tutankamón. Todos los indicios más fiables estaban justo en la pared frontal, en donde una ligera variación del color de la pared indicaba que allí los materiales empleados eran diferentes al resto. Provistos con sus pequeñas piquetas y tratando de buscar exclusivamente una delgada línea que indicara la presencia de una puerta, comenzaron a rascar suavemente toda la pared. De nuevo fue Wells quien sacó a sus compañeros del ensimismamiento cuando les dijo alborozado que allí, justo en el costado izquierdo, casi pegada a la esquina, estaba la marca inequívoca de una puerta. Desde ese momento y una vez que hubieron delimitado el contorno, comenzó una paciente pero insistente labor para agrandar el surco que debería liberar la puerta. Ninguno de ellos esperaba encontrar una bisagra o algo que les permitiera mover con facilidad esa pesada puerta elaborada con enormes piedras, pero al menos ya sabían que debía existir un mecanismo que actuase como cerradura. Pronto ese sistema fue descubierto en la parte superior, consistente en un pequeño y sencillo bloque que una

vez empujado liberaría cuatro más que permitiría, por fin, entrar sin problemas en la cámara anexa.

Espero - dijo Carter algo inquieto - que no existan nuevos perfumes alucinógenos aquí.

Mucho me temo - le contestó Carnarvon - que este cuarto no contiene ni perfumes ni tesoros. Vea este mobiliario tan escueto y poco útil; ningún faraón se sentaría en tales muebles. Apenas hay ofrendas de comida, ni tesoro alguno de valor.

¿Qué explicación hay para esto? No es razonable que se haya construido una cámara sin ninguna utilidad para el faraón. Quizá sea solamente una antesala que conduzca a otra.

O una nueva trampa mortal para los profanadores - comentó nervioso Carter

. Por si es así les recomendaría suma prudencia a la hora de tocar cualquier objeto y que efectuemos una discreta retirada para volver a la antecámara. Por lo menos allí ya sabemos lo que hay.

Sus palabras apenas había concluido cuando un intenso crujido le hizo enmudecer. Toda la cámara comenzó a moverse, mientras que a través de unos agujeros situados en el techo comenzaba a caer arena. En pocos segundos había ya seis agujeros que vomitaban la inquietante arena y todo hacía presagiar que esa estancia se llenaría enseguida y sepultaría en vida a los tres investigadores.

Inicialmente aturdidos, pero algo más serenos por su experiencia con estos problemas mortales, intentaron ansiosamente tapar los agujeros que introducían la arena hasta la cámara.

¡Es inútil! - gritó Carnarvon - esta arena proviene directamente del desierto y está soportando una presión de miles de toneladas. No hay fuerza humana que la pueda detener. Debemos salir cuanto antes.

Pero los diseñadores de esa pirámide habían previsto todas las posibles huidas y cuando retornaron hasta la puerta de salida, en su lugar solamente había una gruesa piedra recién caída del techo. Su única esperanza de huir había quedado bloqueada,

mientras que el suelo se llenaba inexorablemente de caliente arena. En ese momento ninguno de ellos se mantenía quieto y buscaban frenéticamente cualquier señal o lugar que les indicara una nueva puerta de salida, mientras que sus pies ya estaban cubiertos por la arena. La velocidad con la cual la cámara se estaba llenando era muy alta, aunque no tanta como para que no tuvieran tiempo de pensar en su muerte inmediata. Todo parecía haber sido cuidadosamente planeado por los constructores para que los profanadores tuvieran tiempo suficiente de soportar una lenta agonía, castigo adecuado por su osadía de interrumpir el sueño del faraón. Los ladrones, en este caso nuestros tres investigadores, deberían desequilibrarse mentalmente mientras veían subir la arena por sus cuerpos y llegar a tener una muerte lenta y terrible, conscientes totalmente de lo que supone ser enterrados en vida.

Los minutos pasaron implacables y aterradoros, más lentamente de lo que ahora desearían, y pronto de sus labios no salieron más quejidos y estos fueron sustituidos por plegarias y rezos. A los recuerdos hacia sus familiares y las frases filosóficas para prepararse con más serenidad ante su trágico destino, siguieron palabras de consuelo de uno a otro, una vez que habían abandonado toda esperanza de salir vivos. Pero en esta tumba de la soledad todo cuanto se decía apenas servía para quitarles esa angustia mortal, agudizada porque la presión de la arena alrededor de sus cuerpos empezaba a dificultar su respiración.

Carnarvon pronto se derrumbó emocionalmente y comenzó a gritar, primero pidiendo ayuda y luego maldiciendo su trabajo y las circunstancias que le había llevado hasta ese lugar. Increpó fuertemente a Carter por no haber previsto estas trampas y le acusó con grandes insultos de ególatra incompetente, dejando algunas palabras sueltas para reírse de Wells y su estúpido cuento sobre la máquina del tiempo. Le pidió, en un intento desesperado por librarse de su miedo, que activase su máquina para sacarle de allí y llorando con desesperación se quedó callado hasta que la arena le cubrió totalmente su rostro y enmudeció definitivamente.

Después, el destino fue igualmente implacable con Wells, quien afortunadamente consiguió encontrar algún motivo de consuelo en este momento tan mortal al pensar en que posiblemente su máquina del tiempo le lograría rescatar justo en el último

instante. Ya había ocurrido en otras ocasiones y estaba seguro que estas circunstancias volverían a darse y que de nuevo volvería a su viejo sótano para planear los próximos viajes en el tiempo. Sus pensamientos quedaron interrumpidos cuando la arena entró bruscamente a través de su nariz y un intenso ahogo le sumió en la desesperación. Falto de aire y totalmente sofocado, intentó desesperadamente salir a la superficie, mientras que miraba implorante a Carter. Cuando quedó totalmente oculto por la arena el silencio se hizo en ese lugar, puesto que Carter se había desmayado ya hacía tiempo por la presión de la arena en su tórax. Fue el más afortunado de los tres al no ser consciente del horror que supone ser enterrado vivo.

## **CAPÍTULO QUINCE**

### **EL MUNDO DE LOS MUERTOS**

No es fácil saber lo que sucede en la otra vida, puesto que todavía no tenemos constancia de nadie que haya vuelto del más allá para contarnos sus experiencias. Aunque hay quien ha tenido paros cardíacos durante algunos minutos y ha contado experiencias místicas sobre lo que existe en ese umbral entre la vida y la muerte, sus vivencias se refieren precisamente a una antesala, no a la auténtica otra vida, si es que existe. Por eso no nos debe extrañar que cuando Wells, Carnarvon y Carter llegaron a ese lugar en donde el tiempo y el espacio no existen, se dedicaran durante unos segundos a analizar dónde estaban. En sus rostros no había temor, solamente dudas, mientras que sus cuerpos parecían no existir al carecer de todo dolor o sensación negativa. Aunque se miraron unos a otros y trataron de saber el lugar en el cual se encontraban, no fueron capaces de articular palabra alguna, ni siquiera para expresar alegría. Si estaban muertos la sensación no era desagradable y si aún seguían vivos no deseaban saber qué les había ocurrido. Se levantaron lentamente y aún aturdidos miraron ahora con más detalle a su alrededor.

¡Es increíble! - dijo emocionado Carter - estamos de nuevo en la cámara anexa, pero no hay ni rastro de arena y aún permanece abierta la puerta que liberamos. ¿Qué ha sucedido?

Mucho me temo - comentó Carnarvon - que hemos vuelto a ser víctimas de alucinaciones provocadas por los perfumes que llenan estos lugares.

Lo extraño de esto - siguió hablando Carter - es que parece ser que los tres tenemos las mismas pesadillas, lo que resulta algo aún más increíble.

Unas personas - trató de explicar Wells - que son capaces de construir unas maravillas así deberían dominar perfectamente el mundo de las drogas. No nos debe extrañar que sus conocimientos de los alucinógenos fueran infinitamente superiores a los nuestros.

Me alegro de estar vivo, pero si todas sus trampas se reducen a hacernos tener una mala pesadilla de vez en cuando no veo mucha sabiduría en ello. Si lo que pretendían es impedirnos llegar hasta la tumba del faraón les bastaría con haber puesto trampas mortales físicas, como flechas o rocas aplastantes - dijo Carter -.

Aún no hemos llegado hasta el sarcófago - replicó inquieto Wells -. Creo que todavía nos tienen reservadas sus mejores trampas y mucho me temo que algunas pueden ser más contundentes. Puesto que en este lugar no hemos encontrado nada de auténtico valor, creo que es el momento de retroceder en busca de la verdadera entrada a la cámara funeraria.

No necesitó insistir mucho en su petición, puesto que todos tenían las mismas ganas de salir de allí. Una rápida ojeada a la antecámara les indicó que solamente en la pared oriental podría encontrarse el sello que tapaba la entrada de la cámara funeraria. Esta vez la velocidad con la cual picaron la pared fue muy superior a las anteriores, más preocupados por la presencia de nuevos alucinógenos que por el posible derrumbamiento del techo. Afortunadamente, ese nuevo sello no era tan resistente a las piquetas como los anteriores, lo que indicaba que llegado a este punto y si los profanadores había logrado llegar sanos y salvos, los arquitectos sabían que nada les detendría ya, al menos nada sólido.

Cuando por fin cayó el voluminoso sello que tapaba totalmente la pared oriental, los tres expedicionarios permanecieron algunos minutos sin atreverse a entrar, no tanto por la ausencia de luz en el interior, sino por el miedo a respirar de nuevo los aterrorizadores gases. Ninguno estaba convencido de poder sobrevivir a un nuevo

sueño, especialmente porque sus cansados corazones latían desde hacía horas demasiado rápidos. Aquejados de una pertinaz arritmia, sudando intensamente por la frente y con un estado emocional cercano al shock, a todos les pasó por la mente abandonar ahora mismo, solución más placentera que entrar en esa nueva cámara. Afortunadamente, y aunque todos pensaban lo mismo, sus pensamientos permanecieron en su mente y lentamente entraron, por fin, en la cámara funeraria del faraón.

Este nuevo cuarto estaba hundido con respecto al anterior y esto hizo pensar a Carter que en algún momento de la construcción no se pensó en ubicar la cámara funeraria en este lugar y originalmente se empezó a construir en línea con la pared norte de la antecámara. Había en los ladrillos marcas definidas sobre estos cambios, así como restos de caliza, yeso y pinturas, pero no encontraron ninguna explicación razonable para este cambio tan poco práctico. Una vez que las lámparas iluminaron adecuadamente la estancia, encontraron en la pared norte una pintura que se suponía representaba al rey Tutankamón. Allí le mostraban asumiendo la entrada en su nueva vida, vestido como lo estaba habitualmente y abrazado por el mismísimo dios Osiris. En la pared oriental se mostraba su entierro, con la cabeza cubierta de guirnaldas y el ataúd tirado por un trineo, además de algunos textos jeroglíficos que explicaban quiénes eran los oficiales de mayor rango en el palacio. Finalmente, en la pared sur le mostraban recibiendo la bienvenida a la nueva vida de la mano del dios Anubis y la diosa Hathor, además de otros dioses menores que permanecían apartados.

Toda la decoración era majestuosa, como correspondía a un dios terrenal. Adornada con abundancia de motivos dorados, las pinturas multicolores habían resistido perfectamente el paso del tiempo. Y allí, casi en medio del cuarto, se encontraba un enorme sarcófago de cuarcita. Aunque el hallazgo colmaba las aspiraciones y sueños de los exploradores, ninguno se atrevía a tocarlo, ni mucho menos acercarse a él. La posibilidad de nuevos vapores alucinógenos en el ambiente estaba presente en sus mentes y con ello el terror.

El primero que se acercó fue Carter, más habituado que sus compañeros a entrar y revolver en lugares tenebrosos del pasado. Una vez que eliminó pausadamente el



polvo y el moho acumulado en la parte superior, empezó, ahora ya con la ayuda de sus compañeros, a buscar la manera de abrir la tapa del sarcófago. El trabajo fue lento, laborioso y delicado, pero pronto tuvo su recompensa y la tapa fue depositada en el suelo. Súbitamente, Carnarvon dio un grito:

¡Diantre! ¡Algo me ha picado en el cuello!

¡Miren, había un mosquito dentro del sarcófago! - dijo nervioso Wells señalando al insecto que ya huía al exterior de la cámara -.

Pero ¿cómo es posible que haya podido sobrevivir tantos años encerrado, sin aire ni comida?

No se extrañe de ello, amigo Carnarvon - explicó Carter -. Ese mosquito tenía aquí el suficiente aire para vivir otros cientos de años más, dado su pequeño tamaño y, además, es posible que exista por algún lugar alguna entrada parásita de aire que mantuviera el oxígeno en la proporción adecuada. Y sobre la comida debe tener en cuenta que un cadáver tiene la suficiente cantidad de carne como para proporcionarle alimento sin problemas.

¿Cadáver? ¿Qué cadáver? Aquí no hay nada, solamente una piedra de granito.

Tenga paciencia. Esto que ve seguramente está ocultando un ataúd y posiblemente el faraón se encuentre enterrado aquí. Ayúdenme a sacar la piedra.

Pero una vez que dejaron la pesada losa en el suelo, lo único que encontraron dentro del ataúd fue un nuevo ataúd y dentro de éste otro más. Desalentados, abandonaron su trabajo y prefirieron comer algo antes de seguir con sus investigaciones. Una vez recobradas las fuerzas Carter investigó de nuevo aquello que parecía ser simplemente una caja sin importancia, aunque una vez rascada la pintura que la cubría se encontró con una envoltura de oro puro.

¡Lo encontré! - gritó alborozado -. Aquí está la verdadera tumba de Tutankamón.

Y estaba en lo cierto, puesto que una vez levantada pacientemente la dorada tapa y eliminada la resina negra que recubría el ataúd internamente, apareció la momia del joven faraón, con el rostro y los hombros cubiertos por una máscara de oro, piedras preciosas y vidrio azul. Coronada por una cabeza de buitre que simbolizaba la

soberanía sobre el Alto Egipto y los ojos de cuarzo y obsidiana, el rostro que representaba a Tutankamón tenía una belleza esplendorosa. Cuando descubrieron parcialmente a la momia se encontraron con un aceite de embalsamamiento que era una mezcla de esencias de anís, tomillo, orégano y própolis, unidas con alquitrán y exudados del propio cuerpo del difunto, quizás sangre y linfa. Junto a estos compuestos se encontraban otros, alcaloides entre ellos, cuya misión en el embalsamamiento no estaba clara y que podían ser las sustancias que habían reaccionado a través de los siglos y que ocasionaron los delirios de los exploradores.

¡Qué magnífica labor de conservación! - comentó Carnarvon -, aunque muy poco práctica.

No debe juzgar tan precipitadamente a los egipcios y su culto a los muertos. El motivo principal del embalsamamiento era asegurar una vida placentera en el otro mundo y por eso consideraban adecuado emplear tanto cuidado en ello. Muchas de estas resinas contenían sustancias alucinógenas y así podían proporcionar a sus muertos un estado anímico muy especial en el momento de la reencarnación.

Y a nosotros la entrada por la vía rápida en la otra vida - comentó irónico Wells -.

Amigos - les interrumpió Carter - no quisiera ser alarmista, pero huelo cierto perfume que me inquieta. Muy posiblemente se nos aproxima otro sueño fantasmagórico del cual tengo el presentimiento no escaparemos con tanta fortuna como las otras dos ocasiones.

¡No, esta vez no! - gritó Carnarvon - Vamos a ponernos pañuelos en la nariz para mitigar los vapores y entremos en el cuarto del tesoro. Si los alucinógenos han partido del sarcófago es muy posible que se volatilicen con gran celeridad.

Todos se pusieron los pañuelos que llevaban en sus bolsillos y con gran rapidez se introdujeron en la cámara del tesoro, un cuarto anexo que, curiosamente, no estaba cerrado. Allí encontraron, aunque ahora con poco entusiasmo, divanes rituales, joyas, amuletos, frascos de vino, alfarería, herramientas y lámparas, además de cestos de mimbre, cofres de alabastro, instrumentos musicales y comestibles secos.

¡Cuánta maravilla escondida en un solo cuarto! - dijo alborozado Carter -.

Necesitaría una vida entera para clasificar todo esto y estudiar su correcto uso. Creo que podemos aprender más de los egipcios analizando estos objetos que estudiando todos los libros sobre egiptología escritos hasta ahora.

¿Podemos llevarnos estos tesoros a nuestro país? - inquirió Carnarvon -.

No, en absoluto. Las autoridades egipcias me han dado permiso para excavar aquí, pero con la advertencia clara que todo cuanto encontrase pertenecería a Egipto y que cualquier otra cuestión sería considerada como un acto de robo sacrílego. También me advirtieron de lo que les ocurría a los ladrones de tumbas y tesoros ocultos. Todo esto está previsto que se traslade al museo de El Cairo, primero en un tren y posteriormente en un barco de vapor que le llevaría río abajo hasta su destino.

¿Pero no le dejarán ni siquiera analizar la momia del faraón? - preguntó Wells-.

Creo que esto no se podrá realizar por el momento. Lo primero que tendremos que hacer nosotros es clasificar todo cuanto hemos encontrado aquí, hacer dibujos de los jeroglíficos de las paredes y dibujar un plano exacto de la tumba. Tenemos que asegurarnos, y asegurarles, que todo será entregado a las autoridades egipcias tal y como lo hemos encontrado.

Un ruido procedente de la cámara funeraria les sobresaltó. Primero se miraron estupefactos, luego retrocedieron por instinto y posteriormente esperaron acontecimientos que no llegaban. Pálidos, con la cara desencajada y sudando intensamente, los tres expedicionarios no querían ni siquiera hablar, quizá para no alertar a nada ni a nadie de que ellos estaban allí. Carter se aproximó a Wells y en voz baja le susurró al oído:

Quizá sean bandidos o ladrones de tumbas que nos han seguido y que esperaban pacientemente que les mostremos el camino hasta el tesoro.

Pero ¿quién sabe que están ustedes aquí?

-(Siempre susurrando) Solamente el director del museo de El Cairo y el Jefe Superior de Policía. Todo se ha mantenido en un secreto absoluto. Incluso el vehículo que nos trajo hasta aquí estaba conducido por el Jefe de Policía.

Eso sin contar -siguió explicándole ahora Carnarvon - que existe una férrea vigilancia a cien kilómetros de aquí para que nadie se pueda acercar.

Cuando el ruido del interior de la cámara funeraria se acentuó, nadie se atrevió a seguir hablando. Carnarvon, algo más valiente y decidido que los demás, fue el primero que se atrevió a investigar, siendo seguido algo más lejos por Wells y Carter. Lo que allí vieron no era nada habitual y estaba en contra de cualquier conjetura científica. La momia de Tutankamón, aún cubierta de negra resina y moho, se encontraba sentada en su propia tumba, con los ojos dirigidos exactamente hacia los tres investigadores.

¡Diablos! - exclamó Carter - que alguien me diga que no es cierto lo que estoy viendo.

-(Carnarvon, más sereno) Bueno, bueno, no se asuste, en realidad se trata de un fenómeno natural. Todos los cadáveres acusan una gran dilatación de sus tejidos al ser sometidos a un cambio brusco de temperatura y es habitual que se muevan y parezcan sentarse.

¡Pero es que esta momia lleva miles de años muerta! - replicó todavía asustado Carter -.

Mire, amigo ignorante, las momias egipcias pertenecen al desierto, un lugar en el cual apenas llueve. Cuando hemos abierto la tumba ha habido un brusco cambio climático aquí dentro y esto ha provocado esta reacción que tanto parece asustarle.

Pues ahora quisiera que me explicara a mí - casi gritó Wells - el motivo por el cual la momia se está levantando como si estuviera viva.

Ciertamente, y para asombro terrorífico de todos, la momia del rey Tutankamón, majestuosa y orgullosa, se había levantado ya del sarcófago y permanecía en pie mirando fijamente a todos. En estos momentos nadie era capaz de articular palabra, ni de tomar una decisión. Cuando pasaron unos segundos, de nuevo fue Carter quien tomó las riendas del grupo para explicar que...

Miren, todo esto no es posible que sea real. Lo que ustedes ven ahora no es una persona recién muerta, con todo su cuerpo aún íntegro. Las momias no tienen sesos,

ni intestinos y ni siquiera ojos. Todo es extraído y rellenado posteriormente con mirra, casia y perfumes de todas clases. No hay forma alguna de mantenerlas en pie.

Pues la única explicación es que se trata de nuevo de otra alucinación - sugirió Wells, ahora más sereno -.

Posiblemente estemos inmersos en otro pavoroso sueño provocado por esos endiablados perfumes. Sugiero que nos pellizquemos fuertemente para salir cuanto antes de él - replicó Carter -.

Pero mientras los tres expedicionarios procedían a pellizcarse el cuerpo y a darse bofetadas en la cara en un intento de salir de esa pesadilla, la momia comenzaba a caminar lentamente hacia ellos, mientras mostraba unos ojos inyectados en sangre que no presagiaban nada bueno. Esto les obligó a retroceder lentamente hacia la única salida posible, la propia cámara del tesoro, situada justo detrás de ellos. Pero a cada paso que daban hacia atrás la momia efectuaba otro hacia ellos, por lo que en menos de dos minutos todos se encontraban ya dentro de la cámara del tesoro. Acorralados entre los fabulosos tesoros nuestros amigos no encontraban modo alguno de poder llegar hasta la puerta para efectuar una rápida huida al exterior, y cuantos intentos hicieron para engañar a la momia fueron inútiles. También fracasaron las tentativas para despertarse de ese hipotético sueño macabro y lo único que consiguieron fue una gran cantidad de moratones y pequeñas heridas. En esta ocasión, el sueño se había convertido en realidad. Hubo un momento especialmente tenso cuando la momia se quedó inmóvil mirando a los tres expedicionarios, al mismo tiempo que ellos también clavaron la mirada intensamente en sus ojos. Nadie se movió ni un milímetro de su sitio, ni se oyó ruido alguno que turbase ese instante aterrador. Súbitamente, la momia se volvió discretamente hacia la pared de la entrada y dio un fuerte manotazo al muro que retumbó inquietante. La sala entera parecía comenzar a resquebrajarse en sus cimientos, hasta que una gruesa piedra de mármol cayó del techo y selló totalmente la puerta de la entrada. En ese momento, todos se habían quedado totalmente encerrados en la sala del tesoro.

¡No es posible! ¡Díganme que no es posible y que es todo un mal sueño! - gritó casi llorando Carter -.

-(Wells, angustiado) ¡Nos ha enterrado en vida!. Esa puerta debe pesar varias toneladas.

-(Carter, muy nervioso) Debemos hacer algo enseguida, antes de que se acabe el aire que aún existe aquí dentro.

Pero ese monstruo sigue imperturbable hay delante...

Sus palabras apenas habían concluido cuando la momia comenzó un lento desvanecimiento y como si se tratase del hombre invisible que describió Wells en una de sus novelas, desapareció poco a poco del lugar. Desde ese instante, donde antes había una momia venida del Egipto de los faraones, ahora no había nada.

¡Ha desaparecido! - gritó Wells -.

-(Carter) Creo que ahora comprendo lo que acaba de pasarnos. Hemos vuelto a sufrir una nueva alucinación, ahora la más tenebrosa de todas. Esa momia nunca ha existido, salvo en su tumba. Nuestra imaginación nos ha hecho creer que se había levantado, nos ha obligado a replegarnos hasta aquí y uno de nosotros, no importa quién, ha activado la trampa que ha provocado el descenso de esa puerta.

¿Quiere decir - preguntó Carnarvon - que nos hemos enterrado nosotros mismos en vida? ¿Acaso todo era una nueva alucinación provocada por esos malditos perfumes? No es posible que seamos tan estúpidos.

No hay nada de estúpido - agregó Carter - cuando uno está bajo la influencia de un alucinógeno. Nos hemos comportado como las personas que padecen el delirium tremens o quienes creen asistir a la visión del diablo o los espíritus. Para nosotros todo era absolutamente real, tan real que nos ha obligado a realizar cosas tan macabras como esta.

¿Y qué podemos hacer ahora? - suspiró Wells -.

Esa losa es imposible de mover, especialmente porque la arena del desierto la ha sellado definitivamente. Si esta cámara no dispone de otra nueva salida creo que nuestro destino ya está escrito y que la palabra fin ha llegado.

Bien, pues busquemos otra salida antes de que el fuego de las lámparas se acabe y nos quedemos a oscuras.

Siento desilusionarle, querido amigo, pero las tumbas egipcias no tienen puerta de salida, solamente de entrada. No existe una puerta trasera de emergencia y cuando se quiere salir hay que hacerlo por el mismo lugar por el que hemos entrado, algo que ahora es imposible.

¿Y qué sugiere?

Que nos preparemos para morir. Después de las dos experiencias anteriores creo que ahora estamos más capacitados para aceptar nuestro mortal destino - sentenció Carter con una serenidad absoluta -.

A estas palabras siguieron algunas miradas entre ellos, también muchas lágrimas y algunos actos de desesperación para encontrar una salida que, ciertamente, no existía. En esta ocasión la pesadilla era una realidad y solamente cabría esperar la muerte, irónicamente justo el mismo día en que habían encontrado el gran tesoro buscado. Las horas fueron pasando inexorablemente y los tres vivieron las fases por las cuales todos los humanos pasan antes de morir: lucha por sobrevivir, irritabilidad por el destino, y aceptación sumisa de la muerte. Y así, cuando la última lámpara consumió su aceite, toda la cámara quedó inmersa en una oscuridad total, mientras el silencio se hizo aún más aterrador.

## **CAPÍTULO DIECISÉIS**

### **EL FINAL**

Wells nunca supo cuánto tiempo pasó en aquella sala tenebrosa, ni si en realidad estuvo dormido o despierto en espera de su muerte. Cuando abrió los ojos se encontraba - ¡albricias! - en la máquina del tiempo, anclada férreamente en su viejo sótano. Nunca hasta entonces se había alegrado tanto de retornar a su época, aunque pronto sus pensamientos viajaron de nuevo hacia sus dos compañeros de infortunio: Carnarvon y Carter, dos investigadores a quienes la tecnología no les había podido salvar de la muerte como a él. Sumido en la tristeza, cansado y dolorido por el azaroso viaje a Egipto, se dejó caer bruscamente en el mejor sofá de su biblioteca,

mientras trataba de poner en orden sus ideas. En ese momento se daba cuenta de la gran soledad que le perseguía, incapaz de encontrar un compañero o compañera que le siguiera ilusionado en sus viajes en el tiempo. Nadie daba crédito a sus proyectos y ni siquiera aquellos que habían viajado ya con él consideraban que esos viajes habían sido una realidad.

“Un sueño o una ilusión, eso es lo único que han sido para ellos estos viajes. Son unos ignorantes que solamente logran ver aquello que su cuerpo puede ver o tocar, como si los sueños y la imaginación no estuvieran siempre presentes con nosotros”.

En ese momento una chispa, una luz, se cruzó por su mente y fue corriendo a mirar en los libros de historia un hecho histórico que necesitaba aclarar cuanto antes. Buscó en la historia de las pirámides de Egipto, especialmente en las páginas que hablaban del descubrimiento de la tumba del rey Tutankamón. Allí aparecían, obviamente, Lord Carnarvon y Howard Carter, ambos mostrando al mundo entero los tesoros que habían descubierto en la tumba egipcia. También hablaban de las tremendas alucinaciones que habían tenido en su interior y cómo habían estado a punto de morir en su interior a causa de ellas. A él, a H. G. Wells, ni siquiera le mencionaban, quizá porque también pensaron que había sido un producto de sus delirios, lo que no es de extrañar teniendo en cuenta que desapareció de allí súbitamente.

La información también hablaba de la maldición de los faraones y de la muerte de Carnarvon el 6 de abril de 1923, así como del suicidio de Lord Westbury y de su hijo, ambos participantes de nuevas investigaciones en esa tumba. Otras muertes misteriosas relacionadas con Tutankamón fueron las de Arthur Weigall, Archibald Douglas y Mace, lo mismo que la del hermanastro de Carnarvon y su propia esposa, Elisabeth Carnarvon. El único que quedó con vida durante muchos años fue Howard Carter.

La conclusión que Wells sacó de todo ello es que ese último enterramiento en vida había sido otra pesadilla más y cuando sus amigos se despertaron se encontraron con dos sorpresas: estaban vivos y Wells había desaparecido.

Durante los años que siguieron, H. G. Wells no volvió a realizar ningún otro viaje y trató infructuosamente de perfeccionar su máquina del tiempo, en un intento



desesperado por lograr dominarla y poder viajar sin problemas al pasado y, quizá, al futuro. Pero con cada nuevo proyecto llegaba una nueva desilusión y después de numerosos fracasos y viendo como la vida y la fortaleza se le escapaban poco a poco, decidió destruir totalmente su máquina del tiempo, tan sigilosamente como la había construido. Puesto que nadie había creído nunca en su invento, nadie debería beneficiarse cuando él hubiera muerto. La Humanidad, con sus habituales oídos sordos a las grandes innovaciones, había perdido su gran oportunidad para influir positivamente en los acontecimientos.

## ¿QUÉ PASÓ DESPUÉS?

H. G. Wells

Herbert George Wells

En sus últimas obras, “Experimento autobiográfico” en 1935 y “La mente en el límite de sus recursos” en 1945, ya no hablaba sobre un futuro esperanzador y son una muestra del pesimismo que le invadía. Sus predicciones desalentadoras comenzaron a fraguarse en 1933 y si repasamos sus relatos podemos ver siempre un tono apocalíptico, una Humanidad que gusta de destrozarse aquello que acababa de construir. Trató de inculcar la idea de un nuevo tipo de conciencia mundial, regido por un solo gobierno, que debería tomar las riendas de todas las guerras para lograr un estado mundial pacífico. Este gobierno debería proporcionar un estado de bienestar superior a todo lo conocido. Estaba convencido de que mediante los progresos científicos el mundo entero lograría vivir en paz y se podría liberar de viejos odios. Desmoralizado por la imposibilidad de poder demostrar que su máquina del tiempo era una realidad, abandonó en sus últimos años la literatura de ciencia-ficción para escribir sobre acontecimientos políticos y problemas sociales. Estas obras, lógicamente, apenas tuvieron repercusión entre el público, especialmente porque eran ya catastrofistas y muy alejadas del tono optimista de las anteriores. Ahora, la Humanidad ya no avanzaba hacia un mundo mejor, con los países unidos, sino que solamente veía guerras terribles, hambre y mucho dolor.

Herbert George Wells murió en 1946, ocho años después de sus viajes en el tiempo y aunque nunca pudo demostrar que fueron una realidad, su obra literaria fue objeto de admiración durante los años que precedieron a su fallecimiento. De la mayoría de sus novelas se hicieron varias versiones cinematográficas, alcanzando gran relieve “La guerra de los mundos”, “La isla del doctor Moreau”, “El hombre invisible” y “La máquina del tiempo”, todas ellas consideradas ya como clásicos indiscutibles del cine de fantasía. Su gran ilusión eran los viajes en el tiempo, y para la mayoría de los aficionados en esta obra está resumida toda la fantasía de Wells, así como mucha de la crítica social que le preocupaba. Desgraciadamente, nos mostró un mundo terrible que llegaría tarde o temprano y nos vaticinó que dentro de 30 millones de años llegaría la muerte de nuestro planeta. Pues ya veremos.

Mata-Hari

Margaretha Geertruida Zelle

Nacida en Leewarden, Holanda, el 7 de agosto de 1876, se casó muy joven con Rudolph Macleod, un capitán del ejército holandés, destinado en Java Oriental. Tuvieron dos hijos, pero uno de ellos fue envenenado por uno de sus sirvientes, como represalia porque Rudolph había violado a una de sus hijas. El matrimonio volvió a Holanda, donde se divorciaron al poco tiempo, marchándose ella a París. Con su conocimiento de las costumbres indias, más algunas joyas orientales en su cuerpo, Margaretha se inventó una nueva familia, en esta ocasión perteneciente a un templo sagrado indio, seguidores, por tanto, de la doctrina Brahamán. Un adecuado entrenamiento artístico en los rituales del Kandaswami, el sagrado baile hinduista, la rodearon de una aureola mística, especialmente atractiva porque lo bailaba desnuda. A su muerte, fusilada en París, el famoso pendiente (se dice que regalado por una mujer que la amaba), fue ocultado celosamente y se le vio por última vez en la subasta Dorot de París, en 1952, siendo comprado por una mujer que afirmaba que ella también había sido espía.

Orson Welles

George Orson Welles

Después de su contacto con H. G. Wells continuó realizando cine con un éxito comercial desigual. La película “Ciudadano Kane” se rodó casi en secreto a causa de los intentos del millonario Randolph Hearst por impedirlo, y su estreno casi fue un rotundo fracaso comercial, lo mismo que “El cuarto mandamiento”.

Apasionado por España, donde filmó “Campanas a medianoche”, trató de ganarse la vida escribiendo y en ocasiones como torero, pero afortunadamente continuó con el cine para legarnos obras como “Otelo”, “Moby Dick”, “El largo y cálido verano”, “Sed de mal” o “Campanas a medianoche”, entre otras. Casado con Rita Hayworth, a quien dirigió en “La dama de Shanghai”, fue considerado en vida como un director conflictivo y por eso podríamos afirmar que se le marginó de los grandes proyectos. Su último trabajo como director fue con “Fraude”, aunque posteriormente continuó interviniendo en el cine como actor hasta 1985, en la película “Someone to Love”. A su muerte, el 10 de octubre de 1985, su obra ganó un asombroso prestigio y hoy en día se le considera como uno de los mayores genios del cine. Está enterrado en una hacienda privada cerca de Sevilla, un lugar que amaba especialmente porque allí había sido muy feliz cuando era joven.

### ***Humphrey Bogart***

Bogart hizo su último filme en 1956, un drama sobre el mundo del boxeo titulado “Más dura será la caída”.

Después de una breve temporada de descanso, en febrero de 1956 Bogart sufrió una operación quirúrgica para extirparle un cáncer maligno de esófago. Aparentemente se recuperó y ganó algo de peso. Desgraciadamente, a los pocos meses, en noviembre del mismo año, tuvo que ingresar en el Hospital Samaritan Good para el tratamiento de un nuevo crecimiento del tumor canceroso que le estaba provocando una presión sobre un nervio sumamente dolorosa. Una vez operado fue enviado a su casa, pero nunca se recuperó. Bogart murió a las dos y diez del 14 de enero de 1957, en el dormitorio de su casa en Beverly Hills en Hollywood.

El entierro de Humphrey Bogard fue lógicamente emotivo y bien organizado. El primer automóvil era una limusina en la cual viajaban Lauren Bacall y a cada lado uno de sus

hijos. También estaba allí John Huston. En todo el recorrido hasta la iglesia la muchedumbre llenaba las calles y seguían con la mirada el féretro. Había ya cientos de coches aparcados alrededor de la iglesia y aunque no había nadie llorando, todo el mundo tenía un pañuelo en la mano, conscientes de que las lágrimas llegarían pronto. Todos estaban en ese momento callados, respetuosos, y algunos tenían flores. Los funerales se celebraron a puerta cerrada, aunque se pusieron altavoces en el exterior para que la gente pudiera seguir los rezos. Lauren cogió a sus hijos de la mano, les sacó de la limusina y entró en la iglesia. Huston se quedó fuera, junto con otros ochocientos amigos que habían venido a decirle adiós. Allí estaban Gary Cooper, Charles Boyer, Tony Martin, Gregory Peck, Marlene Dietrich, Ida Lupino, Howard Duff, Danny Kaye, y por supuesto Kate Hepburn y Spencer Tracy. Sinatra también había querido asistir al entierro, pero tenía un contrato muy severo con su club nocturno que le impedía ausentarse.

Un sacerdote llamado Kermit Castellanos dijo unas emotivas palabras sobre Humphrey. Posteriormente llegó John Huston y añadió un corto discurso: "Bogart es realmente irremplazable. Nunca habrá alguien como él". También estaba previsto que hablara Spencer Tracy, pero desistió a última hora porque no estaba seguro que podría hablar sin ponerse a llorar. Pero lo que casi nadie sabía era que allí no estaba el cuerpo de Bogart, puesto que había sido incinerado. Hacía años había manifestado su voluntad con el siguiente razonamiento durante el entierro de su amigo Mark Hellinger:

"Una vez que uno se ha ido, se ha ido definitivamente. Odio los entierros. No se hacen para el que está muerto, sino para los que se quedan y aún pueden disfrutar de vivir. Cuando yo me muera no quiero ningún entierro. Prefiero la cremación que es muy limpia y al final deseo que mis cenizas se esparzan por el Pacífico. Mis amigos pueden levantar un monumento o contar historias si ese es su deseo, pero no quiero ningún luto por mí. Cuando me muera seré solamente una estela".

Desgraciadamente, cuando todo estaba a punto para la cremación las autoridades dijeron que era ilegal lo de esparcir las cenizas por el mar, lo que ocasionó un serio disgusto a Lauren Bacall que deseaba que Bogie volviera al mar que tanto amaba.

Finalmente fue incinerado y sus cenizas se pusieron en una urna en el Memorial Garden en el Cementerio del Bosque. Junto con las cenizas estaba el silbato de oro que los dos esposos habían utilizado en su primera película juntos. En el silbato se inscribieron las iniciales “B & B”. A las doce treinta de ese día, en los estudios de la Warner Bros, se guardó un minuto de silencio por Humphrey Bogart.

## ***Groucho Marx***

Con el tiempo, este gruñón fue el más famoso de los Hermanos, principalmente debido a la popularidad que rápidamente alcanzó con sus trabajos en el mundo de la comedia. Groucho interpretó películas, narró historias, escribió libros, presentó programas de televisión, bailó y hasta cantó durante muchos años, creando una escuela que aún hoy nadie ha podido quitarle el liderazgo. Ganó varios premios por su trabajo incluyendo un Oscar, un Emmy, y el título de Maestro de las Artes y las letras de Francia. Groucho era un autor consagrado (haber escrito seis libros le daba ya esa categoría, según él, el primero de ellos titulado “Camas”) y un reconocido guionista. En 1937 su obra (escrita junto con Krasna Normand) “El Rey y la Corista”, tuvo un gran éxito. Según dicen, Groucho era más feliz cuando trabajaba sobre uno de estos proyectos literarios y es por ello que sus libros merecen una revisión mucho más profunda que sus películas. Dignos de especial interés son “Las cartas de Groucho”, “Memorias de un amante sarnoso” y “Groucho y yo”.

El fin de la vida profesional de Groucho estuvo marcado por la plusvalía decreciente de los Hermanos Marx, aunque con el paso de los años ha habido un renacer del interés por sus películas. Es como si a cada nueva generación le volviera a interesar las obras de estos tres hermanos que hicieron reír a sus antepasados.

Su vida personal en los últimos años estuvo marcada por el conflicto entre su hijo Arthur y su contable Erin Fleming, quienes pelearon duramente por el control sobre los ingresos de Groucho y finalmente por su testamento y los derechos mundiales de sus obras. Este período ha sido analizado con detenimiento por Charlotte Chandler en el

libro "Hola, ya me voy" y revisado por Steve Stoliar en otra obra similar. En 1974 le concedieron un Oscar honorífico.

Desde 1971 hasta su muerte en 1977, estuvo unido sentimentalmente a su secretaria Erin Fleming. Murió en Hollywood el 20 de agosto de 1977.

## ***Al Capone***

Cuando Johnny Torrio fue herido de gravedad Capone tomó el mando de su banda, efectuando el 24 de febrero de 1929 la Matanza de San Valentín, aunque tuvo la sabia decisión de marcharse ese día a Florida y encargar esa misión a sus secuaces. Un mes después comparecía ante el Gran Jurado y aunque no se le encontró ninguna prueba que le pudiera culpar de sus delitos, fue arrestado por desprecio a la Corte Suprema y condenado a un año de cárcel. Pero sus abogados impidieron la ejecución de la pena, y pagando una multa de 5.000 dólares fue puesto inmediatamente en libertad. Dos meses después volvió a ser juzgado, junto a su guardia personal, y todos acabaron en la cárcel acusados de llevar armas sin licencia. Aunque debería estar en la cárcel hasta el año siguiente, su buena conducta y parece ser su dinero, le proporcionaron varias salidas, entre ellas la que dio origen a esta historia.

En 1931 se reunieron las pruebas suficientes para acusarle de evasión de impuestos y se le condenó a once años de cárcel, más el pago de casi 300.000 dólares de multa. Sus continuos insultos al tribunal, en los numerosos juicios que tuvieron lugar, solamente sirvieron para aumentar su pena y sus años de cárcel.

Cuando por fin salió libre era ya un ser decrepito, enfermo de sífilis, y fue ingresado en el hospital de Baltimore para tratar su demencia. Recluido en su casa de Florida, abandonó totalmente su vida pública y delictiva, siendo considerado mentalmente incapaz en 1946 cuando su médico y psiquiatra diagnosticó que tenía una mentalidad no superior a un niño de 12 años. Alfonso Capone murió de pulmonía en su casa de Isla de Palma el 25 de enero de 1947, acompañado de su esposa y familia.

## ***Lord Carnarvon***

Murió el 6 de abril de 1923, unos meses después de haber penetrado por primera vez en la tumba de Tutankamón. Según dijo el forense, la muerte le sobrevino como consecuencia de la picadura de un mosquito. Después se suicidó su hermanastro Aubrey Herbert y seis años después murió la esposa de Carnarvon, igualmente a causa de la picadura de un insecto.